

Selección RNR

A primer latido



Libro 1º Serie Corazones desahuciados

ASCEN NÚÑEZ

D.J.57



Romance Actual

A primer latido

Libro 1º Serie Corazones deshauciados

Ascen Núñez



1.ª edición: noviembre, 2017

© 2017, Ascen Núñez

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 9788490699119

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Juan Carlos, por demostrarme cada día que las
segundas partes también pueden ser buenas.*

*Para cruzar el umbral
no deseo nada más
Acariciado por tu voz,
morir al lado de mi amor.
Me dormiré mirándote.*

Demis Roussos

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Epílogo

Promoción

Prólogo

Llegó hasta el hospital a pie, corriendo y con el corazón a punto de salirse de su boca. Se acercó hasta las puertas acristaladas y dejó que el sensor detectara su presencia y le abriera paso hacia lo que ella intuía que sería el final. La voz nerviosa de Fátima, la enfermera compañera de Ángel, había delatado de forma involuntaria una gravedad que no quiso transmitir por teléfono. «Ángel ha sufrido un accidente, acércate a urgencias», le había informado de manera escueta y no tan fría como debiera. Eso le hizo sospechar, de inmediato, la gravedad de las lesiones, pero nada más consiguió sonsacar a ese manojito de nervios que tartamudeaba al otro lado de la línea.

Esperaba, confusa e impaciente, frente al mostrador de urgencias, a que algún alma caritativa se dignase a dar la cara y afrontar el hecho de transmitir las malas noticias a una compañera. Sus manos se movían sin control; sus piernas, tensadas a la fuerza, intentaban permanecer paradas sin mucho éxito.

Se giró hacia el sonido silenciado de unos zuecos de goma en el suelo de linóleo.

—¡Lucía! —exclamó al encontrarse con la residente de neurología que había tenido la desgracia de estar de guardia—. Dime qué ha pasado.

—Clara...

Idiota. Los ojos de su mejor amiga, enrojecidos de haber llorado, le acabaron de dar la respuesta, y sus insulsas palabras de vana esperanza se desvanecieron en el aire antes de nacer. La voz se le escapó con una serenidad que hasta a ella misma le chocó:

—No pasa nada, está en buenas manos —fue su respuesta al saber que Antonio Rodríguez, su adjunto y uno de los más brillantes neurocirujanos del país, lo estaba interviniendo.

Se dejó arrastrar del brazo de Lucía y se sentó en una butaca de la sala de espera de urgencias que estaba vacía para fortuna de los enfermos, que no tendrían la oportunidad de cruzarse con su patética cara.

La presencia de su amiga era irreal, como si el escenario que la rodeaba formara parte de un decorado improvisado de alguna de esas series de televisión donde los médicos se dedican a acostarse unos con otros en lugar de curar pacientes. Sí, ahí estaba el ala de urgencias, totalmente vacía, en una tarde lluviosa como aquella, tan propicia para los accidentes de tráfico, como si el destino hubiera deseado cobrarse una sola víctima y le hubiera tocado a ella el premio gordo.

Había llegado su fin. Su felicidad acababa de desvanecerse en una lluviosa tarde de finales de marzo. Lo supo en cuanto la voz temblorosa de Fátima había susurrado su nombre al otro lado del teléfono. Tenía que asimilarlo. En ese momento. Sabía que su cuerpo se hallaba en estado de *shock*, y su cerebro, consciente y claro, intentaba hacerse de nuevo con el control de esa nave desmadejada de carne fría y huesos vacíos.

En el momento en que se vio de nuevo dueña de sí, se abalanzó a los brazos de Lucía y estalló en sonoros sollozos. Lo demás apenas lo recordaba: la llegada de sus suegros, el empecinamiento de una madre por mantener conectado a un hijo sin actividad cerebral, y tener que armarse de valor para explicarles, desde un punto de vista aséptico y frío, que su hijo, quien había sido durante un año su marido y al que había amado sobre todas las cosas, ya estaba en manos de Dios.

Solo quería que alguien la partiera en dos y le arrancara el alma de cuajo. Se maldijo por los seis años que pasó en la facultad de Medicina y las horas de estudio que hubo perdido para aprobar el MIR que le posibilitara ocupar esa plaza de residente en neurocirugía. Maldita la hora en que confió salvar vidas con una ciencia que no había podido hacer nada por él.

—Tenemos a un paciente en Valladolid que espera un corazón urgente. —Oyó la voz difusa de su adjunto, que no se había atrevido a mirarla a los ojos siquiera—. Lleva más de una semana enganchado a una máquina y no saben cuánto más durará, pero no demasiado tiempo. Coinciden grupo sanguíneo y otros parámetros. Es el receptor ideal, pero debemos darnos prisa.

Su propia voz le sonó fría, como la de un autómatas programado para decir las estudiadas palabras que salieron de su garganta:

—En su historia clínica está el documento de expresión anticipada de

voluntades —murmuró antes de volverse a dejar caer en la butaca de la sala de espera—. Salva todo lo que puedas, que yo enterraré el resto.

Su voz se ahogó en su propio llanto y escondió su rostro de la mirada del doctor Rodríguez. Su carrera, su felicidad, su vida entera se la había llevado esa tromba de agua que había aparecido de forma repentina aquella tarde para destrozarle la existencia.

Capítulo I

La negra sierpe, moteada con rayas blancas discontinuas, se divisaba a lo lejos escondida entre la vegetación parda de la dehesa. El pequeño utilitario, de color turquesa, giraba hacia la izquierda para dejar atrás la ancha vía principal y perderse en la angosta y parcheada carretera secundaria flanqueada por montañas. La cadencia de sobra conocida por Clara se sucedía una y otra vez: pisar el freno para tomar la curva, acelerar una vez dentro, volver a frenar, volver a acelerar. Podía considerarse afortunada si encontraba cincuenta metros seguidos de recta, la cual aprovechaba para dar un respiro y ser consciente del hermoso paisaje que la rodeaba. Las centenarias encinas con sus troncos retorcidos convivían con vetustos alcornoques en una alfombra parda salpicada de grandes charcos que el mes de abril regalaba a unas tierras a las que, acostumbradas a la sequía, les costaba digerir tan ansiado festín.

Hacía más de media hora que había dejado de llover y el poderoso sol se abría paso a través de los gruesos y oscuros cúmulos para anunciar un próximo y tórrido verano que bebería, sorbo a sorbo, el festín primaveral; sin embargo, las plantas autóctonas, ya acostumbradas al mismo ciclo año tras año, se aprovechaban de la humedad para reverdecer, ayudadas de los poderosos rayos de un sol intermitente que no tardaría en fijarse en el cielo día sí, día también.

El asfalto seco no dejaba adivinar que había llovido recientemente. Agradeció la adherencia de las ruedas en aquella carretera sembrada de curvas; aunque por poco tiempo, porque al llegar a una altura de sobra conocida por ella, a mitad de camino entre Higuera la Real y Encinasola, giró de nuevo a la izquierda y se perdió en una vía pecuaria cuya grava no había asimilado demasiado bien un mes entero de lluvias.

Por fortuna para ella, las fincas que debía atravesar hasta llegar a la de su tío tenían instalado un paso canadiense: una rejilla en el suelo que permitía el acceso a los vehículos, pero que los animales no osaban pisar; así no debía, cada dos por tres, bajar para abrir cancelas. Solo al llegar a su destino, cuyo portón

pintado en un color verde hierba, descascarillado, no tenía aparejado a su lado el bendito paso canadiense, necesitó apearse.

No le quedó otro remedio que pisar el suelo farragoso y dejar que sus pulcras botas se hundieran en el pegajoso barro. Deslizó el enorme cerrojo, que emitió un molesto chirrido hasta terminar su recorrido, abrió la verja y volvió a entrar en el pequeño utilitario para ponerlo perdido de barro. Bajó de nuevo para cerrar la puerta de una sola hoja, escuchó otra vez el horrible quejido del oxidado hierro y montó por segunda vez, aportando con ello más barro a las alfombras del vehículo con la fricción de las sucias botas en los pedales. Suspiró en una mezcla de fastidio y resignación, pero pensó que aquello no era más que el principio y que, si había venido a pasar una temporada con sus tíos en mitad del campo, debía tener asumido que el interior acabaría hecho un desastre. Cuanto antes se relajase, antes comenzaría a disfrutar de su huida.

Nada más traspasar la verja, pudo divisar la pequeña casa pintada de un blanco reluciente, con el tejado rojo desgastado y el patio delantero adornado con geranios en flor y rosales salpicados de pequeños capullos cerrados que prometían una abundante floración estival. Frente a la casa, a unos veinte metros, se encontraba un viejo chozo a medio derruir que su tío Miguel había aprovechado para construir un rústico gallinero que había techado con viejas y abolladas planchas de chapa. Continuó hasta la puerta del garaje anexo a la casa y aparcó, no sin dejar sitio suficiente para que el tío Miguel pudiera sacar el viejo Land Rover marrón que dormitaba entre cencerros, esquilas, correas, cubos metálicos y utensilios para hacer la colada a mano.

No le había dado tiempo aún de apearse cuando escuchó la voz de su tía gritando su nombre. La mujer salió a su encuentro mientras se limpiaba las manos en el delantal. Antes de que pudiera hacer nada, se vio aprisionada entre sus brazos, aguantando los repetidos besos en la mejilla. En el fondo, le encantaban aquellos abrazos apretados en los que la barbilla de su tía se clavaba en su cara como una roma navaja de cariño.

La tía Juana olía a cuajada fresca y a humo, a campo, a jabón de Marsella y romero, y si se esforzaba, podía adivinar el olor característico a lejía y detergente lavavajillas, productos que constantemente castigaban las manos de aquella

mujer hasta hacerlas parecer las de una anciana. Aun así, su tía, pese a haber traspasado la barrera del medio siglo, conservaba su larga cabellera negra como la noche, solo salpicada por alguna que otra cana apenas perceptible. Aquel pelo largo y su sonrisa jovial la habrían hecho parecer más joven de no ser por sus maltratadas manos y la piel de su cara castigada por el sol y las inclemencias del tiempo.

Hablaron atropelladamente y se dijeron la una a la otra lo alegres que estaban de encontrarse de nuevo, cuánto se habían echado de menos desde que se vieran, por obligación, el fatídico día del funeral.

Juana se separó de ella para mirarla a los ojos, esta vez, sin rastro de sonrisa en su rostro, y preguntó con la delicadeza que se puede tener cuando se sabe que la pregunta hará daño:

—¿Cómo te encuentras?

Clara suspiró, y la felicidad de sus ojos desapareció como si una nube de tormenta hubiera ocultado la luz de su mirada durante un instante.

—Un poco mejor ahora que estoy aquí. Espero que este ambiente me sirva de ayuda —afirmó esperanzada.

—Verás como sí —le aseguró Juana mientras pasaba la mano por encima de su hombro y la llevaba dentro.

La casa estaba tal como la recordaba: las paredes blancas hasta media altura y de color ocre el resto para disimular el mal tiro de la chimenea, sencilla y pequeña, de ladrillo enlucido, pintada como parte de la pared, en cuya repisa podían verse relucientes esquilas y almireces a modo de adorno; el hogar, con unas tristes brasas que consumían con lentitud un viejo y retorcido tronco de encina; dos sillones de oreja de escay marrón, a cada lado del fuego, invitaban a sentarse; y como colofón, la mesa camilla presidía la estancia con unas faldas de color marrón adornadas por un paño hecho a ganchillo en hilo de color beige. Un grueso cristal como encimera le daba un cierto toque de elegancia, y las sillas, a juego con los sillones, a pesar de llevar allí desde que Clara tenía memoria, lucían una madera de cerezo con un brillo que las hacía parecer nuevas.

En la pared, frente a la chimenea, se abría la puerta que daba a la cocina, de donde provenía el fuerte olor a cuajada, y en la contigua se hallaban sendas

puertas que conducían a dos amplias estancias. Una de ellas, la más pequeña, tenía una cama de matrimonio de forja negra que usaban sus tíos como dormitorio principal; la más grande parecía más una típica habitación de albergue, con dos camas pequeñas al fondo y una litera de hierro enfrente. Allí había dormido Clara con sus padres y hermanos en innumerables ocasiones. Los mejores recuerdos de su niñez tenían como protagonistas a aquella finca, aquella casa y aquel dormitorio donde tan buenos ratos había pasado junto a sus primos. Por eso había vuelto a su refugio de verano, porque necesitaba rodearse de recuerdos alegres mientras intentaba recomponer su alma arrasada por el dolor.

Allí dejó las maletas y se habría puesto a deshacerlas de no haber sido por la voz que sonó a sus espaldas.

—¡Clarita!

Un hombre alto y robusto, con el pelo cano revuelto, vestido con un desgastado pantalón de pana y un jersey de lana verde oscuro, la cogió por detrás y le hizo cosquillas.

—¡Tío Miguel!

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Clara mientras se giraba para abrazar al recién llegado. No le importó pincharse con la incipiente barba, tampoco el olor a ganado que desprendían sus ropas; lo que más necesitaba en aquel momento era sentirse cerca de personas queridas.

Nada más acabar el entierro, quiso quedarse en casa de su madre, en la antigua habitación con edredón y cortinas rosas, llena de muñecas colgadas en la pared y de peluches encima de la cama; mas para su desgracia, su madre, a pesar de querer ayudarla con todas sus fuerzas, no había hecho más que agravar su estado. Ahondaba en su dolor, metía el dedo en la herida aún sangrante y lo retorció con fuerza en un intento vano de detener la hemorragia de su pérdida. No, su madre no podía ayudarla, pues su desmesurada empatía se volvía contra ella y parecía como si la que acabara de perder a su reciente marido hubiera sido ella. Nunca había conocido a una suegra tan apenada como su propia madre.

Sabía que, si quería recomponerse, debía huir, y si en el camino encontraba a personas que de verdad sabían ayudarla, como sus tíos, mejor todavía.

Así había acabado conduciendo entre montañas, después de haber dejado

desierta una cotizadísima plaza de residente en el servicio de Neurocirugía del hospital Infanta Cristina a la espera de que en el próximo mes de mayo alguien se beneficiase de su mala suerte y la ocupase. ¡Qué ironía! Ella, que se había apasionado con curar el cáncer, con limpiar la materia gris de células mutantes y devolver la vida a casos perdidos, había conocido a Ángel, su marido, en una de aquellas habitaciones blancas y frías el primer día de prácticas de la carrera, mientras él tomaba la temperatura a los pacientes de la planta; se había casado con él al obtener la plaza en la última convocatoria del MIR y lo había visto morir tan solo once meses después de su boda, a consecuencia de un traumatismo craneoencefálico severo debido a un accidente de tráfico. No había podido seguir. La neurocirugía la había traicionado. Ya no podría enfrentarse diariamente a la dama de la guadaña, no podría ser feliz, ser una gran profesional en su trabajo. Si su jefe de servicio, el doctor Antonio Rodríguez, uno de los neurocirujanos más capacitados del país, no había sido capaz de salvar la vida de Ángel, ¿cuántas personas acabarían muriendo en sus manos, víctimas de su impotencia? No, no podía seguir por aquel camino. Su médico de familia declaró baja por depresión en un principio, pero, al final, Clara optó por huir de allí y esperar pacientemente a que llegara la siguiente convocatoria para comenzar con otra residencia que no le recordase tanto a la muerte.

—¡Vamos! Alegra esa cara. Hoy tu tía ha preparado tu comida favorita — exclamó el tío Miguel para sacarla de sus cavilaciones.

—¿Migas con sardinas?

Corrió a la cocina, donde un perol de hierro fundido rebosaba de pan picado y cocinado con ajo y pimiento. A su lado, un plato blanco de zinc lleno de sardinas tan frescas que los ojos parecían salirse de las órbitas y la azulada piel, emitir reflejos irisados.

—Vamos, Miguel, remueve esa candela, que tenemos que asar las sardinas — ordenó la tía Juana acercando al hogar una parrilla de hierro negro.

A los pocos minutos, se encontraba la mesa puesta: sobre un tapete de hule con cuadros blancos y rojos reposaba un pan de hogaza en su punto justo de cocción, bien hecho pero blanco, como le gustaba a Clara. El perol con las migas marcaba el centro de la mesa y un plato con chacina variada y queso le hacía

compañía. Para rematar el sencillo banquete, una botella de vino tinto crianza, con denominación de origen Ribera del Guadiana, que la tía Juana servía en unos sencillos vasos de chato.

Los manjares degustados, el vino, el sillón y el crepitar del fuego la catapultaron a los brazos de Morfeo durante un tiempo indeterminado. Cuando abrió los ojos, se encontró arropada con una manta hecha de punto y un cojín en el brazo del sillón donde tenía apoyada la cabeza. Miró el viejo reloj de cuco que adornaba la pared de la chimenea y pudo ver que eran más de las cinco. Como poco, había dormido dos horas; algo insólito, pues desde la muerte de su marido no había conseguido pegar ojo más de una hora seguida, ni siquiera por la noche.

Se desperezó y fue consciente del ruido que la había despertado. Su tía trasteaba en la cocina e iba de allí al patio delantero cargando cubos de lata y demás herramientas de sobra conocidas por ella. Había terminado de hacer el queso y ya había lavado todos los cacharros, y ella dormida.

—Tía, ¿por qué no me has despertado? Te podía haber ayudado.

—Necesitabas dormir. Ya me ayudarás mañana —repuso Juana con una sonrisa, a la vez que agitaba la mano para restar importancia al asunto.

Clara volvió a desperezarse y se levantó haciendo un esfuerzo titánico. No soportaba estar sentada mientras alguien a su lado trabajaba.

—Dime en qué puedo ayudarte —insistió.

—Se acabó por hoy, ahora pienso sentarme en el otro sofá y calentarme bien las manos, así que, si te quieres sentar conmigo... —propuso Juana conteniendo una sonrisa burlona.

—Creo que ya me he sentado bastante, voy a dar una vuelta por la finca. Hace años que no vengo. Quiero comprobar si todo sigue igual.

—Más o menos. —Juana volvió a levantarse del sillón, como si permanecer sentada le costase trabajo—. Voy contigo.

—De eso nada. Tú te quedas ahí descansando, que ya está bien por hoy. Mañana te ayudaré a hacer el queso, terminaremos antes y daremos una vuelta, ¿vale?

—¿Me queda elección? —preguntó la mujer encogiéndose de hombros.

—No —negó con la boca torcida, escondiendo una sonrisa.

Clara entró en la habitación de invitados y cambió sus zapatillas de andar por casa por unas botas de senderismo; al comprobar por la ventana que volvía a llover, sacó de la maleta un traje de agua color verde que se colocó encima de una gruesa chaqueta de lana y de los vaqueros.

No hizo caso a las advertencias de su tía, que no paraba de decirle que no saliera con la lluvia, pero a ella le encantaba la caricia del agua fresca en el rostro, el chisporroteo en el gorro del traje de agua. Caminar bajo la lluvia la invitaba a pensar, y en ese momento necesitaba reconducir mentalmente su vida.

Cogió el sendero a la izquierda de la casa y atravesó la cancela de hierro que conducía a las profundidades de la extensa finca donde tanto había jugado y se había perdido siendo una niña. Lo primero que encontró fue una pequeña caseta blanca donde su tío almacenaba algunos sacos de pienso para las cabras y medicinas. Subió la cuesta hasta allí y abrió la puerta. El interior seguía tal como lo recordaba, con el suelo de cemento y las paredes blancas desconchadas.

A la derecha divisó, a una distancia no demasiado lejana, los corrales, donde se encerraban los animales para vacunar, y el embarcadero, donde subían las pobres víctimas al camión del matadero o donde, en tiempos más florecientes de la finca, subían a los sementales y a las hembras más selectas para llevarlos a la feria de Zafra.

De pronto, volvió a verla, la vieja y pequeña casa donde habían vivido sus tíos cuando ella apenas tenía seis o siete años. Hacía mucho tiempo, cuando la casa grande la habitaba el guarda de la finca, sus tíos, que entonces se dedicaban al engorde de los cerdos y solo trabajaban en la época de la montanera, habían ocupado aquella humilde vivienda de manera intermitente hasta la jubilación del guarda. Desde entonces, los jornaleros escasearon cada vez más a consecuencia de varios años malos de sequías acompañados de una mala gestión, y Miguel tuvo que ocuparse de todo el ganado a cambio de permanecer en la finca el año entero, ocupar la casa principal y un sueldo fijo para su mujer. Aquello les había permitido mandar a dos de sus tres hijos a la universidad y juntar unos ahorros.

A pesar de todo, Clara nunca había olvidado los fines de semana y los veranos en la pequeña casa, todos amontonados: padres, tíos y primos. Intentó entrar, pero la puerta no se movió, como una vieja amiga testaruda que se negaba a abrir

su corazón de nuevo. Seguro que su tío tenía las llaves en alguna parte. Se moría por volverla a ver por dentro, mas tuvo que conformarse con admirarla por fuera.

Habían pasado dieciocho años desde que sus tíos la habitaran; no obstante, su fachada seguía tan bien encalada como en su niñez, lo que le mostraba la gran dedicación que Juana tenía por la finca. No solo se trataba de la casa, sino que los corrales y el embarcadero lucían un blanco immaculado, fruto de la brocha y la caña de bambú de Juana que los mantenía a raya. Una puerta de hierro verde de una sola hoja con un postigo en la derecha y dos pequeñas ventanas a la izquierda, de madera carcomida, aunque perfectamente pintadas del mismo verde de la puerta, daban ventilación a tan humilde edificación.

Caminó alejándose de ella y dio la vuelta para admirarla en todo su conjunto. Para construirla, habían aprovechado una de las paredes del corral que daba al embarcadero, y en uno de los laterales, una encina centenaria la arropaba con sus ramas. Parecía como si quisiera esconderse del mundo para ser hallada solo por los elegidos que conocían su paradero. En los cuentos que su madre le contaba cuando era pequeña, siempre aparecía aquella mágica casa en su imaginación. Había sido la casita de *Hansel y Gretel*, la de la abuela de *Capercita* o la perdida cabaña donde *Blancanieves* había encontrado a los siete enanitos.

Suspiró y siguió caminando rumbo a la casa principal.

Aquella noche sacó el tema en la cena mientras disfrutaba de unas costillas adobadas con ajo y pimentón y luego cocinadas en papillote entre las ascuas del hogar.

—Tío Miguel, hoy he ido hasta la casita vieja. He querido entrar para ver cómo estaba por dentro, pero me la encontré cerrada.

—¿Todavía sigues con eso? —inquirió la tía Juana echándose a reír—. Me acuerdo cuando eras pequeña. Te empeñabas en jugar en ella, hasta por las noches decías que querías irte a dormir allí, tú sola, porque ni tu padre, ni tu madre, ni tu hermano estaban dispuestos a acompañarte.

—Todavía sigo con la idea de volver a dormir allí —confesó Clara con una mirada nostálgica.

—Las llaves están colgadas en el mueble de la cocina —aseguró Miguel entre risas—. Eso sí, tendrás que luchar contra las arañas, las hormigas y las chinches

que habrá en los colchones.

—¡Ah! Pero ¿todavía hay camas allí? —preguntó Clara sorprendida.

—Hay dos catres viejos con colchones de lana, una mesa de madera hecha polvo y algo más tiene que haber. Tu tía lleva allí los muebles viejos que le da pena tirar.

—Por si vuelven los viejos tiempos y tiene que venirse a vivir alguien —aclaró Juana.

—Mujer, con los buenos coches que hay ahora, nadie en su sano juicio se vendría a vivir a una casa sin luz ni agua y con muebles viejos. Echaría su jornal y se iría al pueblo a dormir. Las cosas ya no son como antes, cuando la gente se desplazaba en burro.

Clara suspiró con una extraña luz en sus ojos, como si la ilusión hubiera vuelto de forma inexplicable a su corazón.

—Pues yo me iría a vivir allí sin pensármelo. Es más, creo que es lo que voy a hacer: me voy a dedicar a restaurar los muebles y a preparar la casa para pasar allí mis vacaciones.

Sus tíos se miraron con complicidad y se encogieron de hombros casi de forma sincronizada.

—Tú verás, hija —concluyó Juana con voz dulce y una luminosa sonrisa.

La mañana se presentó con un sol radiante y la temperatura comenzó a ascender conforme se acercaba el medio día. Clara llevaba despierta desde las siete, pues su sueño se había visto interrumpido por el ruido de los quehaceres de sus tíos, y la idea de preparar su casa de ensueño se había apoderado de su cerebro nada más recobrar la consciencia, impidiéndole volver a dormir.

Tomó una humeante taza de café, con leche de vaca recién ordeñada, y acompañada por unas rosquillas caseras con un aroma a anís y una textura fina y esponjosa, sentada en una silla baja de enea junto a la chimenea; luego, volvió al dormitorio para vestirse con un pantalón vaquero viejo, camiseta, sudadera y botas. Después, salió al patio alambrado traspasando la pequeña verja que lo separaba de la calle, para dirigir sus pasos a la cochera donde sus tíos guardaban toda clase de herramientas y útiles diversos. Allí encontró un saco con cal viva y cogió cinco piedras grandes para arrojarlas a un cubo de lata, además de una

brocha ligera, una caña de bambú y una segunda brocha más pequeña para rematar las esquinas. Una vieja manta de plástico salpicada con multitud de gotas blancas reseca, cubos, productos de limpieza, trapos y todo lo necesario para adecentar la casa invadieron el pequeño utilitario con el que llegó a la finca.

Condujo el corto camino hacia lo que pretendía convertir en su refugio particular y se detuvo a pocos metros para descargar. Al entrar, un fuerte olor a moho y humedad la golpeó en la nariz. Lo primero que hizo fue abrir las ventanas y sacar algunos muebles a la calle para que les diera el hermoso sol que calentaba casi como un día de verano. Desmontó las camas que encontró: un viejo catre de forja pintado con purpurina y la que había sido la cama de sus tíos; arrojó los colchones de lana al suelo sin piedad, agarrándolos lo indispensable para arrastrarlos hasta el exterior, y volvió a entrar a por más.

Ahí estaba, frente a una casa abandonada desde hacía años, con las paredes desconchadas; el techo de vigas de madera y cañizo, que extrañamente conservaba el color verde pastel con el que siempre lo había pintado su tía; un pequeño habitáculo con chimenea que hacía las veces de comedor; la puerta pintada de marrón oscuro que daba a una estancia intermedia que, a su vez, daba a otra habitación en el fondo, del mismo tamaño de donde había sacado la cama. Por supuesto, ni tenía cuarto de baño y mucho menos agua corriente o luz eléctrica, pero aquello formaba parte de la magia de vivir en su casa favorita.

Tan solo una semana después, Clara había dado por finalizada su tarea de restauración, por lo que pidió a sus tíos que la acompañasen para contemplar lo que ella consideraba su obra maestra. Y comenzó a mostrarles los primeros cambios: la puerta de hierro, antes verde, había sido pintada de un color marrón oscuro, al igual que las ventanas de madera, y la fachada resplandecía a la luz del sol. A cada lado de la puerta, dos bloques de hormigón se habían convertido en sendos maceteros, donde unos geranios con flores rojas invitaban a pasar al interior.

La estancia que hacía de comedor lucía una vetusta alacena de roble que Clara había ido desprendiendo de varias capas de pintura gris azulado pasada de moda y barnizado con un tono transparente. Una mesa-camilla con enaguas

marrón oscuro presidía la pequeña estancia, y dos tristes sillas de enea a medio restaurar la acompañaban. Abrió la puerta, igualmente decapada y barnizada, y mostró la habitación intermedia, donde había colocado el catre pequeño, un baúl y una mesa vieja. Un sillón nuevo y una estantería sencilla de aglomerado y formica contrastaban con el mobiliario original. Al fondo, la vieja cama de matrimonio, antes pintada en gris azulado, lucía una forja negra, y una colcha de ganchillo adornaba el colchón de lana que había sido vaciado, lavado, secado y vuelto a llenar.

—¡Madre mía! Es increíble cómo has dejado la vieja casa. Y todos estos muebles desvencijados, ¡si parece que los has comprado nuevos! —exclamó Juana llevándose las manos a la cabeza, incrédula.

—Yo soy un manitas, sobrina, pero tú me ganas —admitió Miguel asintiendo con la cabeza.

—No sabéis cuántos programas de bricolaje he visto en las guardias. La vida de un médico es a veces tan parada y a la vez tan estresante que hacen falta esta clase de trabajos para sacar todo el veneno que se va acumulando poco a poco. A otros les da por el gimnasio o los deportes de riesgo, la cocina, el senderismo; pero a mí me ha dado por el bricolaje y la decoración —confesó Clara encogiéndose de hombros.

Ella lo vendía como una consecuencia normal de su trabajo, aunque sabía que no podía ocultar a sus tíos la verdadera razón de su dedicación. Ellos sabían que en cada golpe de brocha, de lija o de fregona se escondía la honda pena que eclipsaba la alegría de su sobrina y el propósito de renacer cual ave Fénix, al igual que ella había hecho renacer esa vieja casa.

Capítulo II

Volvía a conducir su coche, aunque el viaje no le resultara tan placentero como el de su llegada a la finca. No llevaba equipaje, aunque presentía que sus vacaciones se encontraban a punto de expirar. Aún recordaba la voz de Antonio Rodríguez, su antiguo médico adjunto, cuando le anunció que la elección de plazas se había fijado para el dieciséis de mayo. Tras un año perdido entre temarios y suspiros, había vuelto a conseguir una nota que le permitiría elegir la especialidad que deseara. El problema era que no tenía muy claro qué camino escoger para que la muerte no la acechara en cada esquina. «¿Has pensado en la obstetricia? Ahí podrás empaparte de vida más que de muerte», le había sugerido Rodríguez en aquella llamada que había perturbado su retiro. Tocoginecología, una rama que le había interesado de la misma manera que le puede interesar a cualquier mujer, pero que nunca había estado entre sus favoritas como médico; y, sin embargo, no podía negar que aquella plaza podía ser justo lo que andaba buscando. Necesitaba escapar de la muerte, y nada mejor que ayudar a nacer a cientos de niños para acabar con el negro fantasma que, desde hacía tiempo, venía invadiendo los más recónditos rincones de su ser. «Ven el día antes y podrás hablar con Medina. Él te enseñará la planta, los paritorios, el ambiente en general. Luego tú decides si te interesa». Y así se vio, a las cinco menos cuarto de la tarde, descargando los cuatro trapos que había traído en la mochila, en su piso abandonado, testigo de tantas alegrías y que ahora parecía querer engullirla en un mar de desolación, para escapar de inmediato hacia el hospital Materno Infantil.

Cuando llegó al complejo hospitalario, la recibieron dos hombres de mediana edad. Uno vestía pantalón vaquero y camisa; el otro, un pijama verde. El más joven, que vestía de calle y era de sobra conocido por Clara, se acercó a darle dos besos y unas palmadas en la espalda.

—¡Rodríguez! No esperaba encontrarte aquí —exclamó la joven con una abierta sonrisa.

—No pensarías que iba a dejarte sola en esta decisión tan importante —explicó el neurocirujano. Después miró a su compañero y se lo presentó—. Este es el doctor Medina, jefe de residentes del materno y uno de los adjuntos de ginecología.

Clara sonrió al hombre de cabello moreno salpicado de mechuras canosas, que lucía un pulcro bigote y la miraba con sus ojos pardos ocultos tras unas gafas metálicas.

—Encantado de conocerla, joven —saludó, flanqueando su mostacho por la comisura de sus labios para mostrar una sonrisa.

—Lo mismo le digo, doctor Medina —correspondió ella haciendo una leve inclinación de cabeza mientras estrechaba la mano que le tendía.

—Espero contar con usted. El doctor Rodríguez ya me ha hablado de su destreza con el bisturí —advirtió el jefe de residentes—. Si le parece bien, me gustaría empezar la visita por la planta de puérperas.

Ella asintió, y Antonio Rodríguez le sonrió.

—Vas a ver lo más bonito de la especialidad. Eso quiere decir que este hombre está muy interesado en que te quedes —le susurró al oído.

Rodríguez se quedó en el puesto de enfermería conversando con una enfermera rolliza y una matrona entrada en años, que comenzaron a reírse con silenciadas carcajadas, mientras el ginecólogo y Clara comenzaban la ronda matutina en las habitaciones de las madres recientes.

Allí encontró a mujeres alegres, asustadas, quejumbrosas, doloridas, a pequeñas criaturas dormitando en las diminutas cunas de metacrilato unas, agarradas al pecho otras, o entre los torpes brazos de su padre. Las habitaciones desprendían un hálito de vida palpable a la vez que invisible. Clara podía notar el aura de una fuerza arrebatadora llenando su alma vacía, consolando su dolor. Sí, era posible que fuera aquello lo que andaba buscando.

Tras acabar la ronda, entraron en las habitaciones donde gemían, acompañadas de sus parejas, las parturientas, algunas, de dolor; otras, de impaciencia, pues la analgesia epidural les había hecho perder la sensación dolorosa. Una de ellas fue trasladada al paritorio y Clara pudo ser testigo de la vida al abrirse camino de manera inexorable, de la fortaleza de una madre, de la

indefensión de una criatura que se jugaba a cada momento la supervivencia hasta, finalmente, culminar en un grito de triunfo.

—¡Me quedo, Medina! —fueron sus únicas palabras, que resonaron mezcladas con el llanto del recién nacido, cargadas de emoción.

Así se había visto, a la mañana siguiente, en el salón de actos de la facultad de Medicina, frente al micrófono, en el momento de pronunciar su destino: «Servicio de Tocoginecología en el Hospital Materno Infantil de Badajoz», con una voz potente y decidida, con los ojos encharcados en lágrimas y la esperanza puesta en un futuro rebotante de vida y felicidad.

Una semana después, de nuevo había vuelto a recorrer el mismo camino, pero esta vez con equipaje. Se despidió de sus tíos y prometió que volvería en las vacaciones de verano para disfrutar de su casa recién restaurada, de lo que se había convertido en su refugio y del lugar tranquilo donde hallar la paz suficiente para silenciar su soledad y conseguir aquel destino que sabía que le depararía más alegrías que penas. Lo presentía. Aquel iba a ser el primer día de su nueva vida.

Ya no le importó volver a su frío piso de cuatro habitaciones y un pequeño patio en la capital, ni volver a dormir en la cama individual donde solía hacerlo desde la muerte de Ángel. Le había resultado imposible usar de nuevo la habitación de matrimonio; es más, esta se encontraba de la misma forma que ella la había dejado el día que sonó el teléfono y Fátima le había informado del grave accidente de tráfico de su marido: la foto de la boda sobre el cabecero, el galán de noche con el último pijama que había usado Ángel, la noche antes de la tragedia, para dormir y el libro que estaba leyendo sobre la mesilla.

Mientras tomaba un vaso de leche caliente con cacao en el sillón donde solía leer, quedó absorta contemplando la nube de vapor que ascendía en espiral, y el olor del chocolate la hizo sentirse reconfortada. Por la ventana que daba a la calle veía a la gente caminando con paraguas, a paso ligero. Una joven pareja se refugió del chaparrón en la cabina telefónica que tenía enfrente, riéndose y jugueteando con sus manos. Se preguntaba si algún día podría volver a amar de forma tan intensa. Una parte de ella deseaba encontrar al hombre que envejeciera con ella y decía para sus adentros que Ángel no había sido más que una muestra

de la felicidad que podría algún día llegar a sentir. No obstante, otra parte más negativa le decía que ya había gastado la felicidad que le correspondía y que el resto de su camino lo debería hacer sola porque cada relación que comenzase estaba abocada al fracaso. La tercera corriente de su alma, tal vez la más sensata, pensaba que lo mejor era vivir la vida como fuese viniendo, sin pensar en las consecuencias.

Y así fue avanzando; día a día, parto a parto, su alma fue recomponiéndose. Tras más de un año de residencia en su nueva especialidad y varias escapadas a su refugio particular, volvió a mirar hacia adelante, aunque aún quedaran en su interior dolores tan profundos que tardarían tiempo en sanar.

Así, una mañana cualquiera de un día cualquiera, decidió cambiar el habitual color oscuro de su ropa por otro más alegre. Aprovechando los últimos días de verano, escogió un vestido vaporoso de color hueso salpicado de pequeñas florecillas rosas y azules, de manga corta y amplia falda; se calzó unas cómodas valencianas en fucsia y bajó al trastero del portal de donde sacó la bicicleta con la que solía acudir al trabajo.

El radiante sol que, poco a poco, se asomaba por el horizonte le bañó el rostro y arrancó destellos dorados a su cabello rubio recogido en una larga coleta. El aire puro de la mañana, cargado de los aromas indescriptibles que le proporcionaba el rocío, llenaba sus pulmones y acariciaba su tez blanca con dulzura.

Condujo hasta el aparcamiento para bicicletas que se encontraba en la puerta principal, junto a la parada de autobús, y entró en el vestíbulo del hospital. Abandonó los aromas matutinos y comenzó a respirar la atmósfera insana del edificio impregnada de alcohol, desinfectante y dióxido de carbono. Bajó a la planta inferior, donde se encontraba la cafetería. Las escaleras y el pasillo claustrofóbico contrastaban con los amplios ventanales de la estancia, que aprovechaban el desnivel de la calle para dotar de ventilación y luz natural a la amplia y vieja estancia.

Las paredes, de color crema con un tono desgastado que mostraba un leve descuido en su mantenimiento, le resultaban tan conocidas que casi le parecían una continuidad de su casa. Las mesas blancas, impolutas y perfectamente

limpias contrastaban con la maltratada pared y le daban a cualquiera la confianza necesaria para comer en el recinto. Clara acudía, cada mañana que le tocaba el turno de consultas externas, a desayunar allí, pues seguía sin gustarle demasiado la idea de hacerlo sola en casa.

Caminó hacia la barra, donde un camarero de una edad indeterminada entre los cuarenta y los cincuenta y cinco años, algo entrado en carnes, con bigote y pelo oscuro que mostraba una incipiente alopecia, la recibía con una sonrisa.

—Buenos días.

—Hola, Manolo. Ponme lo de siempre —pidió con la tranquilidad que le daba saber que el profesional le serviría con exactitud un descafeinado de máquina y media tostada de mantequilla y mermelada.

Un hombre, al otro lado de la barra, tomaba café mientras mordisqueaba plácidamente una tostada de aceite y tomate. Cuando ella se sentó, se cruzó por accidente con su mirada y pudo notar el brinco de su corazón en el pecho y el calor sofocante acudir a sus mejillas. A duras penas, consiguió guardar la compostura. Aquellos ojos color verde mar destacaban más en aquella tez morena enmarcada por un cabello castaño oscuro. Nunca antes lo había visto, habría recordado aquella mirada clara e intensa que se asemejaba a la de Ángel de tal manera que, por un instante, su cerebro olvidó el accidente, el entierro, el año repitiendo el MIR y todas aquellas sensaciones que la habían descompuesto por dentro. Era como si, por una milésima de segundo, su marido hubiera bajado a la tierra para regresar de nuevo al Más Allá y dejarla en ese extraño estado de trance.

Desvió la mirada y se distrajo añadiendo el azúcar a su café para darle infinitas vueltas a la cuchara mientras esperaba que la tostada llegase pronto y así poder ocuparse de ella y distraer sus manos en algo más productivo.

Tras interminables minutos, apareció su desayuno y lo devoró a una velocidad poco recomendable. Cualquier cosa antes de permanecer impasible ante lo que parecía una aparición fantasmal. Se despidió amablemente del camarero y echó a correr camino del ascensor hasta encontrarse a salvo en el interior del vestuario. El corazón seguía retumbando en su pecho, la respiración acelerada comenzaba a marearla. ¿Y si había sido una visión, el producto de su imaginación

somnolienta?

Sacudió la cabeza, se refrescó la cara en el lavabo y cubrió su bonito vestido con una bata blanca. En días normales, solía vestir de verde, pero los días de consultas externas prefería el blanco. Clara pensaba que así les resultaba menos violento a las futuras madres; al menos, eso le había enseñado el doctor Díaz, con quien pasaba consulta aquella mañana.

Le resultaba aburrido dedicarse a observar cómo el viejo jefe de servicio hablaba con las pacientes, les hacía infinidad de preguntas si se trataba de una primera visita, realizaba una ecografía en la mayoría de los casos y otras veces les daba los resultados de los últimos análisis. Nada podía compararse a la emoción del campo de batalla, la incertidumbre de la sala de ingresos, la impaciencia que se respiraba en los monitores de dilatación y la emoción del paritorio; no obstante, era consciente de la importancia de las consultas, donde a veces se detectaban problemas.

—He comenzado a sangrar —confesó una mujer de poco más de treinta años, a sus veintiocho semanas de gestación.

—¿Es como una regla o se trata de pérdidas pequeñas? —preguntó Díaz, cuyo rostro reflejaba preocupación.

—Son pérdidas pequeñas, pero de sangre muy roja. He estado a punto de ir a urgencias, pero como hoy tenía cita, he preferido esperar a ver qué me decía usted.

Clara notaba el jugueteo de las pupilas de la gestante sin ser capaz de fijarse en ninguna parte; las manos, frotándose la una con la otra para intentar secar las sudorosas palmas sin mucho éxito, el ligero temblor de su barbilla y la mirada de reojo a su marido, tan confuso como ella.

—Baena, ¿qué opina? —le preguntó su adjunto.

—Deberíamos hacer una *eco* para cerciorarnos, pero a las alturas de gestación que estamos, yo diría que puede ser una placenta previa —respondió, casi segura de que el ultrasonido corroboraría su teoría.

—¡Eso es cesárea segura! Lo sé porque le pasó lo mismo a mi hermana mayor —contestó la paciente, cuyo temblor en la barbilla se hacía cada vez más patente.

—No adelantemos acontecimientos —llamó a la cordura el viejo doctor—. Primero, échese en la camilla y veamos lo que hay, ¿vale?

La mujer obedeció y se tumbó a la vez que subía su vestido para dejar el abultado vientre al descubierto. Ante un gesto del médico, Clara vertió el frío gel transparente sobre la piel y apoyó el transductor justo por encima del pubis, para luego seguir una trayectoria ascendente y volver a recorrer un par de veces más el mismo camino.

—Sí, es una placenta previa, pero no es totalmente oclusiva —pronunció, en voz alta, Clara como si se tratase de un examen oral—. Eso quiere decir que, con un poco de suerte, en las siguientes semanas puede dejar libre el cuello del útero y tener un parto vaginal sin problemas.

El rostro de la mujer se suavizó y esbozó una sonrisa a la vez que suspiraba de alivio.

—Efectivamente es así, como ha dicho la jovencita —afirmó el doctor Díaz—. No le voy a asegurar al cien por cien que vaya a tener un parto normal, pero tampoco nos vayamos a rendir a la cesárea a la primera de cambio. Por mi parte, si conseguimos que la placenta se desplace lo suficiente como para dejar libre el cuello uterino, yo intento el parto vaginal.

—Muchas gracias, doctor Díaz —agradeció la futura madre sonriendo.

—Eso sí, deberá guardar reposo relativo, y si sigue sangrando, absoluto. —Tomó el transductor de manos de Clara y lo desplazó por el vientre mientras escudriñaba la pantalla—. Por lo demás, su hijo está perfecto; mejor dicho, su hija. Sabían que es una niña, ¿verdad?

—Nos lo dijeron en la ecografía de las veinte semanas, sí —afirmó el futuro padre.

—Pues, nada. Nos vemos en dos semanas, y a ver qué tal va todo.

Clara le limpió el abdomen con la sabanilla que tenía sobre las piernas y la mujer se incorporó de la camilla.

Aquella fue la única consulta que destacó en toda la mañana. Las demás madres, con sus afortunados aburridos embarazos, alargaron las siete horas de consulta hasta hacerlas parecer eternas. Algún que otro bostezo involuntario sirvió para que el viejo ginecólogo se mofase de ella.

—¿Qué? ¿Te aburres, Baena?

—Un poco, doctor Díaz —confesó Clara, aprovechando que la consulta se encontraba vacía para estirarse y bostezar sonoramente.

—A los jóvenes de ahora os sacan de los quirófanos y no sabéis qué hacer.

En las palabras del viejo se adivinaba un deje de desprecio, cosa que hizo reaccionar a Clara, quien se irguió y lo miró fijamente a los ojos.

—Doctor Díaz, no me gusta que me metan en el bote de la mayoría sin conocerme. No soy fan de los quirófanos, no me gusta intervenir en los asuntos de la naturaleza a no ser que haya complicaciones, pero tengo que reconocer que las consultas me aburren bastante —confesó la joven en actitud defensiva.

—Me alegra comprobar que usted prefiere observar antes que actuar. Creo que nos llevaremos bien —afirmó el viejo con total tranquilidad, como un dios fuerte al que es imposible ofender.

Clara sabía a quién se enfrentaba, de sobra era conocida la reputación del jefe de servicio de tocoginecología. Cada vez que hablaba, su elocuencia era tal que nadie osaba discutir con él, pues ya desde el principio sabía que llevaba las de perder; no obstante, cuando se equivocaba, sabía muy bien cómo hacer mutis por el foro como si el asunto no fuera con él. No le gustaban los debates improductivos y, como nunca daba su brazo a torcer, pero por otro lado, tampoco era partidario de imponer una idea errónea, optaba por salir por la calle de en medio sin inmutarse siquiera. Defensor como era del parto natural y de usar la cesárea solo en casos extremos, atacaba sin piedad a los subordinados de la nueva escuela con sus cesáreas programadas y sus partos inducidos en la semana cuarenta. Él optaba por dejar actuar a la naturaleza de cada mujer, hacía parir a muchas de las madres cuyos fetos venían al mundo en presentación podálica, incluso lo intentaba en casos de mellizos y con placentas previas marginales. Se saltaba a la torera el protocolo hospitalario, como hijo de alguna antigua diosa de la fertilidad; protocolo que, dicho sea de paso, él mismo había elaborado junto con otros jefes de servicio y cuyo resultado no lo satisfacía demasiado. De ahí que cuando, según el procedimiento, había que actuar de una forma menos humana y más interventora, él primero le daba la oportunidad a la parturienta y después, si su intento fracasaba, procedía a una cesárea de urgencia o a cualquier

procedimiento convencional.

Como suele ocurrir con las personas famosas, tenía sus partidarios y sus detractores; sus mamás satisfechas por haber sorteado el quirófano y las que se quejaban de haberlas hecho sufrir innecesariamente. Claro que, para ser objetivo, había que remitirse a las estadísticas, y estas le daban la razón, pues hasta la fecha se había ganado el título de médico con menor mortalidad y morbilidad, tanto prenatal, como peri y postnatal del hospital, ocupando el sexto puesto entre los médicos nacionales de su especialidad. Por supuesto, cada vez que algún *cirujano de paritorio*, como él los llamaba, osaba llevarle la contraria, lo castigaba con su perorata y le restregaba las estadísticas por las narices.

Clara se había librado de momento, más aún después de haber confesado sus ideas, las cuales todavía no tenía del todo claras. Con poco más de un año de residencia, no se veía legitimada ni siquiera para toser a aquel monstruo de la tocoginecología, ni mucho menos podía hacerse una idea de quién tenía razón. Aún le quedaban varios años para poder hablar con autoridad; mientras tanto, seguiría el consejo que siempre le había oído a su madre: ver, oír y callar.

Y desde luego tuvo oportunidad de ver y de oír en aquel turno infernal. Si se había quejado de aburrimiento aquella mañana, la tarde y la noche las pasó echando de menos las aburridas consultas externas.

Desde las seis menos cuarto de la tarde, hora en que llegó el primer ingreso, no paró de consultar registros, hacer tactos vaginales, ecografías... Tuvo la oportunidad de ayudar en una cesárea de urgencia, también pudo comprobar con sus propios ojos cómo un ser humano podía llegar al mundo de forma natural con una presentación anómala, aunque viera sudar al viejo obligando a la criatura a flexionar la cabeza en cada contracción, y gritar a la madre cada vez que el doctor Díaz manipulaba en su interior.

—¡Vamos, valiente! Un poquito más —animaba el médico, jadeando por el esfuerzo.

—¡Por Dios, de verdad que no puedo! ¡Si no hago más que empujar y usted me lo mete para dentro otra vez! —se quejó la parturienta, chillando en el ínfimo espacio de tiempo entre dos contracciones.

—Su hijo tiene la cabeza deflexionada. Estoy intentando colocárselo bien

para que nazca sin problemas.

—¡Déjese de historias y raje ya!

El marido se echó a reír. Por lo que le habían contado a Clara, había soportado la lectura de diez planes de parto diferentes en los últimos meses, a cual más transgresor de la rutina hospitalaria; se había peleado con la enfermera que quiso cogerle la vía a su mujer para que esta acabara accediendo bajo la promesa de no administrar ninguna medicación sin su consentimiento; su esposa se había negado tajantemente a que le administrasen la analgesia epidural y en esos momentos, después de doce horas de dilatación sin apenas quejas, una hora soportando los continuos tactos del doctor en un intento de hacer nacer a su hijo en una presentación más correcta, cuando estaba a punto de ver la cara de su hijo, suplicaba a gritos una cesárea.

—No se preocupe, joven —dijo el viejo al padre de la criatura—. Estoy acostumbrado a que las mamás flaqueeen en el momento más duro. Verá cómo me lo agradece cuando oiga llorar a su bebé.

Tras cuatro contracciones más, apareció una cabeza alargada como un pepino y, tras ella, unos hombros que salieron con relativa facilidad. El resto del cuerpo resbaló de su madre para caer en las manos de Clara, que lo esperaban ansiosas, cubiertas con una sabanilla.

—¡Aquí está! —mostró triunfante, como si ella misma lo hubiera parido.

Lo depositó sobre el pecho desnudo de la madre, que había desabrochado los cuatro botones del camisón para sentir la piel húmeda y cálida de su hijo. La criatura emitió un ruido de protesta parecido al llanto, aunque sin llegar a tener la potencia suficiente para considerarse como tal.

—Ha llorado muy flojo, doctor Díaz —susurró para no ser escuchada por la extenuada parturienta.

—Eso es porque ha sentido la cercanía de la madre. Está sano, tiene un 9 en Apgar, no temas —explicó mientras le tiraba del hombro para que se apartase de la nueva familia—. Observa, aquí todo está hecho de momento.

—¿No corta el cordón? ¿Y la placenta? —preguntó Clara confusa.

—Si cortamos el cordón cuando todavía late, corremos el riesgo de que al bebé no le llegue la suficiente sangre, y eso le hará tener carencia de hierro

durante su primer año, y tendríamos que administrarle hierro oral de forma innecesaria, pero nosotros no tenemos prisa, ¿verdad? —explicó—. En cuanto a la placenta, como la paciente especifica en su plan de parto el rechazo por los oxitócicos, esperaremos a que se desprenda por sí sola, lo que suele tardar una media hora —aclaró el viejo.

La criatura, a sus pocos minutos de vida, reptó con lentitud por el vientre de su madre, olisqueó como un perro de presa y volvió a reptar. De pronto, se detuvo, movió la cabeza con desesperación hacia ambos lados y se lanzó a la cálida carne del pezón de la madre, agarrándolo con fuerza entre sus mandíbulas, empujando con la lengua y tragando su manjar más preciado ante el asombro de los presentes.

—¡Está mamando! —exclamó la orgullosa madre con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué esperabas? ¿Que no supiera? —inquirió el médico, orgulloso de su trabajo—. Si te hubiera hecho caso, ahora estarías en la sala de reanimación sola y tu hijo estaría bebiendo de una tetina de goma en brazos de cualquier enfermera.

—Gracias por no escucharme, doctor Díaz.

Capítulo III

No podía quitarse la escena de la cabeza. Le habían hablado de él, de sus métodos, pero vivirlo en primera persona superaba con creces sus expectativas. La semana pasada había sido la primera vez en coincidir con Díaz en una guardia, y sabía que tardaría en repetir, puesto que a su edad no solía hacerlas y dedicaba su tiempo más a las consultas externas y la docencia.

A las tres y media de la tarde llegó la doctora Ortega, una mujer más o menos de su edad que había comenzado a ejercer como médico titular un par de años atrás. De hecho, la plaza de residente que ocupaba había sido la vacante que dejara Ortega al ascender.

Alta, de tez morena y pelo negro como la noche, con grandes rizos siempre recogidos en una trenza que le llegaba más allá de la cintura, se granjeaba la simpatía del personal por su carácter alegre. Como hija primogénita de una familia de ocho hermanos, se había dedicado a ayudar a su madre en el cuidado de todos ellos, como mandaban las costumbres de su etnia. A los catorce años la había pedido en matrimonio su primo Ismael, del que estaba enamorada todo lo que puede estarlo una adolescente al encontrar al amor de su vida. Había dejado el instituto a medio terminar para aprender el oficio de esposa y madre, y se había recluido en su casa sin apenas hablar con otros muchachos. Cuando hubo cumplido los quince años, se iniciaron los preparativos de la boda, una celebración por todo lo alto que duraría al menos tres días, en la que ella le ofrecería a su esposo su más preciado tesoro: el pañuelo que demostrara la inocencia de su cuerpo, entregándose virgen al matrimonio.

Se encontraba en la peluquería de su amiga Jessica, probando peinados para el gran día, cuando le llegó la noticia: Ismael había sido arrollado por un coche cuando se dirigía a casa en su motocicleta. Corrió al hospital para verlo morir en un box de urgencias, desangrado.

Volvió al instituto, dejó de reír y se dedicó a estudiar para terminar el graduado. Después, aunque sus padres, parientes y hasta los ancianos del clan

pusieron el grito en el cielo para advertirle que se vería condenada a cargar con las tres rosas de su inocencia de por vida, siguió con el bachillerato y acabó con diecinueve años, con solo uno de retraso, matriculándose en la Facultad de Medicina gracias a la beca que le concedieran por sus excelentes calificaciones.

No volvió a interesarse por los hombres, pero su carácter alegre no soportó más el encierro y escapó de su prisión, volviendo a hacerla sonreír y tomarse la vida a broma como lo había hecho hasta el fatídico día en que sus ilusiones acabaran en un box de urgencias. Su felicidad se la había llevado un hospital y en un hospital volvería a encontrarla. Así lo contaba con desenfado cada vez que le preguntaban qué hacía una gitana de treinta años, de belleza envidiable y eterna sonrisa, ejerciendo una carrera tan poco común entre los suyos, a lo que ella añadía que tampoco se desviaba tanto de la tradición familiar, pues era descendiente de ajuntadoras y comadronas desde que se tenía memoria en su árbol genealógico.

Clara había trabajado con ella en un par de ocasiones y había podido comprobar lo que el doctor Díaz le había advertido aquella tarde. A pesar de ser una profesional de gran valía, Vanesa Ortega Heredia se dejaba llevar por el camino corto y acababa en quirófano al menos en un cuarenta por ciento de las ocasiones. Se preguntaba si sería inseguridad; si, al ser tan joven, no se atrevería a transgredir el protocolo hospitalario o si, simplemente, le habían enseñado así los que en esos momentos ya eran sus compañeros y no se había parado a pensar si era o no lo correcto. Seguramente, a ella le pasaría lo mismo dentro de tres años, cuando acabase su residencia.

Y para apoyar, una vez más, las cuatro verdades del ginecólogo más veterano del servicio, ahí estaban las dos, a las nueve y media, lavándose concienzudamente las manos para intervenir a una parturienta.

—¡Madre! No sé qué les pasa a las mujeres de hoy en día —protestó Vanesa mientras frotaba sus manos con la esponja impregnada en antiséptico—. Mi madre parió ocho hijos sin epidural, sin episiotomía y, en una de las ocasiones, hasta sin asistencia.

—¿Y eso? —preguntó Clara sorprendida.

—Mi hermano Joaquín, el canijo. Mi madre estaba dormida, se despertó al

romper aguas y empezó a dar voces a las tres y media de la madrugada. «¡Vane! ¡Vane!», me gritaba. Y no me imaginas a mí, con catorce años, acudiendo a la cama de mi madre para coger al bebé y envolverlo en una toalla. Mi hermano Manuel llamando a la ambulancia, y mi padre *tó sobao*. Cuando se despertó y vio el espectáculo, se desmayó, así que cuando llegó la ambulancia, tuvieron que atender a mi madre y a mi padre. Todo un *show*.

Las dos rieron a carcajadas.

—Así que ese fue tu primer parto.

—Ahí se decidió mi destino —puntualizó la doctora—. Eso y la tradición familiar de *ajuntaoras*, esa que no podré seguir al no estar casada, por mucho título que tenga colgado en el despacho de casa —observó con un resoplido de disgusto—. Claro que, de haber sabido que me iba a meter aquí para estar todo el día con el bisturí en la mano, mejor me hubiera hecho neurocirujana.

El rostro de Clara eliminó de repente su sonrisa y confesó:

—No te recomiendo la neurocirugía —aseguró con el rostro crispado.

Vanesa, que conocería seguro de su historia por medio de chismorreos, bajó la cabeza y habló con pesar:

—Lo siento, no debí haber tocado ese tema.

—No te preocupes, debería tenerlo superado.

—Eso no se supera nunca —declaró con voz ronca y los ojos vidriosos.

—Sí, nadie mejor que tú para comprenderme. Somos las viudas de ginecología —se lamentó Clara haciendo un esfuerzo por sonreír.

—Al menos, tú lo cataste, hermosa —bromeó para restar dramatismo a la escena, como hacía siempre.

Llegó el enfermero asistente y se dispuso a atarles las mascarillas para luego salir tras ellas a la fría sala de azulejos verdes iluminada por una potente luz, donde una temblorosa víctima las esperaba tumbada en la camilla.

—¿Me va a doler? —preguntó la parturienta con la mirada perdida y los puños apretados.

—Tranquila, Elena. ¿Notas esto? —preguntó Vanesa pasándole el mango romo del bisturí por el vientre.

—No noto nada, doctora.

—Pues eso es lo que te va a doler.

Agarró correctamente el instrumento y efectuó un corte transversal en la frontera con el pubis. Clara se dedicó a aspirar de sangre el área mientras Vanesa efectuaba una pequeña incisión en el peritoneo y lo desgarraba sin otra herramienta que sus propias manos, las cuales usó para abrir el grávido útero sin dañar al feto. Agarró la diminuta cabeza y se dispuso a extraer a la criatura.

—Ahora vas a sentir un tirón, ¿vale? Es tu niño, que va a salir.

La paciente asintió con la cabeza, agarrándose con fuerza a la camilla; la matrona se subió, literalmente, encima de ella para facilitar la salida del feto, y la mujer gritó al sentir en su interior como si aquella asesina de tez morena y ojos negros vestida de verde estuviera arrancándole las entrañas de cuajo. El silencio se hizo durante los interminables segundos que precedieron al tan esperado llanto.

—Mi niño... —sollozó la reciente madre.

—Es un nene precioso, y muy grandote —aseguró Clara mientras lo sostenía para que la madre lo viera, al otro lado de la pantalla que la separaba de las ginecólogas.

Cuando Vanesa cortó el cordón, Clara terminó de envolverlo y lo depositó como pudo en el poco espacio que quedaba en el pecho de la madre.

—¿Qué haces? —preguntó Pepi, la matrona que esperaba al bebé y que se había quedado con los brazos vacíos—. Tenías que dármelo a mí para que lo pesara y aspirase su nariz.

—Así lo hago con Díaz —afirmó tajante.

La matrona no osó contravenir a la residente. Se limitó a realizarle el test de Apgar, aspirarle las fosas nasales y administrarle una dosis de vitamina K y la vacuna correspondiente mientras el recién nacido sentía el calor de la madre.

—¿Me lo dejas un momentito, mami? —preguntó la matrona de forma retórica mientras lo cogía para pesarlo y medirlo en una mesita auxiliar que se encontraba en la misma sala.

Mientras Vanesa cosía a la recién intervenida, asistida por Clara, el bebé permaneció sobre la madre con la ayuda de la matrona. El temblor incontrolable

que sacudía el cuerpo de la paciente provocó un desasosiego instintivo reflejado en su mirada, y Clara se apresuró a tranquilizarla antes de que el miedo a lo desconocido y el cóctel de hormonas acabaran por descontrolar la situación.

—No te preocupes, el temblor es por la medicación. Es totalmente normal — aclaró al tiempo que mostraba la mejor de sus sonrisas—. Abraza a tu hijo y déjanos hacer, que pronto estarás en la habitación, tranquila, con él.

La doctora Ortega reclamó su atención con un pequeño roce en el antebrazo, y ella volvió la cabeza hacia el foco de atención.

—Ahora, Clara, hay que realizar una doble sutura en el útero —explicó mientras procedía a realizar la operación—. Debe quedar perfecta, porque seguro que esta mujer querrá parir la próxima vez si nada se lo impide —explicó la adjunta a la residente, que miraba atenta el procedimiento.

—Sí que me gustaría —confesó la reciente mamá, ya más tranquila.

La madre se relajó y disfrutó del poco tiempo que le quedaba para gozar de la compañía de su hijo, pues sabía que la matrona, aquella bruja con cara de pocos amigos, de pelo castaño canoso recogido en una coleta y rostro surcado por desagradables arrugas, se llevaría a su hijo de su lado de un momento a otro. De hecho, Clara sabía que, de no ser por ella, ya lo habría raptado hacía rato, pero el nombre del doctor Díaz y la mirada firme de una residente con más agallas de la cuenta retenían al recién nacido sobre el pecho de la madre, sintiendo el conocido latido, el calor humano, la respiración tranquila y acompasada que durante su vida intrauterina lo habían acompañado. Y se quedó dormido después de pelear con el pezón de su madre y extraer su preciado tesoro.

No tardó mucho en desaparecer encerrado en una cuna transparente donde volvió a despertar para llorar desconsolado a pleno pulmón como si su vida pendiera de un hilo que alguien estuviera a punto de cortar. Mientras, la puérpera quedaba tan abandonada como él, en una silenciosa sala donde la obligaron a permanecer hasta que pudo mover las piernas. Dos horas más tarde, la misma Clara se ocupó de llevarla a planta, donde pudo volver a ver a su pequeño. Para su fortuna, el padre lo tenía cogido en brazos. Le había torturado imaginar a la pobre criatura abandonada, envuelta en una calentita manta inerte, en una mullida cuna inerte, sin poder sentir el calor humano. El marido le entregó la

criatura nada más llegar la cama con su esposa, quien se apresuró a desabrochar el camisón para ofrecerle a su hijo el alimento que esperaba con desesperación.

—Ya has visto uno de los factores que aumentan las posibilidades de cesárea —protestó Vanesa mientras tomaba un café lo más relajadamente que le dejaba el ritmo trepidante de aquel turno—. A las madres, al mínimo apretón de barriga, les entra el canguelo y ya te están pidiendo la epidural.

—Pero no se puede administrar hasta que no están al menos de cuatro centímetros —observó Clara.

—Te digo yo que con algunas es imposible. Intento alargarlo todo lo que puedo, pero no me respetan; me insisten ellas, las madres, las suegras, los maridos, y no me queda otra que llamar al anestesista. De todas formas, hay otras que hasta dilatadas de cuatro centímetros se les para el parto, y ya les puedes poner dos kilos de oxitocina que no hay manera de que prosiga. Otras veces, al anestesista se le va la mano y la madre no siente nada, el caso es que...

—Entonces, si fueras tú, no te pondrías la epidural, ¿no? —la interrumpió.

—Tampoco es eso, Clara. Si la parturienta aguanta bien, se la pones con siete o con ocho centímetros y en media hora la tienes en el paritorio, incluso con seis es muy difícil que se pare el parto.

—Me lo apuntaré para cuando me llegue el día.

—¿Crees que nos llegará? Yo a veces lo dudo.

—No seas aguafiestas. Hay muchos hombres, seguro que alguno nos está esperando.

Vanesa soltó una carcajada mientras se cruzaba con unos ojos verdes que no dejaban de mirar a su compañera.

—Tú por lo menos tienes a alguien bebiendo los vientos por ti.

—¿Yo? ¿Quién? —inquirió a la vez que el pulso se le aceleraba y un calor sofocante acudía a su rostro.

—No te des la vuelta, mira con disimulo para atrás.

Clara miró con el rabillo del ojo; no obstante, lo que encontró provocó que se girase por completo para perderse en la profundidad de las pupilas que la

observaban a lo lejos. Su corazón volvió a dar un salto, al igual que aquella mañana cuando lo encontrara por primera vez, pero inmediatamente le pidió a su compañera que apurase la taza de café con rapidez y salieran de la cafetería.

—¡Vaya! ¿Qué líos tienes con el nuevo cirujano? —interrogó Vanesa a la vez que le asestaba un codazo mal disimulado.

«Cirujano», repitió Clara mentalmente. Desde la semana pasada le había estado dando vueltas a la escena de la cafetería, pensando que se había tratado de una alucinación, o tal vez alguien sentado en la barra la había mirado a los ojos, pero seguramente su mente lo exageró. Con seguridad volvería a encontrarlo y hallaría la diferencia con su marido: los ojos no serían de ese verde claro, sino de un marrón corriente; el destello en las pupilas no sería tal, y hasta podría ser probable que no formase parte ni del personal sanitario, como había pensado por la mañana, sino que habría sido algún paciente entradito en años. A veces se decía que necesitaba un hombre con urgencia, en el sentido más físico. Iba contra natura que una joven con menos de treinta años llevase casi dos sin una relación, ni amorosa, ni sexual, ni amistosa siquiera. Sin embargo, al volver a encontrar los ojos color verde mar y las pupilas con un brillo cegador que atravesaban su alma sin piedad, se dijo que no había sido su imaginación, que la intensa mirada de aquel misterioso hombre vestido de verde era tan real como su compañera Vanesa, que en aquel momento la sacaba de sus cavilaciones con otro codazo.

—Houston llamando a Marte.

Clara dio un respingo en la silla y se volvió para mirarla.

—¿Quién es ese tipo? ¿Dices que es cirujano? Es la primera vez que lo veo; bueno, en verdad, la segunda. La primera fue el otro día en el desayuno.

—Es uno de los nuevos miembros de cardiocirugía pediátrica. Acaban de crear el servicio. Creo que lleva aquí cosa de dos o tres semanas como mucho. Por lo visto, su pulso es legendario, y eso que es joven.

—¡No me digas que vamos a empezar a hacer trasplantes! —exclamó ilusionada.

—Por el momento, solo de riñón, pero por algo se empieza.

Hablar de trasplantes la alegraba y la entristecía a la vez. No podía olvidar

que Ángel seguía vivo repartido en moribundos que, a día de hoy, no solo seguirían vivos gracias a su muerte, sino que llevarían vidas normales, serían felices, habrían encontrado el amor, o habrían seguido al lado de la persona amada.

Sacudió la cabeza y se obligó a dejar de filosofar. La falta de sueño comenzaba a hacer estragos en su cerebro.

—¿Has visto qué ojazos tiene? —observó entusiasmada, con las pupilas brillantes y un suspiro escapando de sus pulmones.

—Sí, hija, ¿cómo no verlos si te está comiendo con ellos?

—Anda, ya. A mí no me miran hombres como ese, me tengo que conformar con los improperios de los albañiles —se lamentó—. Estará felizmente casado con una anestesista, tendrá tres hijos preciosos y estará mirando hacia acá por pura casualidad.

—Bueno, tampoco es para tanto, no es lo que se dice guapo. Para mi gusto está un poco delgaducho y es demasiado moreno —opinó Vanesa.

—¿No te gustan los hombres morenos? —preguntó sorprendida.

—Estoy harta. En mi barrio me los tengo que quitar de encima a diario, y hasta algún que otro que trabaja en el hospital. Yo prefiero a un tipo rubio con ojos azules.

—Vamos, un *highlander*, aunque sea sin *kilt* —afirmó Clara jugueteando, nerviosa, con una servilleta de papel—. Pues yo, para rubios ya me basta con mi reflejo en el espejo.

Vanesa volvió a mirar con descaro al hombre que las observaba, y este desvió la mirada, dejó en la mesa la taza de café vacía, se levantó y desapareció tras la puerta de salida.

—Ya me lo has espantado... —protestó Clara antes de dejar escapar un sonoro suspiro.

—Tranquila, a ese ya te lo has *camelao*. No ha parado de mirarte. ¿Qué le has dado, corazón?

Ella se encogió de hombros al tiempo que dejaba escapar una tímida risilla.

—No digas tonterías, me mirará lo que me miran todos —concluyó con un deje de hastío mientras sacaba pecho.

—No creo que sea esa clase de tío, Clara —aseguró Vanesa, cuya sonrisa había desaparecido del rostro.

—Eso espero. Perdería todo su encanto —dijo antes de suspirar.

Cuando llegó a casa a las tres y media de la tarde, con un bocadillo de calamares de la cafetería como consuelo para su estómago hambriento, se dejó caer en la cama, agotada. No se molestó en ponerse el pijama, sino que se limitó a quitarse el vestido y bajar la persiana, luego se arrebujó en las cálidas sábanas y se quedó dormida en menos de un minuto. Al despertar, abrió la ventana, el sol del mediodía le hizo daño en los ojos. Habría dormido al menos cinco o seis horas, suficientes para aguantar lo que le quedaba de día, aunque el dolor de cabeza le indicaba que no había descansado lo suficiente.

Se duchó para despejarse y cogió una taza para servirse un café cargado, la metió en el microondas y se sentó a saborearlo con tranquilidad. Contemplando la silla vacía que tenía enfrente, se dejó llevar por la nostalgia. Los escasos recuerdos de su efímera vida en pareja le golpeaban el alma en sus momentos de debilidad.

Acabó el café de un largo sorbo y se levantó con brusquedad. Miró por la ventana del salón y contempló el edificio que tenía enfrente. Desde su casa solo podía ver paredes llenas de ventanas, ventanas llenas de personas con una vida semejante a la suya. Tenía claro que aquella casa no sería su definitivo hogar; necesitaba el campo, o al menos una pequeña isla verde en medio de la ciudad, una ventana abierta al mundo con espacios diáfanos en los que perderse; claro que con un único salario, no demasiado generoso, no podría permitirse nada más en unos cuantos años.

Sin querer, el recuerdo de los verdes ojos del misterioso personaje de la cafetería invadió su pensamiento y se permitió el lujo de fantasear con que aquel hombre escondía un profundo secreto, que su recuerdo la había perseguido por sus numerosas vidas y siempre ocurría lo mismo: él se enamoraba locamente de ella y le rogaba que compartiese la vida con él; pero, vida tras vida, llegaba tarde y ella había encontrado ya el amor. Pero él ya había pagado la deuda con su karma y, esta vez, era ella quien había tenido que sufrir la pérdida del amor para hallar su corazón vacío y que aflorase, al fin, su amor por él en el corazón. Se

echó a reír. Qué hermosa historia si tuviera el tiempo y la capacidad necesarios para escribir alguna novela, porque estaba claro que imaginación no le faltaba.

Volver a vivir con alguien, volver a sentir a la vez la felicidad y el mayor de los tormentos en el estómago, enamorarse, formar una familia, comprar una casa adosada frente a un parque, tener hijos. Tantos deseos, anhelos sin cumplir; tanto dolor que hacía imposible derribar la barrera del miedo para volver a enamorarse.

—Ilusa —se dijo hablando sola antes de soltar una sonora carcajada que resonó en el vacío del salón—. No es bueno dejarse robar el corazón por un cirujano cardiovascular. Seguro que lo trasplanta en la primera fulana que se le ponga a tiro.

Volvió a reír a carcajadas con su músculo cardíaco latiendo a cien pulsaciones por minuto, dio vueltas sobre sí misma y se dejó caer en el sofá, embriagada de cinetosis y alguna que otra hormona que se le había descontrolado. Sin saber el porqué con exactitud, después de tanto lamentarse por aquel hueco que nadie jamás conseguiría llenar, se sentía extraña y absurdamente feliz.

Se vistió con camiseta y vaqueros y salió a pasear sin rumbo fijo. No podía pensar en nada más: amor, hogar, familia, una criatura frágil e indefensa en sus brazos, una por fin que fuera suya, crecida en su propio vientre y parida por ella misma. No podía creer que se sintiera invadida por el síndrome de gallina clueca. Madre Naturaleza llamaba a su puerta, mas no el amor.

Sus pasos la llevaron al hospital, como si el GPS de su cabeza estuviera programado para conducirla automáticamente hasta allí. Se fijó en el edificio anexo, el Centro de Reproducción Humana Asistida, donde había estado rotando, no hacía mucho, para aprender las técnicas de fecundación in vitro e inseminación artificial. Sonrió y movió la cabeza diciéndose que no estaba tan desesperada como para pincharse diariamente inyecciones subcutáneas durante casi un mes, aguantar el peso de unos ovarios como pelotas de tenis, retener líquidos bajo el peritoneo y el diafragma, y administrarse progesterona por vía vaginal durante tres meses.

Lástima que solo tuviera un día libre hasta el siguiente turno porque, de lo contrario, habría cogido el coche hasta su refugio secreto para buscar en lo más

recóndito de su alma las respuestas que en aquel momento se sentía incapaz de vislumbrar. Aguantaría el turno que le quedaba y disfrutaría de sus tres días libres consecutivos.

Capítulo IV

Comenzó la guardia a las tres de la tarde, después de soportar las soporíferas consultas externas. Directamente, la reclamaron en quirófano, donde esperaba de nuevo Vanesa Ortega con una cesárea; de allí corrió al paritorio para asistir a una parturienta exhausta y sin sensación de pujo. Ayudó a nacer a su hijo con ventosa y le ahorró a la adjunta practicar una cesárea más. Más tarde, dio orden de ingreso a una embarazada de treinta semanas que venía con un proceso de parto posiblemente reversible. Dio una vuelta más a la sala de dilatación, donde los monitores de las tres parturientas que yacían en sendas camas parecían registrar partos totalmente normales. Supo que era el momento justo para escaparse a tomar un café antes de que cerraran la cafetería.

Demasiado tarde. Por mucho que quiso correr, se la encontró cerrada a cal y canto. Miró su reloj, marcaba más de las doce y media. La noche avanzaba con tanta rapidez que pronto llegarían las tres de la tarde y podría volver a casa a terminar la maleta y escapar por unos días al campo.

Volvió al vestíbulo, donde se encontraba una máquina de café, sacó noventa céntimos del bolsillo y lo eligió con leche y extra de azúcar. Afortunadamente, el artificial brebaje servido en vaso de plástico tenía buen sabor, a pesar de haber salido de manos de aquel camarero automatizado. Bebió un largo sorbo, disfrutando cada segundo de sus escasos minutos de relax con el intenso sabor de la aromática bebida a la vez que se cargaba de un buen excitante que la mantuviera bien despierta toda la noche.

—¿Me permite?

Una voz masculina, profunda y con un tono que denotaba cierta tranquilidad la interrumpió de su abstracción. No se percató de que se había quedado parada frente a la máquina, contemplando la pequeña pantalla cuyos dígitos verdes marcaban las doce y cuarenta y cuatro minutos.

—Perdón —se disculpó a la vez que se apartaba y golpeaba con el codo el pecho de quien se hallaba tras ella.

Cuando miró hacia atrás, volvió a encontrar por tercera vez aquellos ojos claros de extraña mirada. Sintió un ardor repentino en el rostro y el temblor de sus manos la volvió completamente torpe, los reflejos desaparecieron y ese pulso tantas veces elogiado por Antonio Rodríguez se esfumó para dejarla en evidencia como una inútil cualquiera. El vaso a medio acabar se le cayó para derramarse en el pantalón del pijama.

—¡Cuánto lo siento! ¿La he asustado? —se disculpó el recién llegado, confuso y tan preocupado por haberla sobresaltado que no parecía haberse dado cuenta siquiera de que le había clavado el codo entre las costillas.

—No se preocupe, no ha sido culpa suya. Suelo ser así de torpe a estas horas de la noche. Es mi tercera guardia de la semana —se excusó Clara, con una sonrisa forzada y sin atreverse a mirarlo a la cara.

—Permítame que reponga el daño, ¿café con leche? —preguntó él con una calma que para ella quisiera.

—No es necesario, ya casi me lo había bebido.

—No será necesario, pero insisto —volvió a decir él.

No parecía ser de allí. Su voz cálida no dejaba adivinar el característico acento del sur, sino que hacía alarde de un castellano perfecto, típico de alguna provincia castellano-leonesa. Sus gestos, rígidos y estudiados, hacían sospechar que se trataba de una persona bastante tímida que había aprendido modales de una forma artificial. Sus ojos, que en las dos ocasiones anteriores se habían clavado en los suyos en la lejanía, en ese instante no miraban hacia ninguna parte, como si sintiera que sostenerle la mirada en ese momento pudiera arrancarle el alma. ¿Lo estaría intimidando tanto como él a ella?

—Era un café con leche con extra de azúcar —declaró por fin—. Pero de verdad le digo que no es necesario.

El amable cirujano se dispuso a hacer la petición a la máquina y, seguidamente, le ofreció el vaso con la bebida. Clara alargó el brazo, cogió el humeante líquido y lo miró con un esbozo de sonrisa en los labios, aunque a punto estuvo de derramarlo otra vez al sentir el roce de su mano.

—Muchas gracias —agradeció con un ligero temblor en la voz.

—No hay de qué —respondió él con una sonrisa maravillosa y esa voz que

tenía la propiedad de acelerar su corazón y sosegarlo a la vez.

Intentó inventar alguna excusa para permanecer allí, mas su cerebro funcionaba mucho más lentamente que su corazón y no le quedó más opción que alejarse una distancia prudencial y sentarse en uno de los sillones del vestíbulo mientras apuraba su segundo café. Siguió mirándolo con la esperanza de poder entablar alguna conversación trivial; sin embargo, él no dio pie a ello, sino que cogió el vaso de plástico de la máquina y se dirigió al ascensor, no sin antes volver la cabeza, sonreír y despedirse de ella.

—Hasta la próxima.

—Gracias —correspondió Clara alzando su vaso.

Acabó su brebaje contra el sueño, se levantó del sillón, estrujó el vaso y lo retuvo en sus manos como si intentara retener cada resto de ADN. Suspiró y lo dejó caer en la papelera, de mala gana. Subió la escalera hasta la planta siguiente y entró en el área de paritorios, donde encontró a Vanesa redactando un informe, en la mesa del despacho, contiguo a las salas de monitorización.

—Vane, lo he visto —confesó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Al cirujano? —preguntó.

Clara afirmó con la cabeza y las dos soltaron un leve grito más típico de adolescentes que de dos ginecólogas adultas. Fue el único momento divertido en toda la noche.

Al regresar a casa tras haber dormido tres horas escasas entre interrupciones, se sentó en el sofá para desabrocharse las zapatillas de tela, y se despertó sobre él varias horas más tarde. Se levantó solo para dirigirse a la cama y seguir durmiendo.

Cuando hubo descansado, se incorporó como un zombi y metió en la maleta lo necesario para pasar dos o tres días en la finca de sus tíos. Bajó hasta el supermercado y compró algunas cosas para comer, algún detalle decorativo en un bazar chino que se le antojó y, acto seguido, cargó el coche y se acostó de nuevo. A las seis se despertó, se duchó, tomó un café calentito y salió rumbo a su merecido descanso.

Cuando llegó a la finca, encontró a sus tíos desayunando. La tía Juana le dio uno de sus peculiares abrazos asfixiantes y después la invitó a que desayunase

con ellos un café con perrunillas caseras. Clara tenía tanta hambre, y Juana tan buena mano para la repostería, que le pareció estar degustando el manjar más exquisito.

—Mmmm... No sé cómo no me vengo a vivir aquí.

—¿Porque el hospital te cae demasiado lejos? —le contestó su tío.

—Si estuviera más cerca, me daría el viaje todos los días —aseguró.

—No lo dudo, campesina —contestó Juana riendo—. Pero mucho me temo que, como siga esto así, te va a durar poco el chollo.

Clara miró a sus tíos; en ambos rostros se vislumbraba una mezcla de tristeza y preocupación.

—La cosa va de mal en peor con esta crisis —se lamentó Miguel antes de soltar un bufido—. Me temo que, si no se arregla, tu tía y yo tendremos que coger los bártulos y volver al pueblo.

—¿Y eso?

—El pienso cada vez está más caro y, con la crisis, cada vez se vende menos carne —explicó su tía—. Para colmo, este año ha llovido poquísimo y lo poco que ha caído ha sido en forma de tormenta. Se espera una montanera desastrosa, y no sé si después de eso les va a quedar a esta gente muchas ganas de seguir. Ya llevan tiempo diciéndonos que tienen ganas de vender la finca.

—¿Y por qué no la compráis? —preguntó ingenua.

—¿Tienes una ligera idea de lo que costaría toda esta tierra? Nosotros tenemos unos ahorrillos, pero no nos llegarían ni para pagar las escrituras —se lamentó Miguel.

—Pedid un préstamo.

—No nos lo darían —aseguró Juana.

—¿Lo habéis intentado?

Ambos menearon la cabeza en señal de negación.

—Enteraos del dinero que piensan pedir en caso de vender, preguntad al banco. No os quedéis parados, es vuestra casa. Es vuestra vida entera. No os rindáis —animó Clara con ahínco.

—Lo haremos, nena —aseguró Juana—. Pero ve haciéndote a la idea de que

no podremos, así que disfruta el tiempo que puedas de ella y eso que te llevas. No tenemos demasiadas esperanzas, la verdad.

Después del mediodía, cogió la llave de su casa-refugio y se dirigió a ella a paso ligero. Se había despedido de su tía hasta el día siguiente. Había traído su propia cena y necesitaba pensar en las sensaciones de su alma.

Algo dentro de ella, como instintivo, le hacía odiar el piso en el que vivía. La vista de los edificios de enfrente le provocaba una sensación de ahogo, las ventanas interiores, que daban a patios de luz, le resultaban deprimentes. Necesitaba salir al campo, necesitaba sentirse libre, pero al mismo tiempo y por primera vez, la soledad la ahogaba más. Su alma acumulaba sentimientos dispares, la presión dentro de su corazón amenazaba con hacerlo estallar. ¿Qué le estaba ocurriendo? Tenía que hablar con alguien, abrirle su mundo interior tan complejo que ni ella lograba entenderlo y confiar en que esa persona pudiera vislumbrar los entresijos de sus sentimientos y guiarla por un camino que hacía tiempo que había perdido. Pero ¿quién podía ayudarla ahora? No podía recurrir a nadie en ese momento. Su tía no era la persona ideal y no sabía explicar el por qué. Tal vez lo sería Vanesa; sin embargo, le faltaba un no sé qué para conectar de lleno con ella.

Se propuso volver a las reuniones de la asociación de trasplantes. Allí encontraba a gente que, al igual que ella, había perdido a seres muy queridos; a personas vivas gracias a la generosidad de gente como Ángel, que había dado su consentimiento ante notario para donar sus órganos en caso de muerte prematura; y a pacientes en lista de espera que rogaban por encontrar un órgano lo antes posible. Se sentía bien en aquellas reuniones y, aunque hacía varios meses que no aparecía por la sede, se decía que había llegado el momento de hacer un esfuerzo. Le vendría bien y, tal vez, le aclararía algunas cosas.

No pudo comprender la causa, pero lo cierto era que ese ahogo se estaba apoderando de ella incluso en su mágica casa, por lo que decidió que sería mejor salir a dar un paseo. Sus pasos la condujeron hasta una escondida laguna rodeada de verdes álamos que silbaban al compás del suave viento, donde una cascada de agua cristalina parecía susurrarle al oído sus más hondos secretos. Tenía tanto que dar, tanto amor dentro sin destino que esa fuerza contenida le oprimía el

pecho y le cortaba la respiración. Habría dado media vida por haber tenido algo más que el recuerdo de un amor perdido, mas la naturaleza no quiso hacerle el favor de hacer fracasar su método anticonceptivo y regalarle un hijo mientras estuvo casada. Si al menos tuviera una criatura que dependiera de ella, a la que regalar todo su amor, se sentiría mejor. En ese momento tendría tres o cuatro años, estaría empezando a preguntar, a interesarse por el mundo que la rodeaba, y ella podría estar enseñándole aquellas cosas que sus padres le habían enseñado de pequeña.

Sacudió la cabeza. ¿Por qué la idea de tener un hijo se apoderaba una y otra vez de su mente? ¿Tendría la culpa la especialidad que había elegido? Tantos partos atendidos, tantas lágrimas de felicidad en los ojos de las parturientas en el mágico instante de contemplar por primera vez a sus hijos le estaba afectando personalmente más de lo que pensaba. No obstante, ni por asomo se arrepentía de haber cambiado la neurocirugía por la obstetricia.

Se dejó llevar por los derroteros inexpugnables de su mente, y ese divagar sin sentido volvió a detenerse en otro de sus bloqueos emocionales.

—Sí, eres tú, moreno de ojos verdes —pronunció en voz alta mientras el murmullo de la cascada silenciaba sus palabras.

¿Se estaba enamorando? No. Era demasiado pronto. Si tan solo había cruzado unas cuantas palabras con él la otra noche en la guardia mientras tomaban café. ¿Cómo iba a enamorarse de una persona a la que no conocía? ¿Y si se trataba de una atracción? Decididamente, sí. Aquella mirada clara y a la vez extraña, aquellos ojos color aguamarina en un rostro moreno, el atuendo verde que hacía juego con ellos. Sus manos maravillosas... ¿Cómo sería sentirse acariciada por unas manos que habían devuelto la vida a tantas criaturas? ¿Unas manos con la suficiente destreza como para suturar los frágiles vasos sanguíneos de un recién nacido o trasplantar un diminuto corazón a un niño? Solo con imaginar sus dedos recorriendo cada centímetro de su piel, dormida por la falta de caricias, el cuerpo entero le ardía.

Suspiró para liberar la presión que bullía en su interior. Así que se trataba de eso. La llamada de la jungla. Ante aquel problema no podía hacer nada. No era de las que salía los fines de semana, se bebía un par de cubatas y se liaba con

cualquier fulano que se le pusiera a tiro; tampoco de las que se dejaba llevar por la pasión y se escondía en cualquier rincón recóndito del hospital, como una de esas estúpidas residentes protagonistas de alguna serie americana, con cualquier matasanos que le hiciera tilín, para dejar libre el fuego que la carcomía por dentro. Es más, desde que faltó Ángel, jamás nadie había osado profanar ese templo, sagrado e inalcanzable, en que se había convertido su vientre. Y, sin embargo, las entrañas le ardían, la atracción alcanzaba tal magnitud que, por momentos, se decía que ya había guardado luto demasiado tiempo, que seguía viva, que necesitaba volver a sentir, aunque solo fuera una simple atracción física momentánea, para saber que algo aún vibraba por dentro. Pero él se le antojaba inalcanzable, demasiado perfecto para poder ser suyo; como el amor platónico de una adolescente hacia su cantante favorito.

Volvió a la pequeña casa junto al embarcadero de ganado, encendió la chimenea y se preparó un par de filetes de lomo con unas lonchas de queso que se fundieron al contacto con el calor. Abrió un mollete por la mitad y lo rellenoó con el contenido de la sartén. Comió lo que el nudo en el estómago le dejó y, sin razón aparente, se sintió más sola que nunca. Las lágrimas se mezclaron con las migajas de pan que quedaban en la comisura de sus labios y se obligó a beber agua para que el bocado pasara lo antes posible.

Se acostó en la habitación del fondo, después de haber terminado el libro que tenía a medio leer, y abrió la ventana para que entrasen el aire y los rayos de la luna llena. Dio una vuelta, y otra, y mil más. El sueño se le antojaba inalcanzable a pesar del cansancio acumulado. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de aquel hombre, su mirada penetrante, se apoderaba de ella. No sabía qué hacer: si gritar, si reír, si volver a llorar. Al final, las lágrimas acudieron en su ayuda y le sirvieron de calmante y, gracias a ellas, consiguió conciliar el sueño.

Cuando despertó, sobresaltada en mitad de la noche, el corazón retumbaba en su pecho y las dulces punzadas que sacudían su vientre se tornaron dolorosas al recuperar la consciencia. El sueño le había parecido tan verídico que hasta tuvo que comprobar el otro lado de la cama. En efecto, estaba sola, nada de aquello había sido real. No supo si reír o llorar; no obstante, sí supo que su tiempo en aquella casa había terminado. Tenía que acortar distancias, tenía que sentirlo cerca, tenía que volver.

—¡Qué tonta! —se dijo mientras conducía rumbo a su asfixiante piso.

Su comportamiento no era normal en ella. La confusión seguía rondando su mente. En aquella ocasión, el refugio, que en otro momento le había aclarado las ideas y la había hecho fuerte, se volvía contra ella. No sabía qué hacer, a quién acudir. Sabía que podría ser el comienzo de una depresión o de una crisis de ansiedad. Tal vez, las lágrimas que se negaron a salir cuando perdió a su marido habían corroído su alma y en ese momento se hacía patente el daño hasta entonces oculto. De pronto lloraba como reía, hablaba consigo misma, se comportaba como una quinceañera estúpida. Intentaría la autoterapia en la reunión de la asociación y, si fallaba, acudiría a su médico de familia para que la derivase al psicólogo o al psiquiatra.

Capítulo V

Tras varios meses sin coincidir, de nuevo se encontraba con Díaz en las consultas externas. Debía ser que el jefe de servicio había oído su potencial como ginecóloga de mínima intervención y quería dejarla como sucesora cuando le llegara la hora de la jubilación. No era extraño, pues las matronas más al día en el protocolo a seguir para el parto natural ya le habían chismorreado las críticas de Pepi hacia ella; la forma de dificultar su labor al empeñarse en dejar a los recién nacidos sobre la madre en lugar de entregárselos a ella y en la forma que tenía de plantar cara a una señora de su experiencia. Esa debía ser la explicación más plausible al ver cómo se había convertido en su improvisado tutor. Incluso Díaz había renunciado a su puesto alegando que ya era demasiado viejo para tanta responsabilidad, todo por pasar más tiempo en paritorios con ella. Lo que no se explicaba era cómo, si era mayor para ostentar la jefatura de servicio, no lo era para soportar turnos de 24 horas. Eso la halagaba y, a la vez, la hacía sentirse presionada y temía, cada día más, no cumplir con sus expectativas.

—Joven, ahora le toca aburrirse un ratito —bromeó su nuevo adjunto, ya conocedor de sus preferencias, instantes antes de comenzar la consulta.

Pero esa mañana el viejo se había equivocado.

La cuarta paciente se tumbó, sonriente, en la camilla; se descubrió el abultado vientre y dejó a Clara la tarea de efectuar la ecografía morfológica que solía realizarse sobre las veinte semanas.

Desplazó el transductor con calma por el vientre grávido, observando con atención, asintiendo ante la correcta medida del fémur; vislumbró el collar de perlas de su columna vertebral y procedió a acercarse al pequeño corazón. El simple sonido de su latido le hizo torcer la boca. Miró temerosa al doctor Díaz, y él la invitó a que conectara el *doppler*.

—Mire, Baena —indicó a su discípula, señalando con el dedo índice un punto de la pantalla—. Lo ve claro, ¿verdad?

—¿Qué pasa, doctor Díaz? —inquirió la paciente, que yacía en la camilla con

el vientre desnudo y cubierto de gel transparente.

—¿Le ocurre algo a mi hijo? —interrogó, suplicante, el padre de la criatura.

Un sudor frío recorrió la frente de Clara y la mano que sostenía el transductor tembló. Volvió a mirar a su adjunto con la esperanza de que él supiera cómo salir del atolladero y respiró aliviada al comenzar a escuchar sus palabras:

—La doctora Baena acaba de detectar algo extraño en el corazón de su hijo, pero no se alarmen aún. La criatura se está desarrollando a la perfección, tiene las medidas correctas para su edad gestacional y el resto de los órganos están perfectos —informó en un intento de restar importancia a un hecho que, de haber estado mirándolo a los ojos en lugar de a la pantalla, como Clara hacía en aquel momento, habrían descubierto la preocupación en su semblante.

—Baena, suba a cirugía pediátrica y traiga al cirujano cardiovascular que esté de turno —apremió el doctor Díaz con el rostro crispado.

Clara abandonó la estancia, cosa que agradeció, pues no era capaz de disimular y de mantener la calma como lo hacía el veterano doctor Díaz.

Entró en el ascensor y pulsó el botón de la quinta planta. Las puertas se cerraron con lentitud y la vieja carcasa metálica subió dando quejidos. Los pocos segundos se le hicieron eternos y comenzó a mordisquearse un padrastro mientras era testigo de la agónica ascensión, planta a planta, en la que parecía como si el tiempo se hubiera ralentizado. En ese momento, se alegraba de ser una simple residente, pues no sabría cómo transmitir aquella noticia a unos futuros padres ilusionados. Intuía que a Díaz tampoco se le daba demasiado bien, tal vez por ello había insistido en que corriera a buscar a alguna víctima de cirugía. Total, ellos ya estaban acostumbrados a ser portadores de malas noticias.

Cuando, por fin, las lentas puertas del viejo elevador la dejaron libre, corrió al puesto de enfermería de la planta.

—Hola, Mari Carmen —saludó resoplando por la carrera.

—Buenos días, Clara. ¿Querías algo? —preguntó la enfermera corpulenta que se hallaba sentada en el mostrador mientras dejaba de teclear en el ordenador para atenderla.

—Necesito ver a alguien de cardiovascular, vengo de tocología. Acabamos de detectar una cardiopatía en una *eco* y necesitamos un especialista que le explique

a los futuros padres la que les espera —aclaró con todo detalle.

—Menudo marrón —comentó la enfermera suspirando—. El doctor Del Castillo está pasando consulta por la planta. Busca el carrito de las historias y darás con él.

—Gracias, maja.

Localizó el carrito en la puerta de la quinientos veintitrés y esperó en el pasillo a que acabara de pasar consulta al pequeño paciente.

En efecto, a los cinco minutos, vio salir a una enfermera de la habitación y, detrás de esta, al cirujano. Quedó yerta durante unos segundos al encontrar aquel rostro de sobra conocido, aquellos ojos color aguamarina que cada mañana la observaban en la cafetería. Se vio capaz de reaccionar a duras penas y con la torpeza que la invadía cuando lo tenía cerca.

—Disculpe —consiguió decir—. Me envía el doctor Díaz. Me ha pedido que me acompañe a consultas externas.

—¿Qué ocurre? —inquirió contagiado de su nerviosismo.

—Hemos detectado una cardiopatía congénita... en la ecografía de una paciente. Me ha parecido un caso de ventrículo único y queremos que nos dé su opinión y que, en la medida de lo posible, tranquilice a los futuros padres —explicó, notando cómo ardían sus carrillos.

El rostro sereno del cirujano se crispó y resopló de forma inconsciente, detalle que hizo temer a Clara una negativa por su parte. Estaba visto que, ni para un cirujano cardiovascular que habría asistido, impotente, a numerosas defunciones de niños, era fácil anunciar a unos futuros padres ilusionados semejante noticia.

—Tranquilícese, doctora...

—Baena, pero puede llamarme Clara.

—Tranquila, Clara. Ahora mismo voy con usted —aseguró visiblemente repuesto, como si acabara de ponerse una máscara de indiferencia. Miró a la enfermera y se disculpó—: Sonia, enseguida vuelvo.

Clara echó una mirada a la enfermera: morena y de ojos claros, rondaba la treintena. Le pareció tan atractiva que sintió una punzada de celos y una envidia descomunal por tener la suerte de trabajar a su lado, de charlar, de tomar café con él, de gozar de su presencia, de su cálida mirada de mar embravecido, de la

música ronca y pausada de su voz. En ese momento, le habría cambiado su licenciatura, su año de Neurocirugía y sus casi dos años de obstetricia a cambio de ocupar su puesto.

¡Bah! ¿Por qué quejarse? En ese momento era ella quien se lo arrebatava a la tal Sonia y disfrutaba de su atención, de su voz y de su cercanía. Entró junto a él en el ascensor y apenas pudieron cruzar algunas palabras, más técnicas que otra cosa, cuando la puerta volvió a abrirse. Tan largo como se le había hecho el camino de ida, ¿cómo podía ser que la vuelta se le hiciera tan corta?

Anduvieron por los pasillos hasta llegar a las consultas externas de tocoginecología, donde los esperaban el doctor Díaz, una mujer tumbada con lágrimas en los ojos y un hombre cabizbajo, impotente ante el problema que lo sobrepasaba.

—Buenos días —saludó el recién llegado.

—Gracias por venir, doctor Del Castillo —agradeció Díaz, que lo esperaba ya como agua de mayo—. Venga, por favor, a ver si ve lo mismo que yo —rogó mientras le ofrecía el transductor.

El cirujano se sentó en la silla giratoria con ruedas que le ofreció Clara y movió el transductor a través del vientre de la madre hasta encontrar el corazón del feto, activó el *doppler* y torció el gesto con desagrado.

—Me temo, Díaz, que tiene usted razón.

—Es un caso de ventrículo único, ¿verdad?

El recién llegado asintió con pesar, observó de nuevo la pantalla, volvió a asentir y se dispuso a explicar a la asustada pareja el problema al que se enfrentaban.

—¿Son capaces de ver lo que ocurre? —La madre se limpió las lágrimas con el revés de la mano y escudriñó la pantalla, confusa. El padre clavó la mirada en el bolígrafo del cirujano, que apuntaba a un minúsculo orgánulo en el que apenas podían distinguirse tres divisiones—. El corazón normal tiene dos aurículas arriba y dos ventrículos abajo. Como pueden comprobar, el ventrículo derecho de su hijo es tan pequeño que apenas bombea sangre.

—¿Me está diciendo que mi hijo va a morir? —interrumpió la futura madre con voz entrecortada.

—Por supuesto que no —aseguró el médico meneando la cabeza—. Mientras el niño esté en su vientre, se desarrollará como un feto normal, crecerá y, cuando le llegue el momento, nacerá. El problema se presentará después de nacer. Será un niño de color azulado, se fatigará al alimentarse, tal vez dormirá más de la cuenta o, por el contrario, será un bebé fácilmente irritable. Si hubiera nacido un siglo antes, habría muerto a una edad muy temprana, tal vez antes del año, pero su hijo va a tener la suerte de nacer ahora, y en estos momentos existen operaciones correctoras que le harán, no solo sobrevivir, sino llevar una vida prácticamente normal.

—No podrá hacer deporte ni jugar —se lamentó el padre.

—Deporte de alta competición no, pero jugar al fútbol con sus amigos por supuesto que sí.

El cirujano limpió de gel el vientre de la mujer y lo cubrió. Esta se levantó mientras escuchaba atenta sus explicaciones.

—En el segundo mes de vida, le realizaremos la primera intervención si viéramos que es necesaria. En caso de que nos encontrásemos con estenosis pulmonar, o sea, que la vena pulmonar fuera más estrecha de lo normal, esto nos beneficiaría y no tendríamos que intervenir hasta los tres meses. De no ser así, lo haríamos por segunda vez entre los cuatro y los seis meses —explicó con la mayor claridad posible, y prosiguió—: Cuando tenga más o menos tres años, lo volveríamos a intervenir y, con un poco de suerte, no entrará más en quirófano. Andará, hablará y se desarrollará como los demás, no deben preocuparse.

La futura madre, incapaz de detener el torrente de lágrimas, preguntó con voz ronca:

—¿Y si le pasa algo en la operación?

—No es lo usual. Es relativamente sencilla. La dificultad radica en que se trata de niños muy pequeños, pero para eso estamos los especialistas en cardiopatías congénitas. Estamos muy acostumbrados a este tipo de intervenciones, créame —argumentó el cirujano—. Todo va a salir bien, ya lo verán.

—Gracias, doctor... —agradeció el futuro padre sin saber cómo dirigirse a su interlocutor.

—Soy Alberto del Castillo, y estaremos en contacto en cuanto nazca su hijo. Yo personalmente seré quien le realice la primera intervención.

—De nuevo, gracias por todo —concluyó la paciente esbozando una sonrisa.

—No tiene por qué dármelas —contestó abrumado antes de desaparecer tras la puerta, no sin antes mirar a Clara, quien agradeció con un gesto de asentimiento su ayuda mientras notaba arder su rostro.

—Este joven es el mejor cirujano pediátrico del hospital y uno de los mejores del país —aseguró el doctor Díaz—. Su hijo está en buenas manos.

La pareja salió de la consulta con un atisbo de tranquilidad autoimpuesta reflejada en su rostro y, nada más cerrarse la puerta, tanto adjunto como residente suspiraron de alivio.

—Hay cosas a las que un médico no se acostumbra nunca —se lamentó el viejo.

—Es una afección muy grave, ¿verdad?

—Sí, pero gracias a los avances de la cirugía moderna, tiene arreglo, al menos durante muchos años. Si el corazón comienza a fallarle a la edad adulta, tal vez necesite un trasplante, o sabe Dios las soluciones médicas que habrá en esa época. El doctor Del Castillo no ha exagerado para tranquilizarlos, les ha dicho la verdad. —El médico cambió el gesto serio por otro más amable—. Lo reclutamos del hospital de Valladolid. Tu antiguo adjunto nos ayudó a convencerlo.

—¿Rodríguez? —inquirió mientras intentaba reponerse de la impresión.

—Estuvo muchos años ejerciendo en ese hospital antes de llegar al Infanta. Movié unos cuantos hilos y conseguimos traerlo para cubrir una de las plazas de cirugía cardiovascular que se crearon estos meses atrás. Ahora, esa criatura se beneficiará de ello —dijo el viejo soltando una risilla.

Y ella se quedó pensando en las demás cosas que podría conseguir, o averiguar. Que hubiera trabajado en el Hospital Clínico de Valladolid significaba que cabía la posibilidad de que el corazón de Ángel hubiera pasado por sus manos, o que supiera de información confidencial al respecto.

No. No quería pensar en ello. Era mejor no saber. Sacudió la cabeza para ahuyentar las malas tentaciones.

Ya sentada en su casa frente a unos tallarines de sobre y un vaso de agua, su cabeza seguía dando vueltas como un caza cayendo en barrena. Aquella tarde tenían reunión; o más bien, una charla informativa de puertas abiertas de las que solían hacer para concienciar a la población sobre la importancia de las donaciones de órganos. Según le había asegurado José Luis, el secretario, no podía faltar porque venía un médico a dar una charla sobre las enfermedades congénitas y su relación con los trasplantes. Podía aprovechar para saber más sobre el caso que se le había presentado aquella mañana. Ya tenía claro el tema sobre el cual versaría su próxima publicación. Desde que había comenzado con la nueva especialidad, solo había publicado un pequeño artículo, y el doctor Medina se encargaba a menudo de recordarle la necesidad que tenía un residente de estar constantemente publicando artículos o estudios para enriquecer su currículum.

Para la reunión, eligió un vestido de punto en color marrón oscuro, de manga francesa y escote redondo, que hacía destacar su tez pálida, medias transparentes y zapatos de tacón fino no demasiado alto. Se rizó el pelo con el difusor y se maquilló con tonos acordes con el vestido. Se miró en el espejo satisfecha de su obra. Hacía mucho tiempo que no se arreglaba en condiciones y aquel día se había encontrado de humor para hacerlo. «De vez en cuando, una residente debe dedicarse un poco a sí misma», se dijo.

Se cubrió con un abrigo gris que solía combinar con casi todo y se colgó en bandolera el maletín del ordenador portátil. Aunque la sede de la asociación no estaba cerca, prefirió acercarse andando, pero a mitad de camino ya se había arrepentido, pues su falta de costumbre en usar tacones le estaba pasando factura en la planta de los pies; sin embargo, le resultó estúpido coger el autobús a esas alturas. Por eso, cuando llegó, lo primero que hizo fue sentarse en una de las butacas de la primera fila.

Al poco tiempo, fueron llegando viejos conocidos que la saludaron contentos de volverla a ver.

—¿Dónde te metes, niña? «No hay quien te vea ni por camino ni por vereas»
—le soltó una mujer regordeta y dicharachera que rondaba el medio siglo.

Ana, la actual presidenta de la asociación, había perdido a su hijo en un

accidente de coche tres años atrás. Cuando Clara la conoció, hacía dos años, no era más que la sombra de lo que en otro tiempo habría sido un ser humano. Delgada, decrepita, con ojeras hasta el suelo y rostro envejecido prematuramente, fue recomponiéndose reunión a reunión, mes a mes, hasta volver a ser la mujer risueña que había sido antes de la pérdida. Hacer amistad con ella, una joven viuda de escasos veintiséis años por aquel entonces, y con las madres cuyos hijos se habían salvado gracias a personas generosas como ellas, le sirvió de consuelo. Su hijo había muerto, sí, pero pedacitos de él repartidos por la geografía española habían hecho posible el milagro y al menos siete personas vivían gracias a él. Su hijo era un héroe, así se lo decía a quienes llegaban nuevos a la asociación. Les enseñaba orgullosa la foto que guardaba en el monedero, de un muchacho que no había llegado a cumplir los veinte años, y con ello se conformaba.

—¡Ana! ¡Qué alegría verte! Es que estos turnos imposibles y tantas guardias me tienen hecha polvo —se disculpó antes de darle dos sonoros besos en las mejillas—. Pero hoy no me lo podía perder. José Luis dice que viene un médico interesante a dar una charla.

—A lo mejor lo conoces, es del Materno —le informó la mujer.

Por supuesto que lo conocía, se dijo cuando vio llegar a un hombre alto, de tez morena y ojos verdeazulados. ¿Qué le estaba pasando? Pretendía quitarse de la cabeza la tontería platónica que se había formado en su mente alrededor de aquel hombre y él parecía perseguirla. Con la de médicos que había en el área de salud, tenía que ser precisamente el doctor Alberto del Castillo, cirujano cardiovascular pediátrico. Aunque, por otro lado, ¿quién mejor que él para dar una charla sobre cardiopatías congénitas? Supo en aquel instante que su cerebro inconsciente le había tendido una trampa para llevarla hasta allí.

—Sí lo conozco, Ana —aseguró Clara notando cómo el rubor acudía a sus pálidas mejillas—. Esta mañana hemos tenido un caso en común.

La mirada sorprendida de Ana ante su reacción hizo que se pusiera más nerviosa si cabía. ¿Qué estaría pensando de ella? Solo esperaba no tener que responder a preguntas incómodas, pero con aquella mujer, era poco menos que imposible.

—¿Estás bien, niña?

Asintió mientras se distraía sacando el ordenador del maletín y se protegía con el escudo de su pantalla. Luego se echó a reír restando importancia a su reacción.

—¡Uf! Es que este hombre me intimida —declaró soltando una risita—. Es mi héroe. Salva niños a diario sin darle importancia.

—Y, además, tiene unos ojos preciosos —le dejó caer al tiempo que le guiñaba un ojo.

Ana se echó a reír con ella instantes antes de que se hiciera el silencio.

José Luis, secretario de la asociación y trasplantado de riñón desde hacía siete años, se dispuso a presentar al recién llegado informando a los asistentes del contenido de la charla: «Cómo las malformaciones congénitas pueden acabar en trasplante».

El médico se dedicó a mostrar estadísticas que demostraban su hipótesis, advirtiendo a los presentes de la necesidad de encontrar donantes; pues a pesar de los avances de la medicina, en más ocasiones de las deseadas, la ciencia fallaba y se veían obligados a sustituir un órgano defectuoso, maltratado por el tiempo, por otro sano de una persona fallecida.

—Sin ir más lejos, esta mañana hemos encontrado un caso de feto con malformación cardíaca. —Clavó su mirada en la de Clara—. ¡Vaya! Qué suerte encontrarla, doctora Baena. ¿Puede hacer el favor de ayudarme en la exposición del caso?

¡No podía ser verdad! En ese momento, quiso desaparecer, que la tierra la tragase en ese instante; pero tuvo que comerse los sentimientos que la cercanía de aquel hombre provocaban en ella y, con el rostro arrojado, se levantó de la silla y se dirigió hacia la pantalla donde el proyector dejaba ver un corazón con uno de los ventrículos atrofiado, similar al que viera esa misma mañana en el monitor del ecógrafo.

Los dos se sonrieron al cruzar las miradas en señal de saludo y ella cogió el puntero láser que él le ofrecía. Contuvo la respiración al notar el roce de su mano, que se le antojó más largo de la cuenta, exhaló el aire retenido en un suspiro imperceptible y se preparó para explicar lo que había escuchado en boca

de él unas horas atrás.

—Esta mañana nos llegó una paciente embarazada de veinte semanas. Cuando estábamos haciendo la ecografía morfológica, pudimos detectar que el corazón del feto solo tenía uno de los ventrículos, puesto que el otro se encontraba tan atrofiado que no podía cumplir con su función, de modo que fui a llamar al doctor Del Castillo para que tranquilizase a los padres y les explicase el tratamiento correctivo para este bebé una vez que hubiera nacido.

Miró a su compañero para que prosiguiera.

—Este niño tendrá que pasar, al menos, por dos operaciones, y posiblemente tres: una, antes de los tres meses; otra, antes de los seis, y la tercera, cuando haya alcanzado los 15 kilos o haya cumplido los 3 años. Si el niño tiene suerte, podrá hacer una vida normal, o casi. No podrá hacer deporte extremo, tendrá con mucha probabilidad, arritmias en la edad adulta, y poco más. Sin embargo, si el niño no tuviese esa buena suerte, a una edad variable, tal vez a los veinte, o treinta, o cuarenta años, el músculo cardíaco, agotado por el sobreesfuerzo, dejaría de ser funcional y esta persona enfermaría con rapidez y necesitaría con urgencia un nuevo corazón. —Se oyó un murmullo entre los presentes—. De ahí la importancia de personas como usted, Ana. Según tengo entendido, su hijo salvó la vida de muchas personas después de morir.

La aludida se incorporó y alzó la voz.

—Sí, doctor —afirmó crecida en su orgullo—. Mi niño es un héroe, igual que el marido de la doctora Baena.

Clara quiso evaporarse en aquel momento. No dudaba de la buena intención de la mujer, pero no quería sacar sus íntimos secretos a la luz; no por los presentes, que ya los conocían en su mayoría, sino porque los ojos desorbitados de aquel hombre se habían clavado en los suyos con tal asombro que se sintió abrumada. Estaba claro que no esperaba algo así de ella.

Parte de la especie de terapia improvisada que acababan siendo las reuniones consistía en apoyar a los familiares de los donantes para que estos se sintieran arropados, y a Clara siempre le había gustado sentirse querida por aquellas personas que habían experimentado la cercanía de la muerte en su propia carne. No obstante, en esos instantes, solo deseaba echar a correr y no volver más a la

asociación, y mucho menos al hospital.

—Vaya, no sabía que...

El erudito especialista, que había expuesto sin problemas más de media hora de argumentación sin perder el hilo un solo momento, había enmudecido de repente.

—No es algo que se vaya contando por ahí a todo el mundo —se disculpó, cabizbaja.

—Pues gracias a Dios que quedan personas como usted, Clara —murmuró con voz entrecortada, detalle que la confundió más aún.

—Me temo que yo no tuve nada que ver. Fue la expresión de últimas voluntades de mi marido —se excusó, como si el elogio le pesara como una losa en la cabeza.

Tras varias exclamaciones de apoyo de los presentes, que abrumaron a Clara aún más, el doctor le pidió que volviera a tomar asiento y continuó hablando sobre la importancia de redactar aquel documento para facilitar a los familiares la decisión sobre donar o no los órganos y, con aquel tema, dio por concluida la charla.

El leve murmullo de los asistentes se alzó para convertirse en un griterío ininteligible. Comenzaron a hacerse corrillos, cada uno con su conversación independiente, que podía o no versar sobre lo que habían escuchado. Aquel era el final natural de la mayoría de reuniones de la asociación. Poco a poco, los asistentes fueron abandonando la sala, despidiéndose unos de otros entre besos y abrazos, hasta quedar el secretario, la presidenta y los dos médicos.

—Bueno, Alberto, muchas gracias por haber colaborado con nosotros —agradeció José Luis estrechando la mano al ponente.

—Muchísimas gracias, doctor —enfaticó Ana.

—Ha sido un placer rodearme de tantas personas maravillosas —correspondió Alberto mirando de reojo a su colega—. Nos vemos el mes que viene en la siguiente reunión.

—Disculpe... —titubeó Clara.

—Llámeme Alberto, puede tutearme —aclaró el invitado.

—De acuerdo, Alberto —prosiguió torpe, como ya iba siendo su costumbre al

hablar con él—. Quería preguntarte si podrías aclararme algunas dudas sobre el tema. Estoy preparando un artículo para publicar y...

—Me puedes preguntar lo que quieras mientras tomamos un café —le dijo, de repente, su especie de amor platónico con una sonrisa que llenó de calidez su alma.

El corazón se le desbocó de nuevo. Podría disfrutar de su compañía por tiempo indefinido, podría tenerlo cerca, perderse en sus ojos color de mar, dejar acariciar sus oídos por aquella voz dulce y amable. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan afortunada.

—Te diría que es un honor contar con tu ayuda, que lo es, pero también es cierto que no me sorprende. No es la primera vez que me invitas a un café —declaró en tono jocoso.

—Tienes razón. Es la segunda —admitió su interlocutor—. Será que la primera vez me gustó y quiero repetir.

Aquel comentario volvió a provocar un calor asfixiante en su rostro. Más que sus palabras, fue el brillo de sus ojos, la intensidad con que sus pupilas se clavaron en las suyas, lo que provocó su reacción.

—La próxima vez, me toca a mí invitarte —contestó para intentar que se le notase lo menos posible su estado.

—Todavía recuerdo la limosna que me pagaban en mis tiempos de residente, así que no puedo permitirlo —bromeó—. ¿En qué año estás?

—Soy R2, casi R3.

—Lo dicho. Te quedan más de tres años para tener un sueldo decente.

Se despidieron de José Luis y Ana, y salieron a la calle. Entraron en la primera cafetería que encontraron, un rincón entrañable decorado con buen gusto, con las paredes recién pintadas en color lila. Varios cuadros de colores alegres y algunas plantas de interior le daban la calidez que le restaban los muebles de corte recto y los amplios ventanales sin cortinas.

Eligieron una mesa un poco apartada de la barra, junto a una ventana, y pidieron dos cafés con leche.

—A mi amiga, con dos azucarillos, por favor —pidió Alberto a una camarera baja y delgada que servía las mesas.

—¿Te acuerdas? —preguntó Clara, asombrada, a la vez que sentía arder sus carrillos.

—Cuando tiro un café a la una menos cuarto de la madrugada, nunca se me olvida —afirmó con una risa fresca.

—Madre mía, qué memoria.

Hablaron de mil cosas. Comenzaron con el caso que le interesaba a Clara: el feto de veinte semanas con una cardiopatía congénita; sin embargo, no tardaron demasiado en comentar detalles de su trabajo en el hospital, en criticar a sus jefes de servicio, a algunas enfermeras antipáticas, a los padres demasiado exigentes de los pequeños pacientes, y sin saber cómo, se encontraron hablando de su vida, de sus anhelos y sus proyectos de futuro.

—A mí me gustaría vender mi piso y comprarme una casa adosada cerca de una zona verde, con columpios, pero como sabes, con mi sueldo mileurista bastante con que puedo pagar la hipoteca que tengo ahora —le contó Clara como si lo conociera desde hacía mucho tiempo.

—¿Por qué con columpios?

—Para escuchar a los niños jugar y reír desde mi ventana.

—¿Te gustan los niños? —preguntó, sorprendido gratamente a juzgar por su expresión.

—Me encantan esos pequeñajos, lástima que no me diera tiempo a concebir uno propio —le confesó.

Un silencio incómodo se interpuso entre ellos, corto en tiempo real, pero que a ella se le antojó eterno.

—Siempre te queda la esperanza de conocer a alguien y volverte a casar —le recordó el cirujano con una voz tan dulce que Clara, por un instante, pensó que aquellas palabras tenían una doble intención.

—No sé si me atrevería a hacerlo de nuevo —confesó desviando la vista hacia la ventana—. Fue muy bonito, pero tengo demasiado miedo al dolor.

—Te entiendo a pesar de no haber perdido a nadie como lo has hecho tú. Mi anterior pareja aún sigue viva...

—¿Divorciado? —preguntó curiosa.

Alberto se echó a reír.

—¿Tan viejo te parezco como para cargar ya con una exmujer?

Los colores subieron de nuevo al rostro de Clara y su mente ágil la salvó al instante de la situación.

—Bueno, yo también soy joven para haber enviudado, y aquí me tienes — intentó bromear, pero su voz acabó enronquecida.

El rostro de su interlocutor mostrando su preocupación consiguió llenar, al instante y como por arte de magia, el momentáneo hueco que el recuerdo de Ángel había abierto en su interior.

—Debiste pasarlo muy mal, Clara...

Ella meneó la cabeza y sacudió la mano para restarle importancia.

—Seguro que tú también. No sé qué duele más, si la pérdida o el desamor. — No supo qué fue lo que la impulsó a apretar la mano que reposaba sobre la mesa —. A mí puedes contármelo.

Él no apartó la mano, sino que la miró con sus ojos claros y sonrió.

—Ni siquiera llegamos a casarnos —se lamentó dejando de sonreír casi al instante, momento que ella aprovechó para aumentar la presión de la mano que aprisionaba—. Creo que ella perseguía mi futuro prometedor más que el amor y, en un momento difícil de mi vida, me dejó tirado. No quiero volver a sentirme así.

Era tan fácil adivinar el profundo dolor en la expresión de su rostro, tan sencillo empatizar con su pena que no fue capaz de detener las lágrimas.

—Siento haberte hecho llorar —se disculpó él, esta vez, liberándose de su mano para ofrecerle un pañuelo—. Soy un imbécil. Como si no tuvieras suficiente con tu propio dolor como para soportar el mío.

Ella se limpió dos pequeñas lágrimas que habían escapado involuntarias y forzó una sonrisa para no preocuparlo más.

—No, de verdad. No sabes cuánto agradezco que te abras a mí de esta manera, sin conocerme apenas.

—¿Y por qué será que me siento como si te conociera desde siempre?

La luz iba desapareciendo lentamente a través del ventanal, las luces de la

calle se encendieron, pero ellos permanecieron ahí, sentados en aquella mesa y tomando café, hablando por primera vez de sus vidas y, sin embargo, pareciendo dos viejos amigos que se reencuentran, como si un nexo los hubiera unido, tal vez, en otro lugar, otra época, otra vida.

Capítulo VI

El reloj marcaba las ocho de la noche cuando Clara se dispuso a tomar un pequeño descanso. Aquella guardia se le estaba haciendo más larga de lo normal. A diferencia de la mayoría de ellas, en las que se sucedían los ingresos por parto, no hacían más que llegar urgencias ginecológicas. Tuvo que atender a una mujer de poco más de sesenta años con prolapso de útero, ingresarla en planta y buscar un hueco el lunes siguiente entre el plan de quirófano. Después, una mujer joven tuvo que ser intervenida de urgencia por una torsión ovárica, y de pronto, el servicio le había dado un tiempo muerto que aprovecharía para ir a la cafetería a por un bocadillo. Habría preferido tomar un plato combinado, pues a medio día apenas pudo darle unos mordiscos a un sándwich, y, tras una tarde entera con el estómago vacío, necesitaba ingerir una cantidad importante de calorías. No obstante, prefería contentarse con un bocadillo de lomo con queso y pimientos acompañado de un refresco estimulante antes de dejar a medias una succulenta cena.

Se sentó en una de las mesas más alejadas de la barra mientras buscaba alguna cara conocida con quien charlar. No tenía amistad con mucha gente de otros servicios, aunque saludó a Lucía, su antigua compañera, que ocupaba una plaza de neurología pediátrica, pero su conversación se vio interrumpida por el pitido del busca.

—Lo siento, Clara. El deber me reclama —se lamentó soltando un resoplido de disgusto.

—Ya nos veremos.

No dejaba de mirar la puerta por si alguien la salvaba de su tedio. Sabía que Alberto también tenía guardia, aunque con el puente de Semana Santa seguro que tendría trabajo en quirófano y no le daría tiempo de bajar a comer. Pero se equivocó para su fortuna, pues por suerte, apareció diez minutos después para rescatarla. Las puertas de su alma se abrieron de par en par y la luz de su presencia la invadió. Llevaba el pelo revuelto y un gorro rojo con dibujos de

corazones blancos en la mano. Los signos de agotamiento resultaban evidentes; no obstante, al verla, se dibujó una amplia sonrisa en su rostro y ella, de manera inconsciente, correspondió sonriendo también.

—Vaya, te pillo aquí, menos mal. Así no me duermo mientras como.

—Estás hecho polvo. No hay más que mirarte a la cara —observó Clara intentando arreglar su pelo revuelto en un gesto cariñoso—. Anda, come ya y tómate un café bien cargado.

Sus ojos claros la miraron brillantes, a pesar del agotamiento, y su gesto se dulcificó.

—¿Me acompañas? —rogó en una pregunta.

—Por supuesto —afirmó, perdiéndose en sus ojos verdes, mientras su rostro iluminado le enviaba un mensaje que solo él sabía descifrar—. Eso si este artilugio no me lo impide —se lamentó Clara mostrando el busca.

Alberto se levantó con desgana y se acercó a la barra. A los pocos minutos volvió con un bocadillo de tortilla, un zumo y café para llevar.

—Por fin puedo comer. Llevo desde las ocho de la mañana sin salir de quirófano. Pobre del que caiga en mis manos en este estado.

Alzó la mano derecha y su amiga pudo notar el leve temblor debido, con seguridad, a los bajos niveles de azúcar en sangre.

—Siéntate a comer antes de matar a algún niño —le ordenó.

—Tranquila, me han relevado y creo que puedo permitirme el lujo de comer tranquilo por una vez. Mi pobre compañero ha tenido que venir de casa para echarme un cable. No doy abasto —se quejó el cirujano—. Esta mañana ha sido maravillosamente agotadora.

—Ya me he enterado de que habéis tenido un trasplante —comentó ilusionada—. Quería asistir a la grada, pero no he parado.

—Quizás la próxima vez. —De pronto, recordó su caso en común—. Lo que no te puedes perder es la intervención del bebé con ventrículo único.

—Avísame con antelación, si hace falta, cambio turnos.

Alberto se sentó y de nuevo buscó su mirada con aquellos ojos claros que resplandecían al mirarla y le despertaban mariposas en el estómago.

—¿Cómo llevas el artículo?

—La verdad es que lo tengo un poco olvidado por falta de tiempo, que no de información. Me has ayudado mucho con él, solo me hacen falta algunas ilustraciones y diapositivas para acabarlo.

—Mañana tengo libre a partir de las ocho de la mañana. Podemos quedar cuando te venga bien, siempre y cuando me dejes la mañana para dormir como una marmota.

—Salgo a la misma hora. Nos vemos en la cafetería y ya quedamos —propuso ella, evidentemente ilusionada por la proposición—. Pero, tranquilo, no voy a quedar temprano contigo. Yo también necesito recuperar horas de sueño.

El busca de Clara acabó con la magia con su *bip* ensordecedor. Lo sacó del bolsillo y leyó el mensaje.

—Otra urgencia. Posible amenaza de aborto —resopló disgustada—. Una noche movida y solo desgracias. No hay ni una sola parturienta ingresada en planta.

Acabó el bocadillo de dos mordiscos, apuró la lata de Coca-Cola y se levantó de la silla como impulsada por una fuerza invisible. Alberto se levantó con ella para acompañarla.

—Nos vemos aquí dentro de doce horas —se despidió Clara mientras se dirigía al ascensor.

—Hasta pronto —correspondió el cirujano saliendo al vestíbulo.

—Hasta mañana entonces —concluyó volviendo la vista atrás para despedirse con la mano antes de entrar en el cubículo metálico.

Cuando se hubo cerrado la puerta, respiró hondo y sonrió satisfecha. Ya no se volvía la persona más torpe del mundo cuando se encontraba junto a él, el estúpido amor platónico había desaparecido para dar paso a un sentimiento de momento inexplicable para ella. No hallaba las palabras que lo definieran, solo sabía que, al contrario de lo que le había sucedido en un principio, se sentía tan bien en su compañía que maldecía el momento de separarse de él. Conversaban durante horas enteras si tenían ocasión, casi siempre comentaban temas del trabajo o artículos de investigación, aunque, a veces, sobre todo ella, sacaban a relucir asuntos más personales. No importaba el tema sobre el que versara la

conversación, cualquiera se volvía apasionante para ellos. Sí, por supuesto que tenía definición aquel sentimiento, y Clara lo sabía bien. La tonta atracción hacia él había pasado a un segundo plano y se había formado un vínculo entre los dos, una sólida amistad que crecía con cada encuentro desde que, varios meses atrás, coincidieran en la asociación.

Al llegar a su planta, su mente aterrizó en la realidad y se dirigió a la sala de reconocimiento donde una mujer de escasos treinta años esperaba tumbada en la camilla. Después de aquella consulta, consiguió dormir tres horas, hasta que Silvia, la matrona, la despertó para asistir al doctor Medina en una cesárea. El caso era tan común que no tuvo interés para ella: un expulsivo que se había alargado, según su compañero, más de lo necesario. Tras cuarenta y cinco minutos en paritorio, el médico no quiso arriesgarse más y prefirió acabar con la espera a base de bisturí; al menos, así lo creyó Clara. Sin embargo, aún no tenía autoridad para dar su opinión. Ella habría preferido insistir en el paritorio, poner a la mujer de pie, de cuclillas, incluso habría intentado echarle una mano a base de fórceps o ventosa, siempre y cuando la cabeza del feto se encontrara lo bastante baja. No obstante, se limitó a ayudar en quirófano.

Volvió a dormir hasta las cinco de la mañana.

—Clara —llamó Silvia asiéndola del brazo—. Te llaman de cirugía.

La durmiente se levantó con tanta brusquedad que hasta se mareó. «Cirugía», había dicho. ¿Y eso que tenía que ver con ella? ¡Alberto! Sacudió la cabeza, aunque no consiguió despejarse, por lo que entró en el cuarto de baño y se lavó la cara con agua fría.

—No me digas que me has despertado por culpa del doctor Del Castillo —resopló medio adormilada.

—Dice que tiene una intervención importante, que, si estabas libre, te llamara —informó la matrona—. Se trata de un accidente de tráfico. Un niño ha ingresado con un objeto metálico clavado en el pecho. Le ha seccionado la aorta.

—¡Dios mío! Se estará desangrando.

—Por lo visto, el objeto impide que salga la sangre, pero se teme que, al retirarlo, salga a borbotones. Han pedido unidades de cero negativo por un tubo —aseguró la muchacha con su jerga juvenil.

—¿Te ha dicho si quiere que lo ayude en quirófano o es para que lo vea en la grada?

Silvia se limitó a encogerse de hombros. Clara cogió el gorro y la mascarilla por si acaso, y echó a correr buscando al doctor Medina. Este le dio permiso para que se ausentara.

Subió lo más rápido que pudo las escaleras hasta la primera planta, donde se encontraba el área quirúrgica infantil, sintiendo su propio corazón retumbar en el pecho. ¡Un caso interesante! Algo así merecía la pérdida de sueño. Ojalá Alberto la dejara entrar en quirófano con él. Después de tantas cesáreas, agradecía una intervención con más emoción.

Para su desgracia, se encontraban de guardia dos cirujanos y el residente del servicio, por lo que no le quedaría más remedio que observar tras los cristales.

—Lo siento, Clara. Me habría gustado mucho contar contigo como asistente, pero me temo que la intervención es bastante más delicada que cualquier operación ginecológica. Además, mis compañeros ya se encuentran dentro —se lamentó Alberto mientras procedía al lavado quirúrgico.

—Por mi destreza no te preocupes, tengo un año de neurocirugía —confesó, por si haciéndose publicidad tuviera alguna oportunidad de trabajar con él en un futuro.

El cirujano la miró incrédulo. Dejó de frotarse las manos con la rugosa esponja impregnada de antiséptico y le preguntó con extrañeza:

—¿Conseguiste una plaza en neurocirugía y la cambiaste por la obstetricia?

Clara bajó la cabeza. Su mente se nubló con aciagos recuerdos y los ojos comenzaron a brillar más de la cuenta cuando los dirigió a su amigo.

—La neurocirugía me decepcionó. Ángel murió por un accidente de tráfico, concretando más: por un traumatismo craneoencefálico —dijo masticando las palabras—. Mi adjunto, el doctor Rodríguez, intentó hacer algo por él, pero todo fue inútil —confesó mientras notaba dos lágrimas rodar de manera involuntaria por su rostro.

Alberto hizo ademán de acercarse para abrazarla, y ella rechazó el contacto.

—No te acerques. No consentiría que tuvieras que volver a frotarte con ese producto corrosivo por venir a consolarme —aclaró ante el gesto de extrañeza de

su amigo—. Cuando acabes, hablamos del tema si quieres.

—Nunca me habías contado nada —susurró mirándola a los ojos con preocupación.

—Tal vez no surgiera —se excusó—. De todas formas, no me gusta ahondar en el dolor, y cada vez que hablo de esto me siento tan impotente...

Alberto cerró el grifo, se secó las manos y se acercó a ella para abrazarla, aun sabiendo que debería repetir el proceso desde el principio.

—Consolar a una buena amiga bien vale el esfuerzo de volver a lavarse —aseguró rodeando su cuerpo desmadejado, que comenzó a convulsionar ante los fuertes sollozos que apagaba en su pecho.

El silencio tomó protagonismo. Las asépticas manos que acariciaban su pelo, contaminándose con los millares de bacterias que se adherían a la piel de manera involuntaria, fueron calmando su llanto. La mantuvo entre sus brazos durante escasos minutos, mas a ella le bastaron para recomponerse. Después, él la liberó y besó su frente. Tanta ternura la conmovió y a punto estuvo de llorar de nuevo, esta vez, de emoción.

—Lo siento, Alberto. Creo que te he obligado a vestirme de nuevo —se lamentó Clara al observar dos manchas de humedad en su pijama verde—. Ese niño...

—No te preocupes. Mi compañero está preparando el campo operatorio y yo me visto muy rápido —aseguró.

Diciendo esto, desapareció tras la puerta del vestuario, de donde salió en menos de un minuto.

—Bueno, te veo desde arriba. Voy a dejarte tranquilo mientras te preparas, no sea que te contamines otra vez —se despidió, cerrando la puerta tras de sí.

Subió las escaleras para acceder a la grada, pero, en lugar de sentarse, prefirió observar de pie con la nariz pegada al cristal para no perder un solo detalle de la intervención. En pocos minutos, lo vio aparecer con su gorro rojo y sus ojos verde claro que la miraron antes de acercarse al campo operatorio. A juzgar por su mirada, sonreía bajo la mascarilla. Ella le hizo un gesto para desearle suerte.

El segundo ayudante había conectado la bomba para proceder a la circulación extracorpórea, la temperatura del cuerpo del pequeño había bajado de forma

considerable y la aorta perforada por un objeto metálico, y ya clampada por sus asistentes, lo esperaba desafiante. Con la delicadeza de la que fue capaz, su ayudante arrancó el causante de la lesión y el residente limpió la zona de la sangre que aún quedaba en el torrente sanguíneo. El cirujano procedió a suturar la herida que el objeto punzante había dejado en la aorta ascendente, con una delicadeza y precisión que asombraron a la observadora. «Dios mío, una aorta desgarrada y la arregla con la misma facilidad que mi tía Juana zurce los calcetines», pensó Clara. Con mucha probabilidad, para el cirujano no resultaba tan fácil como lo apreciaban sus ojos, puesto que el residente le secaba de sudor la frente una y otra vez.

—Vamos a ver si resiste —dijo una voz fatigada que Clara reconoció como la de su amigo.

—¿Le inyecto cardioplejia? —preguntó su ayudante.

—Sí, el corazón lleva demasiado tiempo parado —contestó el cirujano.

Este procedió a inyectar el líquido en el miocardio de la criatura, que en aquel momento reposaba a consecuencia de la intervención.

—Vamos a reanudar la circulación, a ver si hay suerte y no tenemos escapes —continuó Alberto.

El ayudante retiró los clanes. La máquina calentó de nuevo la sangre hasta alcanzar la temperatura corporal y la bombeó hacia el cuerpecillo que yacía en la mesa de operaciones. El pequeño corazón volvió a llenarse con lentitud.

—Palas internas —le pidió al residente.

El joven las acercó al corazón, con las manos temblando de la tensión o, tal vez, de la emoción de ser partícipe del milagro; pero logró serenarse, las descargó y, afortunadamente, vio que volvía a latir.

—Tensión arterial normal —observó el anestesista.

Todos los ojos de la sala, incluidos los de Clara, subida en la grada y frotándose las manos sudorosas, estaban atentos al arco aórtico. Alberto comprobó que soportaba la presión sanguínea y ordenó cerrar a su ayudante.

—Un niño menos entre las víctimas de tráfico —concluyó el doctor Del Castillo resoplando de alivio.

Clara, de pie en el anfiteatro, comenzó a dar saltitos de emoción que fueron

silenciados por el suelo de linóleo y sus zuecos de goma. El pulso acelerado había conseguido dar color a sus pálidas mejillas y los ojos vidriosos se habían derretido ante tanta incandescencia y se derramaban rumbo a la comisura de sus labios. Jamás pensó que la sal le supiera a licor de dioses.

El cirujano que había dirigido la intervención desapareció de su vista, ella siguió observando, pasmada, las suturas que daban fin a tan complicada operación quirúrgica. El pecho de aquel niño quedaría marcado de por vida. Cuando fuera adolescente, con seguridad presumiría ante las chicas de sus heridas de guerra y de cómo burló a la muerte a la corta edad de cuatro años. La intervención a la que había asistido le había despertado la misma emoción que cualquiera de los partos que había presenciado. Ese bendito cirujano cardiovascular acababa de devolver la vida a aquella criatura y él, con toda probabilidad, en ese momento estaría en el vestuario sin darle apenas importancia.

Unas manos haciéndole cosquillas por detrás la sacaron de su ensimismamiento. Ahí estaba su héroe, un hombre que salvaba niños a diario. Se sentía tan afortunada por disfrutar de su amistad; es más, era él quien la hacía sentirse una heroína por haber permitido la donación de los órganos de su difunto marido. ¿Cómo podía compararse lo que él hacía con un acto que, aunque solidario, no dejaba de ser pasivo?

Se giró sobre sí misma hasta encararse con él. Quería decirle tantas cosas y no sabía por dónde empezar.

—Ha sido alucinante. —Fueron las estúpidas y torpes palabras que se le vinieron a la boca.

—He tenido mucha suerte —corrigió su amigo.

—¿Suerte? Han sido estas manitas las que han hecho posible el milagro —aseguró mientras las cogía y las alzaba.

Alberto se echó a reír abrumado por los comentarios de la entusiasta residente, bajando la mirada, tímido. Clara dejó caer sus manos y las mantuvo entre las suyas. Él volvió a alzar la cabeza hasta encontrarse con sus ojos. En ese momento, fue él quien se adueñó de las de ella para apretarlas contra su pecho.

—Quieres que me sienta como un dios y, estando junto a ti, es imposible —le

confesó con un hilo de voz—. Tienes un corazón inmenso, tu alma eclipsa a la mía. No soy nada a tu lado, Clara...

—¿Solo por no haberme opuesto a un documento legal firmado ante notario? Eso no tiene mérito, Alberto —confesó con tanta emoción en la voz que apenas conseguía que las palabras escapasen de su garganta.

Él meneó la cabeza con lentitud, mostrando en su mirada una profunda emoción.

—No es solo eso, Clara. Eres... —Enmudeció, como si cualquier palabra que pudiera pronunciar la empequeñeciera.

Sus manos acariciaron su rostro y ella se perdió por completo en la profundidad de sus brillantes pupilas. Apenas controlaba su respiración agitada y necesitó entornar los párpados para no cegarse con su mirada. Con los ojos cerrados, imaginó que se acercaba a ella y casi pudo sentir el roce de sus labios cuando el maldito pitido del busca los interrumpió por segunda vez en esa misma noche. Ella sintió como si alguien le hubiera arrojado un jarro de agua helada en pleno enero.

—¡Mierda! —exclamó enojada, soltando las manos de Alberto muy a su pesar para leer el mensaje.

Buscó de nuevo su mirada. Los ojos que, momentos antes, habían brillado por la emoción, ahora se habían apagado y miraban al suelo apesadumbrados. Le pareció ver a un niño indefenso, y aquella expresión despertó su ternura. Se acercó de nuevo a él y se despidió con un beso en la mejilla.

—Nos vemos en la cafetería —dijo echando a correr rumbo al ala de tocoginecología con una sonrisa imborrable en los labios.

Él alzó la vista y sonrió haciendo un gesto de despedida con la mano.

Medina no la reclamaba para ningún caso, simplemente quería saber él también cómo había discurrido la delicada intervención y si habían sido capaces de salvar a la criatura. Dichoso aguafiestas.

—Alberto del Castillo es un mago del bisturí —fue su entusiasta respuesta.

—Lástima que me haya pillado en mitad de un parto complicado —se

lamentó el médico—. Algo así no se ve todos los días.

Clara se sentía afortunada, tanto por haber asistido a la complicada e interesante operación como por contar con la amistad del artífice del milagro. El doctor Alberto del Castillo tenía el don de hacer crecer su autoestima hasta niveles inimaginables, hasta sentirse como la elegida de una antigua religión pagana, la criatura tantos siglos esperada que nacía para salvar al mundo. Tal como ella, debió sentirse la joven Alcmena, la madre de Hércules, una criatura hermosa cortejada por el mismo Zeus, una simple mortal idolatrada por el rey de los dioses.

Capítulo VII

Había elegido a propósito aquel pantalón vaquero negro y el jersey de lana marrón claro con escote cuadrado que tan bien le sentaba. Sabía que no se trataba de una cita, sino más bien de trabajo. Alberto se había ofrecido a proporcionarle el material necesario para la publicación que estaba preparando; sin embargo, los nervios se la comían por dentro, así, de repente, como si la persona que estaba a punto de llegar a buscarla a casa fuese un desconocido. ¿Por qué? Esperaba a Alberto, su mejor amigo, su confidente, con quien reía a la hora del desayuno o en una cena improvisada mientras rezaban para que no sonara el busca.

Creía haber superado aquella fase, pensaba que su admiración convertida en amor platónico había pasado a la historia para dar paso a una enriquecedora amistad; pero ahí estaba ella, frente al espejo, dando los últimos toques al maquillaje para estar perfecta, y temblando, respirando atropelladamente, con una inexplicable taquicardia y una torpeza exagerada.

Acababa de caer en la cuenta. La escena de aquella madrugada junto al quirófano, inacabada por el zumbido del maldito aparato, era la culpable de que hubieran despertado viejos sentimientos apaciguados. Sabía que Alberto le había querido decir algo importante. ¿Tal vez quería besarla? ¿Decirle que estaba enamorado de ella? ¡Qué estúpida! Como si ella pudiera ser tan afortunada.

Sonó el timbre. Se detuvo a ver quién llamaba a través de la mirilla, aunque los cañonazos de su corazón le decían que ya sabía la respuesta. Lo encontró mejorado, con su sonrisa de siempre, los ojos luminosos y una expresión diferente en el rostro que ya no mostraba la fatiga acumulada.

Bajaron los pocos escalones que los separaban de la calle y entraron en su coche, un todoterreno negro, que los llevó a su casa.

Alberto vivía en un pequeño pero moderno apartamento en el centro de la ciudad, con cocina americana y un solo dormitorio cuya puerta abierta mostraba una especie de despacho con cama adosada, pues la mesa de ordenador, las

estanterías y los cajones archivadores ganaban protagonismo a la triste cama de soltero.

Los detalles decorativos de la estancia principal daban un aire impersonal a la vivienda; las cortinas, compradas con buen gusto a juego con el color del sofá, marrón claro con detalles en un tono más oscuro, a pesar de ser bonitas, no conseguían la homogeneidad de estilo ni tampoco lo hacían acogedor. Cuadros abstractos y lámparas de corte recto contrastaban con el bodegón barato que colgaba al otro lado de la isla de la cocina, cuyas cortinas de colores alegres con detalles culinarios habrían conseguido hacerla perfecta de haber estado aislada del resto de la casa. Clara odiaba los espacios abiertos, tan de moda últimamente. A ella le parecían ataques a los ambientes acogedores, mágicos, íntimos, donde la cocina estaba apartada del salón, aunque cercana a él, el salón se cerraba con una doble puerta acristalada y una mesa-camilla con su correspondiente brasero presidía la estancia. Le gustaban los ambientes diferenciados con los que estaba decorado: la zona de ver la *tele* con mullidos sillones, una buena *chaise-longe* y una mesita baja, e incluso un rincón de lectura con estanterías y cómodas butacas; no obstante, sin una puerta que poder cerrar para aislar el salón-comedor, para ella, cualquier casa, por muy bien decorada que estuviera, por mucho diseñador de interiores que se hubiera ocupado de ella, dejaba de ser acogedora.

Él supo adivinar sus pensamientos solo con escuchar su silencio.

—Tranquila, es alquilada —bromeó para romper el hielo, pues sabía que su amiga sería incapaz de decir una sola palabra sobre el apartamento si él no daba pie a ello.

—Se nota. Es tan impersonal, y fría...

—Le falta un toque femenino, ¿no?

Clara volvió a mirar los muebles de cortes rectos y los extraños cuadros y meneó la cabeza.

—Esto no se arregla con un toque femenino. Un piso de alquiler siempre se nota que es un piso de alquiler —concluyó, volviendo a menear la cabeza mientras se agitaba su larga cabellera rubia—. El día que decidas comprarte una vivienda, puedes contar conmigo para decorarla. Es uno de mis *hobbies*.

—El mío, en cambio, es la cocina —confesó su amigo—. Por eso he querido invitarte a comer.

Los ojos se le abrieron desmesurados.

—¿Eres buen cocinero? —Al ver que él movía la cabeza en sentido afirmativo, dio un salto a la vez que soltaba un grito de júbilo—. ¡Estupendo! Creo que seremos muy buenos amigos. Odio cocinar.

Alberto, como un perfecto anfitrión, le quitó el abrigo y la invitó a sentarse en el sofá, le acercó una estufa de tubos incandescentes y dos cojines para que se acomodara, y le ofreció un aperitivo con un refresco mientras él terminaba de preparar su pequeña obra culinaria.

—Si me mimas de esta manera, no voy a tener más remedio que casarme contigo —bromeó al tiempo que estallaba en una sonora carcajada.

—Si hablaras en serio, lo primero que haría sería comprar un adosado cerca de un parque —contestó su compañero en tono jocoso.

—¿Lo harías por mí?

Alberto, ataviado con un delantal blanco y las manos manchadas de harina, se acercó al sofá y se sentó justo a su lado, atravesándole el alma con sus ojos claros. ¿Qué pretendía? ¿Hablaban en serio? Lo único que sabía era que en aquel momento jugaba con fuego. Pero no le importó lo más mínimo. Quizás necesitara quemarse. Quizás necesitara su calor más que nada en ese preciso momento. Notó cómo temblaban sus propios labios, cómo la sangre se agolpaba en ellos esperando no sabía qué con exactitud. El corazón, acelerado, saltaba en su pecho sin poder hacer nada por serenarlo.

—Por ti haría cualquier cosa que me pidieras, Clara —confesó mirándola a los ojos con el fuego fatuo de sus pupilas mientras acariciaba una de sus mejillas—. Eres mi heroína.

Inmediatamente después, de forma casi brusca, retiró su mano y desvió la mirada, como si una nube oscura atravesara su mente. ¿Miedo? ¿Duda? O tal vez la imaginación de Clara había volado demasiado deprisa y nada de lo que había captado en un principio había sido real.

Sus ojos brillaron a punto de derramar lágrimas. Alberto no se quemaba por dentro cuando la tenía cerca. Su corazón latiría tranquilo, y no dando brincos

como el suyo. Sin embargo, sus verdes ojos emitían fuego al mirarla. Por eso sintió unas ganas terribles de llorar, porque la confusión reinante en su alma no le dejaba ver con claridad, porque su sexto sentido se veía anulado, bloqueado por un tipo de fuerza que no comprendía demasiado bien.

—Clara... ¿Te ocurre algo? —preguntó Alberto que, con seguridad, había captado el brillo de su mirada.

—No es nada. Pensamientos tristes que se me vienen a la cabeza de vez en cuando —contestó intentando salir del apuro.

—No me gusta verte triste —confesó su amigo volviendo a acariciar sus mejillas.

Lo último que necesitaba en aquel momento era volver al punto de partida. No se ilusionaría más; así que, con un gesto desenfadado, cortó de raíz la tierna caricia para restar así importancia a los pensamientos que obnubilaban su mente.

—Vamos, cocinero, a tus fogones —ordenó Clara incorporándose y acompañándolo a la cocina—. Yo seré tu pinche. Dime qué puedo hacer.

Alberto la miró divertido y señaló los cacharros sucios que invadían la pila de un solo seno mientras le colgaba un delantal igual al suyo.

—Esto me pasa por hablar —protestó ella riendo.

Comieron hasta que no pudieron más. Comenzaron con una sopa de verduras exquisita, seguida de un solomillo ibérico tierno y jugoso bañado con salsa Roquefort y acompañado de patatas panaderas. De postre tomaron una mousse de limón, ácida, dulce, esponjosa, que a Clara le pareció manjar de los dioses. No contento con todo ello, Alberto había metido en el horno un bizcocho de chocolate que tomarían a la hora del café. El dulce olor que perfumaba la estancia prometía una succulenta merienda.

Cuando ella se sentó a reposar la comida en el sofá, Alberto aprovechó para entrar en el dormitorio y volver al salón cargado con varias carpetas. Unas contenían transparencias para proyectar, y otras parecían historiales médicos. Clara se levantó entusiasmada del sofá.

—¿Todo ese material es para mí?

—Todo está a tu disposición para que investigues lo que necesites, pero yo te aconsejo que te centres en comparar varios casos de distintas épocas para que

sepas cómo se trataban estas afecciones hace años. Tengo un caso muy interesante de un bebé que nació con ventrículo único hace casi treinta y cinco años —le informó Alberto eligiendo un viejo dossier lleno de papeles amarillentos, que le entregó.

Clara leyó con atención cada nota ininteligible copiada a mano por el médico que se ocupaba del caso, cada maltratado papel que llenaba la subcarpeta. Le llamó la atención que algunas de las anotaciones estuvieran escritas en inglés, pero al ver el membrete de la clínica Mayo de Texas supo la razón. Alzó la cabeza para buscar la mirada de su amigo y encontró una expresión que no supo descifrar.

—No me digas: en aquella época, ningún cirujano español se atrevía a semejante operación. Los padres del bebé debían tener mucho dinero —observó Clara.

—Para ser exactos, sus padres no tenían dinero, pero supieron cómo buscarlo.

Rebuscó entre los viejos papeles y le mostró un recorte de prensa en el que los padres de la criatura apelaban a la solidaridad de los vecinos de Salamanca para ayudarles a conseguir dinero y así poder costear una cara intervención para su hijo en Estados Unidos.

—Anda, son paisanos tuyos —observó Clara mirando al matrimonio que aparecía en la foto con un bebé de cara triste en brazos.

—Son mis padres —confesó mirándola a los ojos, dejando al descubierto las verdes ventanas por las que acceder a lo más profundo de su alma.

Clara dejó caer la carpeta, y los papeles amarillentos se desparramaron por el suelo en torno suyo. Se apresuró a recogerlos, apurada, y aprovechó para escapar de su mirada. ¿Qué le estaba diciendo? ¿Él había tenido un hermano con cardiopatía congénita? ¿Por eso había decidido ejercer como cirujano cardiovascular? ¿Continuaría con vida ese bebé o era la causa de su traslado a Badajoz? Las preguntas se agolpaban en su cerebro sin encontrar respuesta, hasta que, al leer de manera fugaz uno de los folios, encontró el nombre del pequeño paciente. Su nombre: Alberto del Castillo Mateos. La sangre se le congeló en las venas y su corazón dejó de latir por décimas de segundo.

Volvió a alzar la vista para encontrarse con la cercanía de su mirada. Él se

había agachado junto a ella para ayudarla a recoger, y lo halló a escasos centímetros. Su rostro crispado mostraba el miedo, sus manos temblorosas se lo confirmaban. Acababa de desnudar su alma frente a ella, le había confesado su mayor secreto y estaba aterrado.

—Alberto... —musitó sin saber muy bien qué decir.

Lo rodeó con sus brazos y lo apretó fuerte, ansiosa por sentir su calor, por consolarlo. Quería que se sintiera protegido, a salvo en su regazo. Le acarició el pelo, enredando sus dedos en el oscuro cabello, tan confusa como él, sin saber si reír de felicidad por saberse digna de su confianza o si llorar de miedo ante el temor a perderlo. No quería volver a pasar por aquello, no quería volver a contemplar el cadáver de un ser querido, no quería volver a despedirse de la persona más importante de su vida. Pero ¿cómo atar su corazón? ¿Cómo acabar con aquel extraño sentimiento que llenaba de luz su alma cada vez que lo tenía cerca?

—Dios mío, Alberto... Prométeme que tú no te morirás —suplicó con un hilo de voz.

—No, Clara. Yo... —La abrazó más fuerte, incapaz de seguir hablando.

El silencio se adueñó del momento, un silencio murmurante que vertía en sus oídos secretos, temores, sentimientos encontrados. Sus miradas se comunicaron por ellos, sus ojos vidriosos tenían el poder de hablar en un lenguaje de sobra conocido.

Los números luminosos del reproductor de DVD avanzaban inexorables hacia las cinco de la tarde, los folios a medio recoger se esparcían por el suelo rodeándolos.

La oscuridad invadía, a cada minuto que pasaba, terreno a la luminosidad de aquella tarde sumergida en el sonido de tambores y trompetas de la procesión que acababa de iniciar su recorrido por las calles de la ciudad. Olía a cera e incienso, aunque ese olor fuese creado más por la mente, puesto que se encontraban bastante alejados del tumulto procesional. Clara y Alberto paseaban por los alrededores de un parque repleto de familias con sus niños pequeños jugando en los toboganes y columpios.

Ella lo miró fijamente y sonrió.

—Te habrá costado lo tuyo sacarlo. ¿Cuánto tiempo llevas planeándolo?

El cirujano suspiró aliviado y le mostró una amplia sonrisa.

—Desde que te encontré en la asociación el día que di la charla —confesó.

—¿Nos estabas pidiendo un corazón para ti? —preguntó Clara más en broma que en serio.

Alberto la miró fijamente durante escasos segundos, como cada vez que le confesaba alguno de sus más profundos secretos; no obstante, al poco meneó la cabeza, desviando la mirada, y contestó:

—Bueno, gracias a Dios y a la ciencia, a día de hoy no necesito un corazón nuevo —dijo con un tono extraño e indescifrable en la voz—. Pero sé de personas que lo han necesitado, que lo necesitan o que un día lo necesitarán, como yo mismo, o el feto de veinte semanas que tenemos en común. Por cierto, ¿cómo sigue el embarazo?

—Normal, el bebé se desarrolla a la perfección y los padres van asimilándolo. Ya tiene treinta y una semanas, se acerca el parto.

—Del parto ya hablaremos con Díaz.

—¿Será por cesárea? —preguntó Clara con un deje de decepción.

—No necesariamente, según progrese. La madre deberá estar monitorizada durante todo el parto y deberá ingresar a las treinta y siete semanas para tenerla vigilada —argumentó el cirujano—. Tendré que ponerme de acuerdo con Díaz, no sé si él estará de acuerdo conmigo, también depende de dónde viva la madre. Tal vez, si vive en Badajoz, no sea necesario el ingreso. —De pronto, interrumpió su perorata y se echó a reír—. Estamos descansando y hablamos de trabajo —se lamentó.

—Me temo que a mí no me queda más remedio si quiero publicar el artículo —le recordó su compañera.

—Tienes razón. Se me había olvidado lo dura que es la residencia —confesó resoplando de alivio.

—¿Hace mucho que terminaste la tuya?

—Algo más de cuatro años.

El reloj de la iglesia daba las ocho con sus habituales campanadas, atenuadas por el sonido de los tambores de la procesión que, por efecto del viento, se escuchaban mucho más cerca.

—Alberto, tengo que irme a casa. Me encanta estar contigo, pero mañana quiero levantarme temprano. Les prometí a mis tíos que iría a verlos —declaró mohína.

—¿Y viven muy lejos para que tengas que levantarte tan temprano? —preguntó rodeando sus hombros y atrayéndola de forma instintiva, o así le pareció a ella.

—No demasiado, pero si tardo ya no veo a mi tío porque empieza a trabajar de madrugada. Son ganaderos y viven en una finca a casi una hora de aquí.

Alberto la soltó para encararse con ella mientras sus ojos se abrían desmesurados.

—¿Tienes unos tíos con una finca? —preguntó asombrado.

—Más bien, que trabajan en una finca; pero sí, ellos disponen en ella casi como si fuera suya —contestó—. Suelo ir a menudo, hasta tengo un pequeño refugio particular en el que duermo cuando voy.

—¿Te quedas a dormir allí? ¿Y tienes un refugio? —interrogó notablemente interesado.

—Es una casita pequeña decorada con muebles viejos que yo misma restauré hace ya unos cuantos veranos —explicó Clara—. Me encanta dormir allí, yo sola, escuchando los sonidos de los animales nocturnos. Me gusta ir cuando me encuentro confusa o estoy demasiado estresada. Vuelvo renovada por completo. Hay algo en ese lugar que repara mi alma por muy dañada que esté.

Alberto no había dejado de mirarla con los ojos y la boca abiertos. Clara sabía que había despertado su envidia.

—Ese es mi gran sueño, tener dinero y comprar una finca perdida en mitad de la dehesa, donde esconderme y que nadie pueda encontrarme —declaró con énfasis—. Mi primo trabaja en una finca en Salamanca y se dedica a la cría del toro de lidia. Soy su primo pesado, siempre estoy allí. —Bajó la cabeza, nostálgico—. O estaba, porque me queda demasiado lejos para ir a visitarlo todos los fines de semana que tengo libres; pero en cuanto pueda, pienso

comprarme unas tierras, pero muy lejos de la carretera, que haya que llegar a ellas a través de kilómetros de vías pecuarias.

—Estás describiendo a la perfección la finca donde viven mis tíos. —El corazón casi se le sale por la boca al sugerir—: ¿Te apetecería venir conmigo?

Pudo ver un brillo en los ojos claros del hombre que tenía delante; sin embargo, un gesto apesadumbrado le hizo adivinar la negativa.

—No sabes cómo me encantaría acompañarte. El problema es que estoy todo el puente con guardia localizada —se lamentó, sacando el busca del bolsillo—. Si supiera que no me va a pitar, me escapo contigo ahora mismo, pero es poco menos que imposible.

Clara procuró que no se le notara demasiado la desilusión por no poder contar con él en el puente y, resuelta, lo arregló sobre la marcha.

—Vale, pues me tienes que prometer que vendrás conmigo el primer fin de semana en que coincida que ninguno de los dos trabaje.

—Eso está hecho —concluyó Alberto estrechando la mano con la de ella para cerrar el trato.

Capítulo VIII

No le quedó más remedio que viajar sola. Recorrió de nuevo la estrecha carretera que serpenteaba sorteando los cerros, volvió a encontrar el paisaje agreste repleto de encinas hasta llegar a la casa de arriates repletos de rosales y geranios en flor donde su tía Juana barría el hermoso patio que reverdecía en el cenit de la primavera.

La mujer se la comió a besos, como habitualmente hacía para recibir a su sobrina, y pudo comprobar que su sexto sentido seguía tan sensible como de costumbre.

—Se nota que estás mucho mejor. Te brillan los ojos de felicidad y tienes el rostro iluminado.

—Me va todo muy bien, tía —aseguró con una amplia sonrisa.

—Eso es que has conocido a alguien especial, ¿verdad que sí? —preguntó intuyendo el motivo de su creciente alegría.

Clara se quedó desarmada y sin saber qué contestar. ¿Acaso llevaba un letrero en la frente anunciando sus locos sentimientos? En ese caso, le habría gustado mirarse en un espejo para leerlo, pues ni ella misma sabía con certeza lo que le ocurría.

—Tía Juana, eres una bruja —acusó sin dejar de sonreír.

—Eso es que sí...

—No exactamente. Digamos que he conocido a una persona estupenda y que somos muy amigos —fue lo único cierto que pudo decir—. ¿Tú no has tenido nunca a un amigo al que le cuentas todas tus penas, tus inquietudes y las cosas buenas?

—Claro que tuve un amigo así, hace ya unos cuarenta años —le contó su tía—. A los dos nos encantaba el cine y las novelas policíacas. Nos intercambiábamos los libros y podíamos estar más de dos horas hablando de un mismo tema. Ha sido el mejor amigo que he tenido.

—Y la gente te decía que un hombre y una mujer no podían ser amigos.

—Su madre nos lo decía continuamente, que no estaba bonito que una muchacha hablase de aquella manera con un muchacho que no era su novio y que con el tiempo, o la amistad se acabaría o acabaríamos comprometidos.

—¿Y qué pasó? —preguntó curiosa.

—Que su madre tenía toda la razón del mundo.

—¿Y dejasteis de ser amigos?

—Peor: me casé con él —bromeó la mujer echándose a reír y mirando a lo lejos la figura de Miguel montado a caballo.

Los ojos de su tía aún resplandecían cuando observaban a su marido. Ambos solían bromear el uno con el otro, darse besos espontáneos, y Clara habría asegurado, convencida, que aún hacían el amor con asiduidad a pesar de estar entrados en años. La felicidad de Juana y Miguel provocaba en ella una envidia sana y, a la vez, le mantenía abierta la esperanza de encontrar, algún día, a la persona con la cual envejecer, al igual que ellos.

—Así que tienes uno de esos amigos del alma —volvió a hablar su tía—. Pero ¿tú sientes algo especial por él, algo como lo que sentías por Ángel?

—No lo sé, tía. Aún no lo sé.

Y la lengua viperina de Juana fue más allá.

—¿Os habéis acostado?

Los colores acudieron a su rostro y sintió, por momentos, que se asfixiaba, que el oxígeno demandado por su cerebro no llegaba a abastecerla.

—¡Tita! ¿Por quién me tomas? Ni siquiera nos hemos besado —confesó con notorio pesar.

—Así que es un caballero. Me gusta.

Comió con ellos, les contó sus vivencias en el hospital, el caso del feto con una cardiopatía congénita y cómo se había enterado de la afección de Alberto, el cirujano con el que había entablado una profunda amistad. Incluso les aseguró que muy pronto lo conocerían porque lo había invitado a ir con ella el primer fin de semana que coincidieran libres. A ellos les gustó mucho la idea de conocer a la persona que le había devuelto la felicidad a su sobrina.

Al anoecer, Clara tomó el sendero que la llevaba hasta su pequeña casa, el

refugio de su alma. Volvería a dormir al arrullo de la nana nocturna del búho y el cárabo; escucharía, lejano, el aullido de algún perro y dormiría arropada por la cálida lana de su viejo colchón. Sin embargo, aquella noche no le resultó tan fácil entrar en el reino de Morfeo. El recuerdo de unos ojos claros color aguamarina le provocaron un estado de insomnio y una gran soledad en su alma.

Llevaba ya casi tres años durmiendo sola, el tiempo suficiente para haberse acostumbrado, y de hecho lo había conseguido; pero aquella noche se sentía incompleta. Todo su ser anhelaba su presencia, su mirada clara y noble, la música de su voz, el calor de sus abrazos, sus besos... ¿Cómo serían sus besos? ¿Cómo podría llegar a sentirse en el momento de rozar sus labios? Se moriría: de dicha, de amor, de emoción. Sabía que el día que sus labios la besaran arrastraría a todo su cuerpo, no tendría voluntad para escapar de él, no podría pensar ni razonar, y se entregaría por completo, en cuerpo y alma. Seguía aún buscando la pregunta en su interior. ¿Lo amaba? No lo sabía, tal vez fuera la soledad la causante de aquel sentimiento y no el amor, o tal vez fuera la facilidad con que liberaba niños del regazo de la muerte lo que provocaba en ella una admiración semejante a la que provoca en una adolescente el ídolo de sus sueños.

A duras penas consiguió dormir; no obstante, a las seis y media de la madrugada despertó agitada por el mismo sueño recurrente que, desde un tiempo atrás, venía repitiéndose al menos una vez al mes.

Se veía a ella misma desde fuera, caminando hacia la laguna de la cascada y, al llegar, encontraba la figura de un hombre sentado en la piedra donde ella solía hacerlo, de espaldas, y ella se acercaba con lentitud hasta tocarle el hombro. Al principio despertaba en ese preciso instante, pero las últimas veces, el hombre se había girado para mirarla y había encontrado los ojos verdes de su marido; sin embargo, aquella noche no había encontrado la cara de Ángel, sino la del doctor Del Castillo. Si soñar con el primero le transmitía una sensación de paz y serenidad durante el día entero, la visión del segundo había conseguido revolucionar su alma hasta hacerla despertar en un estado de excitación nada propio en ella, con el corazón retumbando en su pecho, la respiración jadeante y el sudor haciendo brillar su piel pálida.

Intentó volver a dormir, pero después de media hora dando vueltas en la

cama, se dio por vencida y se levantó. Avivó el fuego de la chimenea y preparó un poco de café, que se tomó cargado y con mucho azúcar. Se vistió y salió a caminar mientras el sol comenzaba a asomar por el horizonte. Los pasos la llevaron a la laguna donde una hora antes había estado en sueños y se sentó en la piedra aún mojada por el rocío mientras escuchaba el murmullo de la cascada que vertía el agua montaña abajo y susurraba sus más hondos secretos.

El teléfono móvil sonó para romper la magia del bello instante, mas la voz que se escuchó al otro lado lo cambió todo: la cascada musitó su nombre, los pájaros le susurraron en su oído las verdades de su alma.

—¡Alberto! ¿Qué haces despierto a estas horas?

—*Ya ves, al final sonó el busca y he pasado toda la noche en el hospital* —dijo la voz al otro lado—. *Ya estoy en casa y me apetecía escuchar tu voz antes de dormir.*

El corazón se le disparó en el pecho.

—¿Qué quieres? ¿Que te cante una nana? —bromeó, riendo con una risa suave.

—*No hace falta. Me basta con escucharte. Anda, cuéntame cómo es tu casa* —rogó el cirujano con tono dulce.

—No es muy grande, tiene una puerta a la derecha que da a una estancia, el comedor, luego hay dos ventanas pequeñas que corresponden a las habitaciones. Una de ellas tiene una vieja cama muy cómoda que te está esperando.

—*Qué envidia me das. Espero poder ir contigo muy pronto* —aseguró Alberto—. *Voy a dormir. Cuando llegues a casa, llámame y tomamos algo si quieres.*

—Llegaré por la tarde, después de comer. Te doy un toque, hasta luego —se despidió Clara, colgando—. Estoy deseando verte. Te quiero —susurró una vez cortada la comunicación.

Se levantó de la dura piedra donde permanecía sentada cavilando sobre los sentimientos confusos de su alma, que en aquel momento vieron la luz.

—¡Alberto! ¡Te quiero! —gritó a la inmensidad.

Una bandada de pájaros que bebía en la laguna levantó el vuelo a la vez ante sus gritos. Ella estalló en risas incontrolables mientras giraba sobre sí misma,

feliz al fin de haber encontrado la respuesta a sus dudas.

El miedo la había engañado, decía, mentiroso, que su sentimiento no era más que pura atracción física, desesperación por la profunda soledad a la que el destino la había condenado, admiración platónica. Sí, tal vez fuera, además, todo eso; no obstante, el amor, un amor con mayúscula, se había apoderado de cada célula, de cada molécula de su ser para invadirla por completo y hacerle sentir una dicha inmensa.

Capítulo IX

El segundo fin de semana de mayo resultó ser el primero en que coincidió que ambos libraban. Clara consultó la predicción meteorológica para aquellos días. Sol, altas temperaturas y, posiblemente, tormenta. Los truenos le daban miedo, no en su piso en medio de la ciudad, donde los pararrayos hacían su función, pero sí en la casa escondida entre encinares; pero recordó que no iría sola esta vez y dejó escapar el suspiro que presionaba su pecho, sonriente.

Los cinco días que la separaban de su tan esperado momento se le antojaron eternos, aunque, al menos, podía dar gracias a que no tenía ninguna guardia de por medio. Tenía sus ventajas convertirse en R3. Acababa de llegar un nuevo residente y le estaban tocando algunas también a él. Por fin había dado el primer paso: dejar de ser la novata del servicio.

Aquellos cinco días los dedicó a elegir la ropa que se llevaría al campo, como si fuera de esas que no sabían qué ponerse. «¡Qué estúpida!», se decía mientras elegía unos pantalones pirata, una camisa de flores pequeñas y un vestido largo vaporoso por si el calor apretaba más de la cuenta.

El día previsto, quedaron en su casa, y Alberto llevaría su coche, más adecuado que su pequeño utilitario.

A las seis en punto de la madrugada sonó el telefonillo. Clara lo esperaba sentada en el salón, vestida con un pantalón largo de tela en color caqui, una camiseta a juego y sus botas de senderismo. Alberto se dispuso a cargar la pequeña maleta y dos bolsas reutilizables de supermercado repletas de comida y objetos diversos, pero ella se lo impidió.

—No me seas bruto, que solo tienes medio corazón —lo reprendió.

Él abrió la boca para protestar, no obstante, prefirió guardar silencio y dejar que ella llevase las dos bolsas, con el consiguiente maltrato en su ego masculino a juzgar por la expresión de su rostro.

—No te sientas mal, vivimos en un mundo de igualdad. Los hombres ya no estáis obligados a ser nuestros burros de carga —le dijo para animarlo, pero su

rostro seguía dibujando un extraño gesto, indefinible para ella—. Recuerda que lo has pagado tú —observó en tono jocoso.

—Ya me siento más hombre —bromeó Alberto, sonriendo con todos los músculos de su rostro pero no con la mirada.

—Encima, te dejo conducir.

—¡Faltaría más! Es mi coche.

—¿Qué pasa? ¿No te fías de mí? También podría llevarlo yo, soy la que conoce el camino.

—Eso solo te convierte en una excelente copiloto —concluyó Alberto antes de soltar una carcajada.

El todoterreno dejó atrás la ciudad, la circulación densa, los semáforos, los peatones cruzando la calzada como si no tuvieran nada mejor que hacer que llegar hasta la otra acera a las siete menos veinte de la mañana. Los coches que circulaban en sentido contrario los deslumbraban constantemente, pero en su carril solo viajaban ellos.

—Mira los pobres infelices que trabajan en sábado —bromeó el conductor al tiempo que giraba la cabeza para encontrarse con su mirada.

—Como si tú y yo fuéramos unos funcionarios afortunados que trabajan de lunes a viernes —contestó Clara con un resoplido final.

Alberto volvió a reír, y ella no pudo evitar dejarse llevar por la satisfacción de verlo de tan buen humor y pensar que era feliz gracias a su compañía.

—Precisamente, Clara. El hecho de trabajar muchos sábados me hace valorar lo afortunado que soy en este momento —afirmó con un tono alegre que se fue enronqueciendo conforme avanzaba la frase, y su corazón captó al vuelo la segunda intención y comenzó a botar en su pecho sin control.

Lo miraba desde su asiento mientras él, absorto en la conducción, concentraba su atención en la carretera. Todavía no podía creer lo que le estaba sucediendo. ¡Estaban juntos! Todo un fin de semana para disfrutar de su conversación; de sus encantadores ojos color de mar; de su risa y de su peculiar tono de voz, grave y a la vez dulce y pausado. No pedía más, solo gozar de su compañía durante cuarenta y ocho horas seguidas.

Pronto llegaron a un cruce y cambiaron de vía, por la que circularon al menos

durante media hora. Un segundo cruce los llevó a una carretera secundaria con un asfalto excelente, pero con peligrosas curvas que los obligó a aminorar la marcha. Por último, Clara indicó al conductor girar a la izquierda, tomando así un camino de gravilla. El vehículo, diseñado para circular por ese tipo de terrenos, apenas se resintió y, tras varios kilómetros de vía pecuaria, llegaron a su destino. Ya le resultó extraño que la tía Juana no saliera a recibirlos al escuchar el potente motor rugir en su puerta y comenzó a presentir que algo no iba bien.

Ambos bajaron y entraron en el patio vallado, lo cruzaron hasta llegar a la puerta de la casa y Clara asomó la cabeza por el postigo para ver si se encontraba dentro.

—¿Tía? —llamó con voz firme al no hallarla en el comedor—. Espera un momento fuera, Alberto. Voy a ver si la encuentro.

Entró en la cocina y allí la halló, sentada en una silla, con la cara escondida en la tela blanca de su delantal y sollozando. Al percatarse de su presencia, se levantó de golpe, se secó las lágrimas con el antebrazo e hizo un esfuerzo por sonreír.

—¡Clara! No sabía que venías hoy.

—Se me olvidó llamarte. —Miró los ojos enrojecidos de su tía y preguntó—: ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás llorando?

La tía Juana la miró y no pudo hacer nada por reprimir las lágrimas.

—¡Las vacas, Clara! Se llevan las vacas... —fue lo único que consiguió decir.

Abrazó a su tía y la dejó desahogarse, en silencio, en su hombro. Alberto no había osado traspasar el dintel y ella agradeció que respetara el momento de intimidad familiar.

—Vamos, tita; seguro que no es para tanto.

—Nos han dicho que se las llevan porque dan más pérdida que ganancia. Después seguirán los cerdos, y luego nosotros —aseguró Juana entre sollozos—. Y yo no sé dónde ir como nos echen de aquí, de nuestra casa.

—¿Fuisteis al banco? —preguntó.

La mujer volvió a dejar de llorar y le explicó en pocas palabras lo que les habían dicho. Habían salido del banco con la misma incertidumbre con la que

entraron.

—Pero si no lo intentáis, nunca lo sabréis. ¿Le habéis preguntado a don Ernesto cuánto pide por la finca?

—Tu tío estuvo hablando con él. Nos dijo que, de momento, no quería vender, que no nos asustáramos, pero que si la cosa se ponía fea, sería con los primeros con los que negociaría.

—¿Ves, tonta? Si todo va a salir bien, ya lo verás —aseguró Clara, y después cambió de tema—. Anda, alegre esa cara, que te traigo huéspedes —bromeó con una luminosa sonrisa que tuvo el poder de contagiar de felicidad a su apenada tía.

—¿Lo has traído? ¿Y a qué esperas para hacerlo pasar? Estoy deseando conocerlo —azuzó impaciente.

En ese mismo momento, Alberto abrió la puerta y entró en la casa con una cálida sonrisa.

—Buenos días, señora —saludó con tanta formalidad y corrección que a la tía Juana le arrancó una carcajada.

—¡Vaya! Así que usted es el amigo de Clara.

—Por Dios, no me llame de usted, que soy muy joven —rogó el invitado acercándose a ella para saludarla con dos besos.

—Tía, este es Alberto, el cirujano pediátrico del que te hablé —le explicó, aprovechando para presumir de su amigo.

—¡Vaya! Salvarás la vida a muchos niños —observó Juana un tanto intimidada ante su presencia.

—A menos de los que me gustaría —se lamentó Alberto, modesto.

La puerta de entrada se abrió de golpe y apareció Miguel malhumorado, aunque su expresión se suavizó cuando encontró a su sobrina acompañada. Esta hizo las presentaciones pertinentes y enseguida los dos hombres comenzaron a conversar sobre ganado. Alberto, al enterarse de que estaban embarcando reses, le ofreció su ayuda.

—¿Quién iba a pensar que un médico iba a entender tanto de vacas? —dijo Miguel con sorpresa.

—Alberto tiene un primo en Salamanca que es mayoral de toros bravos —les informó ilusionada.

—Pues si estás acostumbrado a embarcar toros bravos, las vacas para ti son pan comido —dijo Miguel.

Los cuatro salieron de la casa y entraron en el coche de Alberto, no sin antes coger la llave de la casita. Llegaron hasta la pequeña casa, donde se encontraba un camión, aparcado y debidamente calzado, en el embarcadero de ganado. El mugido de los asustados animales se escuchaba tras las paredes de los corrales.

—Clara, me has traído al paraíso —aseguró Alberto aspirando el aire puro en el que flotaba el olor característico de los animales.

—Lo que me extraña es que no estudiaras Veterinaria —observó ella.

—Creo que sabes muy bien por qué elegí mi profesión.

Asintió. Por supuesto que lo sabía.

—Anda, dame las llaves del coche para que saque las cosas y vete con mi tío. Yo me quedaré de ama de casa con mi tía.

—¿Vas a ser mi ama de casa por un día? —bromeó Alberto.

No obstante, en sus ojos, Clara leyó un mensaje que solo su corazón supo entender, pues dio saltos en el pecho como loco mientras su mente confusa no sabía qué pensar.

—Solo por un día, guapo, así que no te hagas demasiadas ilusiones —bromeó—. *Carpe diem*, como dirían los romanos.

Alberto se despidió con una risotada y siguió a Miguel.

Ellas aprovecharon el tiempo para barrer, limpiar el polvo y fregar, colocar el equipaje en su sitio y preparar unas sardinas para asarlas acompañadas de gazpacho. Los dos hombres llegaron a las once y media, tomaron un café con una tostada de aceite y volvieron al trabajo. Clara y Juana, una vez terminada su tarea, se sumaron al careo del ganado. Ella no podía salir de su asombro al comprobar lo poco fatigado que se encontraba su compañero. Se suponía que tenía una afección cardíaca, ¿cómo era capaz de soportar semejante ritmo de trabajo? Algo empezaba a no cuadrar.

—Madre mía, Clara. ¿Y dices que tu amigo está mal del corazón? —preguntó, de forma retórica, Miguel—. Pues corre detrás de las vacas más rápido

que los mastines.

Alberto abrió la boca para decir algo, pero miró a Clara y, por una razón que ella no supo discernir en aquel momento, prefirió callar y soltar una carcajada.

Cuando, a las tres de la tarde, el camión arrancó con su valiosa carga, Miguel se dispuso a asar las sardinas y Juana se ocupó de poner la mesa.

Se sentaron después de que Alberto sacara de su neceser una ristra de pastillas de varios tamaños y colores, para dar buena cuenta de la comida que les esperaba. Las sardinas, el gazpacho, el queso, el pan y una enorme sandía, de piel rayada de sabor dulce y textura dura y jugosa, fueron desapareciendo de la mesa.

—Mira, Juana, ya no soy el único que se pone las pastillas en fila —observó Miguel con el puntillo de guasa que le daba la copita de vino que acababa de apurar—. Yo me tomo la del azúcar, el Sintrom, estas tres para la digestión y el vinito para empujarlas todas.

Una carcajada colectiva precedió a las palabras del invitado, cuya voz sonó con cierto temblor:

—Yo tengo muy bien la tensión, gracias a Dios, pero me temo que no puedo prescindir de mi Dacortín —dijo antes de introducirla en la boca y engullirla con un sorbo de agua—, mi Cellcept —prosiguió mientras le enviaba un lenguaje a Clara tan cifrado que ni ella fue capaz de resolver—, y mi Certican.

—Hija, pues tú te habrás enterado de lo que ha dicho, porque lo que soy yo... —se lamentó Miguel antes de partir otra tajada de sandía.

—Salvo lo del Dacortín, que imagino que será porque tiene una alergia de caballo, yo tampoco sé qué narices se está metiendo para el cuerpo, tío —confesó ella con una sonrisa divertida—. Pero ya leeré el prospecto, no sea que se nos esté colocando, aprovechando que está en el campo, y acabe por bailar desnudo a la luz de la luna.

Una carcajada general se ocupó de zanjar, de momento, el tema de la misteriosa medicación del cirujano.

Después de tomar un café, Miguel y Juana buscaron una excusa peregrina para regresar a su casa y dejarlos a solas.

—Bueno, nosotros nos vamos a echar una siestecita —insinuó Miguel,

achispado por el vino, mientras miraba con picardía a Alberto y achuchaba a su mujer—. Y mejor os dejamos por si vosotros os queréis acostar también.

Clara sintió los colores acudir a sus mejillas, miró a la tía Juana y ambas se echaron a reír. Alberto enmudeció, y eso les provocó a ellas más risas aún.

—Anda, vámonos, que en el fondo sé que quieren tener su siestecita, Juani.

Alberto miró a Clara y, por fin, se echó a reír con los demás.

—Creo que después de la paliza con las vacas no vendrá mal echarse un ratito —secundó la broma al tiempo que la atacaba con una mirada tan ardiente como burlona. Ella sintió por un momento que el corazón se le salía por la boca.

Una vez solos y lejos de comentarios maliciosos, Clara recuperó la serenidad y decidió que había llegado el momento de llevarlo hasta su rincón mágico.

—Si no estás muy cansado, me gustaría enseñarte un lugar que te gustará —sugirió mientras ella fregaba los platos y él los enjuagaba.

—Estoy cansado, pero quiero que me enseñes ese lugar.

—Pues vamos a aligerar con esto, que el cielo se está poniendo feo y no me gustaría que me cayera encima esa nube que se acerca.

Se apresuraron con la loza, salieron al exterior y Clara echó a andar hasta llegar a un paraje rodeado de jaras, donde su cascada favorita vertía en una laguna pequeña y profunda. El viento jugaba con sus cabellos, y eso provocó que los ojos color de mar se quedaran mirándola extasiados. Cerró los suyos para sentir la caricia de la brisa cálida en su rostro y así escapar de aquella mirada que despertaba a esa bestia que le mordía por dentro las entrañas. Y una vez serena, abrió los ojos de nuevo, se sentó en una de las piedras junto al agua, donde ella misma solía hacerlo en sus momentos de meditación, y lo invitó a que hiciera lo mismo con un gesto de su mano. Él obedeció de inmediato.

—Cierra los ojos y déjate llevar por el ruido de la cascada. Ella te dirá al oído lo que quieras saber. Aquí he llegado siempre al fondo de mis dudas más profundas.

—¿En serio funciona?

—A mí sí. Prueba y verás —insistió a la vez que cerraba los párpados.

—Sí, Clara, pero antes tengo que decirte algo...

—Sshh... Ten calma. Relájate y luego me lo cuentas.

Abrió los ojos de forma imperceptible y lo observó cerrar los suyos y llenar sus pulmones para luego exhalar el aire con lentitud. Permaneció sentado y en silencio durante tanto tiempo que ella comenzó a preguntarse qué dudas tan hondas podría tener para seguir en ese estado. ¿Tendría algo que ver con eso que tanto insistía en contarle? ¿Tal vez pensaba en su cercanía? ¿Se sentiría a su lado de la misma forma que ella? Había estado a punto, en varias ocasiones, de contarle sus propios secretos, de dejar al descubierto sus sentimientos, y el miedo a perder al amigo la obligó a renunciar al amor. ¿Le ocurría a él lo mismo? ¿Era ese el mensaje que le gritaban sus ojos cada vez que se clavaban en el fondo de sus pupilas? ¿Cómo podría salir de aquel callejón sin salida? Optó por perderse también en el murmullo del agua, que le susurró la respuesta de nuevo: «Sé tú misma, déjate llevar por tus impulsos, escucha a tu corazón», parecía murmurar.

Abrió los ojos al mismo tiempo que él y se encontraron frente a frente. Alberto no dijo nada, pero sus ojos turquesa le hablaron con la misma claridad que el agua. Sus respiraciones se habían sincronizado, sus ojos no captaban ya el hermoso paraje que los rodeaba. Las manos de él buscaron las suyas y ella se las entregó mientras un suspiro inconsciente escapaba de su boca.

—Tengo que contarte algo antes de cruzar el abismo que me separa de ti — confesó con la voz temblorosa y el reflejo del cristal en su mirada.

—¿Dónde está ese abismo? —replicó asustada, pero no por ello se alejó ni un milímetro ni se liberó de sus manos—. Estoy aquí, contigo.

Las dichosas marcas comerciales que llevaban dando vueltas desde la comida encontraron el hueco de su memoria donde su cerebro las había almacenado en alguna clase en la facultad, alguna lectura, ponencia o sabía Dios, y un escalofrío la sacudió de arriba abajo mientras rogaba que su sospecha no fuera cierta, que su memoria le estuviera fallando.

—Cellcept, Certican... ¿Eso es lo que te separa de mí?

—¿Sabes qué son? —inquirió con la misma voz titubeante que delataba su pánico.

Unas finas gotas de agua precedieron a la tormenta que llegó en cuestión de

segundos para empaparlos antes de que les diera tiempo a reaccionar.

—¡Maldita sea, Alberto! ¿Tú qué crees? —chilló, esta vez, escapando de las manos que la retenían—. Me ha costado. Pero sé sumar dos y dos: sé que un hombre con una cardiopatía congénita no tiene esa resistencia, sé que tomas inmunosupresores y sé que, si no echas a correr ahora mismo y te refugias en casa, vas a coger una neumonía con la que tu cuerpo no podrá luchar y te irás al otro barrio en menos que canta un gallo. ¡Así que corre ya, joder!

Los dos se levantaron, Clara se desprendió de la chaqueta de hilo que llevaba y se la dio a Alberto con la absurda idea de evitar que se mojara más de lo que ya lo estaba. Él intentó protestar, pero una simple mirada lo hizo desistir y se cubrió con ella la cabeza.

Al llegar a cubierto, se encontraban totalmente empapados; la ropa chorreaba agua y se fueron formando microcharcos que marcaron la senda hasta la chimenea.

—Quítate esa ropa inmediatamente —ordenó ella con un tono tajante que no tuvo la fuerza necesaria para que él la obedeciera.

—¿Hablas en serio?

Clara cabeceó, ladeó el cuello y le respondió con una sonrisa socarrona:

—Soy médico.

—¡No me digas! —se burló él—. ¿Y ve usted muchos hombres desnudos, señora ginecóloga?

—Me tomaré eso como un «no pienso quitarme la ropa delante de usted, doctora Baena».

Se agachó para avivar el fuego y añadir leña a las brasas incandescentes. Al incorporarse, se encontró de nuevo con esa mirada burlona y no le quedó más remedio que tomar cartas en el asunto.

—Muy bien. Entonces lo haré yo —sentenció y, con una decisión que no dio margen de maniobra a su contrincante, llevó las manos hasta su pecho y comenzó a desabrochar su camisa.

Alberto, rendido, agachó la cabeza antes de murmurar:

—Lo siento, Clara...

—¿Qué es lo que sientes?

—No haberte contado antes... —susurró antes de encogerse de forma instintiva para protegerse el pecho. Ella ignoró su gesto y siguió desabrochando botones hasta desprenderlo de la húmeda prenda, y se quedó presa de las sensaciones contradictorias que le producían el calor de su piel y la visión de aquella grotesca cicatriz que partía su tórax en dos. Puede que le quedara aún mucha medicina que aprender, muchas técnicas quirúrgicas, pero a día de hoy era capaz de diferenciar entre la herida de guerra de un niño que tuvo que ser intervenido al poco de nacer y la cicatriz de una operación relativamente reciente. Si le quedaba alguna duda respecto a los motivos por los que tomaba inmunosupresores, acababan de disiparse.

—¿Cuándo...? —gimió con la voz retenida en el nudo de su garganta.

—Hace poco más de cuatro años. —Sucumbió, cabizbajo—. Siento no haber tenido el valor de decírtelo antes. —El reflejo cristalino en sus ojos y el vaivén de sus pupilas le trasmitían su miedo—. Solo espero que aún no sea tarde.

No necesitaba más palabras para comprender ni más minutos para saber la respuesta. Se acercó más a él y recorrió con la punta de sus dedos la horrenda marca que le partía el alma en dos, antes de sentir las lágrimas resbalando de sus ojos. Se armó de valor y alzó la frente hasta fundirse con su mirada. La voz apenas le obedecía cuando, tras un gran esfuerzo, escapó temblorosa de sus labios:

—Claro que es tarde, Alberto. Ya es tarde para todo.

Pocas palabras para grandes entendedores. Tarde para sacarlo de su mente. Tarde para tratarlo como a un simple amigo. Tarde para escapar del amor que la embriagaba y del que ya no podía huir. Las manos del hombre al que tanto amaba jugueteaban con su largo cabello mojado y acariciaban su rostro con ternura, ella suspiró, ahogada por el calor que le producía tan dulce caricia, y entornó los ojos. Sus manos le quemaban, su piel bajo los dedos le ardía; y ese corazón, que alguien habría entregado en un acto de generosidad inmensa para salvarle la vida, latía por ella con fuerza en su pecho.

Las gotas de lluvia repiqueteaban en el tejado, el cielo se iluminó para luego crujir en un estruendo ensordecedor. Clara se asustó, dio un respingo y quedó

pegada a él, y él la envolvió en sus brazos. Sentía su respiración agitada, sus ojos de fuego mirándola tan de cerca que podían quemarla.

No fue él, tampoco ella; fue una sincronización perfecta de sus dos almas lo que provocó su reacción. Sus labios se rozaron un instante para desencadenar la explosión, y la consciencia dejó de existir. Se devoraron mutuamente, ahogados en su propia desesperación, en silencio, sin palabras, sin otro lenguaje que no fueran sus respiraciones agitadas, los suspiros, el lenguaje de sus manos que, con lentitud, los fueron despojando de la ropa húmeda que aún les quedaba en el cuerpo y que cayó al suelo junto al calor de la chimenea. La piel nacarada de Clara y la dura y oscura de Alberto se fundieron como cobre y estaño para apoyar en un instante sus palabras. Sí, ya era tarde.

Él la cogió en brazos sin parar de besarla y la tumbó con suma delicadeza en la vieja cama de forja, Clara se dejó hacer, sin voluntad, con la piel ardiendo allá por donde sus manos, sus labios, su lengua la arrasaban. Su boca se abrió de nuevo para recibir su aliento, sus locas palabras de pasión que la hicieron enloquecer.

—¿Qué has hecho conmigo, doctora Baena? ¿Qué me has hecho que ya no puedo vivir, pensar ni respirar si no te tengo cerca? —susurró con tanta devoción que cada célula de su ser se estremeció al escuchar su voz.

No pudo contestar, solo pudo besarlo, acariciarlo, amarlo con cada milímetro de su alma desfallecida de amor. Aprovechó un momento de debilidad y lo obligó a tumbarse sobre su espalda mientras lo apresaba en la dulce cárcel de sus muslos. Sus manos recorrieron una vez más el camino que el bisturí de otro cirujano trazara cuatro años atrás, el pecho masculino se agitó con la caricia y sus pulmones exhalaban un suspiro que ella recogió con sus labios. Luego, su boca repitió el recorrido con un sendero de besos hasta que su agitación y el movimiento involuntario de sus caderas le suplicaron que acabara ya con su ansia. Ella lo miró con los ojos muy abiertos y brillantes pupilas que delataban el deseo de sentirlo en lo más profundo de sus entrañas. Y, como una experta amazona, lo cabalgó con ímpetu, sintiendo que la rebelde montura aumentaba la cadencia, y se perdió con él para exprimir cada gota de la esencia de su alma, que acabó derramada en lo más profundo de sí misma.

Se dejó caer junto a él en la blandura del colchón de lana, exhausta, y él cubrió su rostro de besos y secó con sus labios el reguero de sus lágrimas que recorrían sus acaloradas mejillas. Ocurrió en aquel preciso instante, en el silencio de la tarde, tímido, casi inaudible, tanto que pasaría los siguientes meses preguntándose si había sido real o producto de su imaginación que tanto deseaba escuchar esas palabras.

—No llores, mi amor... —susurró en su oído antes de volver a besar sus mejillas, sus párpados cerrados, su cálida frente—. Jamás dejaré que esa dama oscura me separe de ti.

Esas palabras no hicieron más que convertir sus lágrimas silenciosas en un llanto convulsivo que él ahogó contra su pecho. Cuánto hubiera deseado creerlo y, por un momento, deseó no saber tanto sobre medicina, sobre la esperanza de vida de las personas trasplantadas de corazón, para poder soñar con envejecer junto a él. ¿Cuánto tiempo le quedaría de felicidad si seguía los impulsos de su alma y se perdía en ese amor desesperado? ¿Quince años? ¿Veinte? Él cumpliría los cincuenta y cinco, tal vez, con mucha suerte, y ella enviudaría por segunda vez con apenas medio siglo de vida. Esa era su realidad. Pero ¿tenía elección? Ya no. Como había dicho tan solo una hora antes, ya era tarde: para arrancarlo de su alma, para la indiferencia, para elegir si amarlo o no.

Se deshizo del abrazo para incorporarse y limpiarse las lágrimas de un manotazo.

—Cuéntame todo —exigió, decidida a aceptar su pasado tanto como acababa de aceptar su futuro.

Alberto se sentó en la cama, junto a ella, y la miró con una tristeza insondable en la mirada.

—Hablar de mi trasplante me trae muy malos recuerdos, pero te lo debo. A partir de ahora se acabaron los secretos.

Clara asintió, hipó una vez más y, como si pretendiera consolarse a sí misma más que a él, confesó:

—Hay que reconocer que tuviste mucha suerte —observó, volviendo a acariciar la cicatriz—. No todo el mundo sobrevive a una lista de espera por una afección cardíaca.

—Un alma noble y solidaria como la de tu marido y la tuya hizo posible el milagro —contestó con voz ronca.

Se había concentrado tanto en su egoísmo, en la preocupación por perderlo demasiado joven que hasta ese instante no cobró lógica la admiración, la adoración que él le profesaba por el acto altruista de haber permitido profanar el cuerpo de su marido para salvar la vida de otras personas.

—Dime cómo fue la espera —rogó apoyando, por fin, la cabeza en su pecho para escuchar el perfecto latir de su nuevo corazón.

—Pensaba hacerlo aunque no me lo pidieras —declaró acariciando sus cabellos aún húmedos—. Ahora que miro hacia atrás, me doy cuenta de lo duro que fue todo. Estuve un mes al borde de la muerte —confesó, y consiguió que el vello se le erizase. Lo abrazó fuerte, como si no hacerlo significara perderlo de nuevo—. Los últimos siete u ocho días los pasé en la UCI, enganchado a una máquina y con una mascarilla de oxígeno. —Hizo una pausa y prosiguió—. ¿Recuerdas a esa mujer de la que te hablé?

Clara asintió antes de responder:

—Tu... ¿novia?

—Podemos llamarla así, aunque casi podía haberse considerado como prometida —declaró con ese halo de tristeza que a ella tanto la horrorizaba—. Ya teníamos fecha para la boda. —Clara lo incitó con un gesto a que prosiguiera, y él la complació, no sin esfuerzo, pero consideraba más importante abrirse a ella que seguir guardando en un rincón olvidado de su alma tan tristes recuerdos—. Ella, la persona más importante para mí, no dio señales de vida en los últimos quince días, y yo quería morir. Cuando más la necesitaba, ella no estaba conmigo. —No soportó escucharlo más y lo silenció con un beso largo, salado y lleno de ternura.

—Dios mío, Alberto... Y yo pensé que estaba mal hace cuatro años.

—¿También fue hace cuatro años? —inquirió sorprendido—. Está claro que el destino nos tenía preparado el camino. Dos personas que se encuentran tras un largo sufrimiento y...

Dejó las palabras en el aire, y Clara las completó:

—... y uno llena el hueco en el alma del otro —dijo notablemente

emocionada—. Somos dos piezas de un mismo puzle.

—Yo no estoy tan seguro —rebatí agitando la cabeza a ambos lados—. No debí entrar en tu vida para complicártela de nuevo. Cualquier otro hombre... Cualquier hombre con la garantía de llegar a viejo habría sido mejor que yo.

Clara soltó una risa burlesca y tiró sus argumentos por tierra:

—¿Quién tiene la garantía de llegar a viejo? ¿Ángel la tenía? Un hombre sano que, si aquel fatídico día no hubiera tenido la genial idea de ir al centro comercial a comprarme un detallito para nuestro primer aniversario, aún seguiría vivo. Pero no, tenía que salvarle la vida a dos pobres diablos dializados, a un alcohólico con cirrosis y a cualquier niño enfermizo que hubiera pasado media vida entre hospitales y al que, al llegar a adulto, el corazón le hubiera pedido la cuenta y se hubiera despedido; un hombre o una mujer por quien nadie daría un duro y que ahora estará vivo o viva en algún lugar del globo; y Ángel, un joven de menos de treinta años que rebosaba salud, lleva cuatro años a dos metros bajo tierra.

Un incómodo silencio se interpuso entre los dos. Clara se levantó de la cama y dirigió sus pasos hacia el comedor con la vista perdida en el suelo. No podía creer que aquellas barbaridades acabaran de escapar de sus labios delante, precisamente, de él. ¿Por qué su lengua se había envenenado con esas palabras que ni siquiera sentía? ¿Por rencor? ¿Tal vez por la rabia y la impotencia que le había provocado el saber que podía perder de nuevo al amor? ¿Por qué la vida era tan cruel con ella? ¿Y por qué ella era tan cruel con aquel hombre que le había regalado una efímera felicidad entre sus brazos? ¿Esa era la forma que tenía de demostrarle cuánto lo amaba? ¿Echándole en cara que personas como él siguieran vivas y que su marido hubiera muerto para salvarlos?

Unos pasos silenciados por los pies descalzos de Alberto se acercaron a ella y necesitó volver a llorar cuando se sintió abrazada por él. No lo merecía. No merecía su felicidad ni su amor incondicional.

—Clara, te juro que si en este momento bajase a la tierra un ser divino y me propusiera cambiarme por tu marido, yo entregaría encantado mi vida por verte feliz —confesó con voz ronca.

Negó con la cabeza y se escondió en su pecho, avergonzada.

—No sé si ahora quisiera cambiarte por él —musitó entre sollozos, y él aumentó la presión de su abrazo. Alzó la frente con valentía hasta encontrarse con sus ojos y prosiguió—: Por favor, perdóname... Tengo tanto miedo de sufrir otra vez que ya no sé lo que digo.

—No tengo nada que perdonarte. He entendido qué querías decir.

—Sí, y en eso me reafirmo. Nadie sabe cuándo le llegará la hora. ¿Quién no dice que la medicina avanzará hasta...? No sé. Lo mismo, de aquí a nada, se fabrican corazones de repuesto como quien compra un inyector o una batería. ¿Y esos ensayos de regeneración con células madre? ¿Quién dice que no estarán disponibles para cuando tu corazón esté hecho una piltrafa?

—O mis riñones —la corrigió Alberto—. Me temo que la medicación los deteriora bastante también. Claro que para eso existe la diálisis, y sé de gente que vive años y años con ella.

—Pero tu corazón durará...

Él se encogió de hombros.

—Lo que dure, Clara. Creo que el récord está en veintiocho años, pero los récords están para batirlos —bromeó.

—Y son mujeres las que tienen esa supervivencia —le recordó, contrariada—. Los hombres más longevos apenas llegan a los quince.

—De momento —rebatía Alberto, insistente—. Tengo once años para beneficiarme de los avances de la medicina.

Clara al fin se convenció, sonrió y se dejó secar por enésima vez las lágrimas por sus labios.

—Sígueme contando, por favor —rogó antes de volver a besarlo ligeramente—. Quiero saber más sobre los últimos días con tu corazón de ventrículo único.

Alberto asintió, se sentó en uno de los sofás orejeros, invitando a que ella lo hiciera en sus rodillas y, una vez que la tuvo cerca de nuevo, continuó narrando su odisea.

—Fueron días duros, de una agonía que no llegó a acabar en una muerte real gracias a un milagro. O mejor dicho: gracias a la solidaridad de las personas —puntualizó con semblante serio—. Mientras estuve en la UCI, mi madre estuvo a mi lado todo el tiempo que le permitieron las normas del hospital. Mi padre me

miraba a través de los cristales intentando no llorar, pero yo sabía que lo hacía cuando yo no lo veía, porque sus ojos siempre estaban rojos cuando venía a verme.

»Puedo corroborar que es totalmente cierto eso que dicen de que la esperanza es lo último que se pierde. Había pasado el último mes despertando de madrugada porque soñaba que sonaba el teléfono para anunciarme que acababa de aparecer mi donante ideal. Lo había escuchado en muchas ocasiones, lo había visto en mis propios pacientes, pero tras todo ese tiempo en el top de la lista, eso último que se pierde se esfumó en el momento en que fui consciente de que los pulmones no me eran suficientes para abastecer mi cuerpo de oxígeno. Después de varios días en la UCI, con las uñas azuladas y la piel cerúlea, lo único que esperas ya es que todo acabe cuanto antes para dejar de sufrir. A veces es un fastidio ser médico, ¿sabes? —Se atrevió a frivolar—. Aunque tampoco había que ser un experto, porque por más que respirase, nunca era suficiente, siempre esa sensación de ahogo, esa mascarilla que no conseguía subir la saturación lo suficiente para que mi cuerpo aguantase hasta que apareciera un donante.

»Los últimos días me tuvieron en ayunas. Yo pasaba las horas esperando que alguien se atreviera a profanar el cuerpo de su ser más querido para salvarme a mí la vida —se lamentó—. Y cuando creí que ya no lo contaría, vinieron a por mí dos enfermeras y un celador y me prepararon para la intervención. Los últimos recuerdos los tengo borrosos. No me acuerdo de cuándo entré en quirófano, ni del anestesista, ni del equipo médico que me atendió, y eso que este corazón que llevo aquí dentro me lo colocó quien fuera mi adjunto según supe después; solo recuerdo cuando abrí los ojos y encontré a mi madre, sonriéndome, sentada en una silla. El pecho me dolía, el alma entera me dolía, pero mi piel había dejado de ser azul y el aire que entraba en mis pulmones no me asfixiaba.

Clara se apretó más contra él al ser consciente de lo cerca que había estado de no haberlo conocido nunca y se sintió estúpida por una preocupación tan tonta como la esperanza de vida. Total, ya había aprendido en carne propia que esa era una cifra estadística abstracta que no tenía por qué coincidir con la realidad.

—Después, luché contra mi propio cuerpo en un intento por que aceptara al

intruso y, tras cuatro años de lucha, aquí sigo cada día con mis dichas pastillas, con una dosis infinitamente inferior a la de los primeros meses, pero sin poder dejarlas —se lamentó.

—Me gustaría tanto encontrar a quien te dio el corazón de su persona más querida para traerte hasta mí... —confesó Clara volviendo a dejar libres las lágrimas de sus ojos—. Le daría las gracias por hacerme feliz otra vez.

Él aumentó la presión del abrazo y besó su frente con una mezcla de ternura y pasión. Luego, el semblante le cambió y el miedo se reflejó con toda claridad en él.

—Prométeme que siempre podré contar contigo, Clara; que tú no me dejarás olvidado cuando más te necesite.

Volvió a perderse en sus ojos claros, que parecían más luminosos por el reflejo de las lágrimas retenidas, y pudo notar el temblor de su propia boca instantes antes de fundirse con la de él en un beso largo, pausado y apasionado que le dio la respuesta y el consuelo que necesitaba.

—Jamás te dejaré solo, Alberto —afirmó con voz entrecortada—. No sé qué somos ahora exactamente, no sé qué seremos en un futuro, pero sí sé que por nada del mundo te dejaré tirado. Siempre, pase lo que pase, me tendrás a tu lado para lo que necesites —aseguró con una convicción que no dejó lugar a dudas.

Él no dijo nada, solo la abrazó más fuerte y le devolvió el beso, y ese beso los condujo por segunda vez al dormitorio, a un nuevo momento de entrega, de pasión ya calmada. Sus cuerpos volvieron a susurrar el lenguaje de las caricias, a darse por completo el uno al otro mientras el manto del crepúsculo los envolvía.

Clara, exhausta y feliz, se quedó dormida con la cabeza apoyada en el pecho mutilado del hombre que había conseguido devolverla a la vida.

La noche caía. La tormenta se había alejado definitivamente. La luna llena se filtraba entre las viejas cortinas blancas iluminando de manera tenue la habitación. Los ojos de Alberto brillaban con intensidad y un caudal de lágrimas desembocaba en el cabello rubio de la mujer que dormía sobre él. En su rostro se dibujaba una sonrisa.

Capítulo X

La mañana amaneció fría, como sus almas. Clara se había despertado primero y había corrido al comedor para preparar el desayuno, como si escapar del lecho fuera perentorio en cuanto abrió los ojos. Alberto no tardó en aparecer, justo cuando se llenaba su taza; no sabía decir si sería por sentirse solo en la cama o si lo había despertado el olor del café.

—Buenos días —saludó sin mirarlo apenas—. ¿Quieres? —preguntó ofreciendo su propia taza.

Él asintió y alargó el brazo para cogerla. Clara sacó las tostadas de la parrilla que reposaba sobre el hogar, las colocó en un plato sobre la mesa, se sirvió de nuevo café y se sentó frente a él. Desayunaron casi en silencio, como si, por primera vez en su relación, no supieran de qué hablar; como si la luz del nuevo día hubiera borrado toda huella de lo ocurrido la tarde anterior. Clara lo miró y pudo hallar el fuego en lo más hondo de sus pupilas; sin embargo, el hombre que tenía a su lado se comportaba de manera fría, distante.

La tarde anterior lo había sentido suyo, le había susurrado al oído palabras de amor, de aquellas que se graban en el fondo del alma y ya no pueden borrarse. ¿Por qué no le había dado ni siquiera un beso de buenos días? A decir verdad, ella tampoco le había dado la ocasión de hacerlo, atareada como estaba con el desayuno, y para colmo lo había dejado solo en la cama sin esperar a que despertara para levantarse juntos. Fue cuando cayó en la cuenta de que le estaba sucediendo lo mismo; como si, mientras dormían, una energía ajena hubiera erigido un muro entre los dos. ¿Sería miedo? ¿Se habrían equivocado dando aquel paso? ¿Corría peligro su excelente amistad, su felicidad?

Así que se trataba de eso. Se habían jugado mucho junto a la chimenea, sobre el viejo colchón de lana. ¿Por qué? ¿Por un momento de lujuria? ¿En realidad él la amaba? Salvo aquellas palabras fruto de un momento de locura, no había tenido indicios de que él sintiera lo mismo, o eso le era más cómodo pensar, como decirse que el miedo era debido a haber puesto en juego su sana amistad.

Se dijo que la necesitaba, eso ya lo sabía mucho antes de cruzar al otro lado, pero ¿la amaría con la misma intensidad que ella lo amaba a él? ¿Y cómo lo amaba ella? Tenía treinta años y hacía más de cuatro que un hombre no compartía su cama. No quiso pensar más. No quería volver a pasar por eso. No volvería a ver morir al amor de su vida en la cama de un hospital. No lo amaba. Nunca lo había amado. Lo quería como el buen amigo que era y, en un momento de locura transitoria, se había dejado llevar por la necesidad de la carne. Su cuerpo fue débil y se perdió en el deseo irrefrenable al que, sin explicarse la razón, la conducían aquellos ojos misteriosos. ¿Qué escondía el fondo de sus pupilas que conseguía atraparla y hacerle perder el control?

Sacudió la cabeza y se convenció de que desvariaba, que era indiscutible la atracción que sentían el uno por el otro y los fuertes lazos de amistad que los unían. Pero no necesariamente debía llamarse amor a esa combinación de sentimientos. El amor era... ¡Narices! Era cualquier cosa menos eso, porque ella no podía amar a un hombre condenado a una supervivencia efímera.

Recogieron su equipaje, ordenaron y limpiaron la casa, y subieron al vehículo hasta llegar al cortijo de Juana y Miguel. Allí comieron y siguieron el viaje hasta la ciudad. Volvieron al caos, a los semáforos, al atasco de los domingos.

Charlaban amigablemente, aunque sin profundizar en temas importantes. Ninguno se atrevió a nombrar lo ocurrido, como si el sueño nocturno les hubiera provocado una especie de amnesia. Clara solo tenía un objetivo en la cabeza: olvidar a toda costa, al precio que fuera; sacar de su corazón ese sentimiento que la hería profundamente.

Llegaron hasta su casa y, esta vez, ella lo dejó cargar con todo lo que quiso, y se disponía a dejarlo marchar cuando todos los estúpidos argumentos levantados esa mañana como un castillo de naipes se le cayeron encima.

—¡Alberto! —lo detuvo cuando se disponía a abrir la puerta para marcharse. Él se giró y sonrió.

—Dime, Clara —respondió volviendo a acercarse a ella, a mirarla con el fuego oculto agazapado en el fondo de sus pupilas.

Respiró hondo un par de veces con el propósito de que el nudo de su garganta la dejara emitir algún tipo de sonido al mismo tiempo que intentaba no derramar

las lágrimas que se agolpaban retenidas bajo sus párpados.

—Dime qué somos ahora.

La sonrisa en el rostro moreno que tenía frente a ella desapareció y sus ojos se hundieron en el suelo antes de decir con una voz forzada:

—No lo sé, Clara —confesó acercándose a ella para abrasar su alma con aquellos ojos claros de mirada profunda que volvieron a detenerse en los suyos—. Lo único que tengo claro es que lo último que quiero es hacerte daño.

Dio un respingo.

—No sabes el miedo que me provoca esa frase, porque sé que, digas lo que digas, me dolerá —protestó con voz temblorosa, contrariada—. Pero habla y no calles, por favor.

Alberto tomó aire y se miró las manos, perdido, antes de cerrarlas en un acto instintivo.

—Sé que piensas que ya es tarde, pero yo aún tengo la esperanza de que seas capaz de dejar morir ese pequeño sentimiento que acaba de nacer en ti.

Resopló. ¿Pequeño? No tenía ni idea de la fuerza con la que esa mirada, esa maravillosa sonrisa la habían cautivado; pero ahora que había probado el sabor de sus labios, las caricias de sus manos y el calor de su cuerpo, ¿cómo podía siquiera imaginar que podría olvidarlo así, por las buenas, como si ese fin de semana no hubiera existido? Lo había intentado a la desesperada esa misma mañana, cuando lo encontró al otro lado de la cama y tuvo la imperiosa necesidad de poner distancia de por medio; incluso se había dicho hasta la extenuación que eso no podía ser amor. Entonces, ¿qué era si no esa necesidad imperiosa de tenerlo cerca a cada momento?

—¿Tú podrás? —inquirió—. ¿Serás capaz de olvidar lo que ocurrió ayer como si jamás hubiera existido?

—Claro que podré, igual que tú —insistió—. Es más, si te soy sincero, no sé hasta qué punto nuestros sentimientos son verdaderos o producto de la necesidad fisiológica. Somos jóvenes, somos amigos, y ambos hace años que no teníamos una relación. Nos hemos dejado llevar por ese impulso primitivo y hemos pensado, por un momento, que estábamos enamorados. —Ella iba a protestar, pero Alberto prosiguió y no le dio lugar a la réplica—: Sé lo que me vas a decir

y no voy a negar lo evidente, Clara: te quiero y te necesito a mi lado, pero no creo que sea esa clase de amor. No puede ser esa clase de amor —remachó.

—No puede ser pero lo es, y tú lo sabes. Tus ojos me lo gritan, aunque tu boca me lo niegue.

Él desvió la mirada de nuevo a sus manos crispadas, negó enérgicamente con la cabeza. Ella quedó con la boca abierta, pasmada ante la incongruencia de sus palabras, que le cayeron como una jarra de agua helada.

—De acuerdo. Te daré el tiempo que necesites para darte cuenta de que lo que se graba a fuego es imposible de borrar —advirtió firme y decidida—. Y seguiremos siendo tan amigos como lo éramos antes de este fin de semana o nos dejaremos de ver tan a menudo, como tú decidas. Me haré a la cuenta de que no ha sucedido nada, de que ayer por la tarde me atravesó un rayo y estuve el resto del día alucinando. Pero sabes que no servirá de nada.

—Gracias.

—¿Por qué? ¿Por seguirte la corriente? No me cuesta nada —advirtió, orgullosa, al tiempo que se encogía de hombros.

—Es lo mejor para ti, Clara.

—¿Para mí? —repitió incrédula—. Tú no sabes qué es lo mejor para mí, pero si así lo crees y estás dispuesto a renunciar a todo lo que sientes por tu santa cabezonería, que así sea.

Alberto se acercó más a ella y le susurró un nuevo «gracias» al oído antes de que Clara lo agarrase de la nuca y le arrebatase el aliento de su boca, desesperada y, pese a sus evasivas, correspondida por un abrazo y un beso que se alargó en el tiempo hasta parecer infinito, como colofón a tan maravillosa y efímera historia de amor.

Cuando Alberto hubo desaparecido tras la puerta, rompió a llorar.

Capítulo XI

El día a día en el hospital había vuelto a ser el mismo, o así lo era en apariencia. Los desayunos en la cafetería se habían vuelto menos frecuentes, las cenas de las guardias que compartía con él también se habían reducido. Lo último tal vez no fuera a causa de un distanciamiento, sino más bien debido a que a Clara le correspondían menos desde la llegada del nuevo residente.

Alberto seguía siendo el mismo, sabía que ella era la causante del enfriamiento de su amistad, y más en ese momento tan confuso. Como ginecóloga casi lo adivinaba, como mujer lo intuía, pero necesitaba una confirmación oficial que le diera la certeza a su sospecha. Y de ser cierta, por Dios que la eterna duda de si lo que sentían era o no amor parecería una estupidez sin importancia al lado del problema que se le venía encima.

Aquella noche volvía a tener guardia con Vanesa después de varias semanas sin coincidir. Agradeció que fuera ella, pues lo que tenía que pedirle al médico de turno era demasiado personal como para habérselo confiado a cualquiera.

—Tienes que hacerme un favor enorme —comenzó a romper el hielo.

—Tú dirás, ¿quieres que te cambie una guardia para coincidir con Alberto?

Clara negó con la cabeza y, aprovechando que estaban solas en la consulta de urgencias, estiró el brazo hacia ella mostrando su cara interna y le pidió:

—Necesito que me mires la *beta*.

Vanesa dio un paso hacia atrás del susto y se quedó mirándola con ojos desorbitados.

—¿La beta-gonadotropina coriónica? —pronunció la palabreja íntegra como especie de desahogo ante su asombro y, de paso, para cerciorarse de que la había escuchado bien y le estaba hablando de la hormona del embarazo.

Ella se limitó a asentir.

—¡Clara! ¡Por Dios! No sabía que ya habíais llegado a ese extremo.

—Un momento de debilidad lo tiene cualquiera —dijo escupiendo las palabras—. Pero más te vale decirme que tengo un quiste en el ovario o algo

peor antes de decirme que la prueba te ha dado positiva.

—Clara... —susurró su amiga al verla estallar en sollozos—. ¿Qué os ha pasado?

Intentaba hablar, pero los continuos hipos no le permitían articular palabra. Respiró hondo varias veces hasta conseguir una calma relativa y se dispuso a explicar su situación:

—Vane, por tu madre. Si estoy embarazada, no sé qué me voy a encontrar ahí adentro.

—Pues un niño, o una niña, ¿qué quieres encontrar si no? ¿Un unicornio? — se burló la muy inocente, sin saber que Clara le hablaba de un problema tan real como dramático.

—A ver cómo te lo explico para que me entiendas: lo cierto es que el embarazo no debería ser probable; pero si lo hubiera, por lo que más quieras, a ver cómo eres capaz de hacerme una amniocentesis sin que se entere todo el hospital.

Vanesa meneó la cabeza, ocupó la silla del facultativo y la instó a que ella hiciera lo propio con la que le correspondía como paciente.

—Ya estás largando por esa boquita si quieres que me ponga a pedirte pruebecitas. Total, nada más y nada menos que una amniocentesis. Pero ¿de qué vas? ¿Te has acostado con el conde Drácula o eres la novia de Frankenstein?

Clara se levantó de la silla tal como se había sentado en ella, como si le quemara.

—Lo segundo más bien. ¡Maldita sea! ¡Me he acostado con un hombre que toma inmunosupresores! ¡Sabe Dios las mutaciones que habrán sufrido sus espermatozoides! ¿Quieres más razones o son suficientes?

En ese instante la que se levantó fue la ginecóloga. Los ojos desencajados gritaban su sorpresa a los cuatro vientos.

—¡No me jodas...! ¿Y qué le pasa? ¿Una enfermedad autoinmune?

—Nah, un corazón prestado. Una cosilla sin importancia —respondió masticando su ácido sarcasmo.

Vanesa se dejó caer en la silla giratoria colocada junto al ecógrafo y soltó el aire de sus pulmones.

—Así que por eso los idiotas de cirugía lo llaman Frankie...

—¿Frankie? —repitió como una estúpida.

Su compañera afirmó con un movimiento de cabeza.

—Siempre pensé que era porque se dedica a extraer órganos de cadáveres y colocárselos a niños para devolverlos a la vida. Creí que se referían a Víctor, el científico loco, no a la criatura.

Clara sonrió con una ternura estúpida al recordar el tacto de la enorme cicatriz que le seccionaba el pecho, y su cuerpo vibró por el deseo de volver a recorrerla con sus labios. Quedó tan absorta que fue incapaz de responder a la voz de Vanesa.

—¡Niña! ¿Me estás oyendo?

Sacudió la cabeza y aterrizó en la cruda realidad.

—¿Me decías algo?

—Que te tumbes en la camilla y te hago una *eco*. Es más rápido que bajar a laboratorio, extraerte sangre y esperar a que nos den el resultado. ¿O te da palo enseñarle el *chusqui* a tu amiga?

No había caído en eso, pero ahora que lo decía, la ecografía vaginal le podría revelar más datos que una simple analítica, con la consiguiente intimidad que ello conllevaba.

—Lo primero que tienes que decirme es la fecha de tu última regla, como bien sabrás.

—El veinticinco de abril —informó Clara.

—Túmbate en la camilla y abre las piernas, hija, que no te voy a comer. A ver si va a ser verdad eso de que los médicos somos los peores pacientes.

Clara respiró hondo varias veces para intentar calmarse, se tumbó y dejó que su compañera la explorase.

—¡Que sensación tan extraña la de estar al otro lado!

—Calla, *joía*, que me das una envidia... —confesó la doctora morena dirigiendo su mirada a la pantalla.

—Sería la sensación más hermosa del mundo si no fuera por los temores que tengo.

—No nos pongamos en lo malo. Piensa que lo más probable es que todo esté bien —la tranquilizó su amiga con una cálida sonrisa—. Que un medicamento tenga riesgos no quiere decir que ese riesgo se materialice. Si hasta las propias mujeres trasplantadas pueden ser madres. Otra cosa es que te hubiera embarazado en los primeros meses después del trasplante. Las dosis de mantenimiento son muy bajas, no te preocupes.

—No seas inocente, Vane, o no te lo hagas. Los inmunosupresores son unos de los medicamentos más altamente teratógenos.

—¿No te digo? Los peores pacientes, sí, señor. ¿Sabes que eres un poco hipocondríaca? No pongas el parche antes de la herida.

Los ojos de Clara se desviaron hacia el monitor y pudo distinguir con claridad, antes de que los ojos se le encharcaran en lágrimas, un saco vitelino con una figura amorfa en su interior. Las dos se miraron y Vanesa sonrió. Apuntó con el dedo una pequeña intermitencia en la pantalla y le rogó que la dejara apretar ese botón de la consola tan conocido por ellas.

—Lo siento, tengo que hacerlo o reviento. —El latido de un acelerado corazón se escuchó en el silencio de la sala. Las dos se miraron con los ojos vidriosos y se echaron a reír—. *Habemus fetus* —gritó Vanesa, dando por terminada la exploración ecográfica—. Cinco semanas, todo perfecto. Clara, vas a ser mamá para febrero, no puedo creérmelo. ¡Qué envidia!

No conseguía articular palabra. Sentimientos encontrados bullían en su alma. Iba a ser madre, llevaba en su interior un nuevo ser fruto de su amor por Alberto. Pero ¿qué haría si se confirmaban sus temores y acababa apareciendo una grave anomalía en ese ser que, sin permiso, crecía en su vientre? ¿Debía contárselo, decirle que iba a ser padre para luego anunciarle que las malformaciones eran tales que serían incompatibles con la vida fuera del útero? No podía, no tendría el valor de hacerlo. Además, con uno que debiera pasar por ese mal trago, suficiente. También estaba el hecho de que él estaba tan convencido de no sentir verdadero amor por ella que no le parecía honesto utilizar esa potente arma para amarrarlo. Y no es que la tentación no fuera fuerte.

—Esto no sale de aquí. Nadie debe saberlo hasta que yo no se lo haya dicho a Alberto —pidió.

—Lo juro —aseguró la doctora haciendo una cruz con los dedos índice y pulgar y besándola—. Por mis muertos. Pero por tu madre, hazlo pronto. Necesitas todo el apoyo con el que puedas contar para sobrellevar lo que te espera.

Clara afirmó con la cabeza con la esperanza de parecer convincente.

—Y mejor que una amniocentesis, te pediré una biopsia corial; se hace antes y es más fiable. Así te quedas más tranquila, ¿te parece bien? Lo único que pasa es que el riesgo de aborto es un pelín más elevado que para la *amnio*.

—Vane, si con una sola noche con una persona que debe tener el semen más vago que un banco de peces de plomo me he quedado embarazada, ten por seguro que no le va a pasar nada por la prueba.

Su amiga soltó una carcajada y Clara se dejó arrastrar, durante un instante, por la efímera felicidad de sentirse llena de vida sin pensar en los problemas que ello pudiera acarrear, y rio con ella al fin, con una risa fresca.

—Por supuesto que la pasará. Igual que te digo que esa criatura nacerá más sana que una manzana —insistió con el dedo índice apuntando al monitor—. Y ya sabes que las gitanas somos medio brujas.

Clara consiguió volver a reír y el ambiente se distendió por fin.

—Tú serías una bruja aunque fueras paya, de lo mala que eres —se burló y las dos volvieron a reír.

A pesar de sus propósitos por detener el tiempo para que su secreto no saliera a la luz, pasaba inexorable y había llegado el momento de acudir a su primera consulta oficial como paciente, con la suerte de que fue la misma Vanesa quien se ocupó de llevar el control de su embarazo y le avisó para que acudiera en el momento en que le tocó su turno, por lo que no tuvo que sentarse en la sala de espera ni levantar sospechas. Se limitó a mandarle una analítica rutinaria, a tomarle la tensión y a pesarla, y Clara volvió como si nada al quirófano, donde la esperaba una histerectomía programada.

Alberto seguía tan dulce como siempre con ella, consolándola en sus estúpidas llantinas provocadas por los cambios hormonales, sin tener él ni idea a qué se debía tan extrema sensibilidad; sin embargo, de sus labios no volvió a salir una sola palabra de amor ni una leve insinuación. Solo la oscuridad

insondable de sus pupilas emitía un mensaje cifrado al que su corazón no era capaz de escapar.

Esa noche se había acostado más temprano de lo habitual. El cansancio hacía estragos en ella y pasaba malos ratos en las guardias, donde se había propuesto reducir el consumo de café por el bien de la criatura que se gestaba en su interior.

Se encontraba en su cascada favorita, de espaldas al hombre que se sentaba en la piedra, cuando comenzó a escuchar una musiquilla pegadiza que, cuanto más repetía su cadencia, más alto se escuchaba y eclipsaba el sonido relajante de la corriente de agua vertiendo en la laguna. Maldición... Había vuelto su sueño recurrente y aquella música infernal era el tono de llamada de su móvil. Trató de abrir los párpados, que se le resistieron y cedieron al tercer o cuarto intento. Consiguió distinguir un número infinitamente largo y supo que la llamaban desde el hospital. ¿Y ahora qué pasaba? No estaba de guardia localizada. ¿A qué venía semejante irrupción a las tres y doce minutos de la madrugada?

Se incorporó con los nervios contraídos y descolgó con ansia por el miedo a una mala noticia, a que una voz monocorde le dijera que Alberto había sido ingresado por una insuficiencia renal, una neumonía o una sepsis. Aún recordaba la voz de Fátima, la enfermera de planta de neurocirugía, cuando descolgó el teléfono y le dijo, con voz temblorosa y fingidamente fría, que su marido acababa de tener un accidente. Cuando escuchó la voz de su adjunto, una sensación inmensa de alivio la desplomó de nuevo sobre el colchón.

—Baena, ¿está despierta?

—Ahora sí —confesó dando un bostezo.

—Venga inmediatamente para el hospital. Está dando a luz la madre del feto con cardiopatía. Ya he llamado al doctor Del Castillo y está de camino.

—Enseguida voy para allá —concluyó colgando el teléfono.

Se levantó de un salto y se desnudó para entrar en la ducha. Dejó caer el agua más bien fría para desentumecerse y despertar sus sentidos. Se miró en el espejo del baño y pudo comprobar el aumento exagerado del tamaño de sus pechos, ya grandes de por sí. No podría esconderlo por mucho tiempo. Los compañeros le hacían bromas sobre el tema y estaba convencida de que muchos de ellos sabían

lo que le estaba ocurriendo, aunque nadie se había atrevido a preguntárselo abiertamente. No había que olvidar que convivía con tocoginecólogos, matronas y personal familiarizado con la obstetricia; como para ocultárselo. Solo esperaba que nadie le hubiese ido con el cuento a los de cirugía.

Alberto. Aquella noche volvería a verlo después de casi una semana sin coincidir por el hospital. Por fin había llegado el momento esperado. Trabajarían en equipo para asistir al parto de un bebé que nacería con serios problemas cardíacos. Los antecedentes obstétricos les daban un buen pronóstico, pues la mujer iba a dar a luz a su segundo hijo y el bebé llevaba colocado en posición cefálica desde las veinte semanas.

Tomó un café manchado, con galletas, para contar con el azúcar necesario hasta que acabase el alumbramiento, metió en el bolso varios paquetes de galletas con chocolate por si el proceso se demoraba demasiado y salió al portal, cogió su bicicleta y condujo hasta el hospital. Ya en el vestuario, se colocó el pijama verde que cada vez marcaba más sus formas, se calzó los zuecos de goma, entró un paquete de galletas en el bolsillo del pantalón y se dirigió a la sala de dilatación, donde encontró al doctor Díaz y a su amigo junto a la asustada parturienta y al futuro padre.

—Vamos, te estábamos esperando para informar a los padres del plan de parto que tenemos preparado —apremió el viejo.

Clara tomó asiento en uno de los taburetes metálicos y ambos ginecólogos dejaron hablar, en primer lugar, al cirujano cardiovascular:

—Lo primero que queremos decirles es que no se asusten por la presencia de tanto personal médico y, por supuesto, les tengo que pedir que nos autoricen a usar su caso para la docencia.

—Por supuesto, si esto puede ayudar a otros padres en nuestra situación —asintió el marido.

—Muchas gracias —agradeció con un asentimiento de cabeza—. La matrona les entregará en un momento los impresos que deben firmar. Pero ahora, lo que quiero es que tengan claro que este parto, con sus particularidades, no tiene por qué ser ni más largo, ni peor, ni tiene que acabar en cesárea —siguió informando.

—¿No me van a hacer cesárea? —preguntó la parturienta con una luz de esperanza en los ojos.

—Si todo va bien, no será necesario. Estaremos preparados para una posible cesárea de urgencia, pero solo si el parto se complica —advirtió antes de seguir con la información—: Nos conviene que su hijo nazca con los pulmones lo más vacíos de líquido amniótico posible, de ahí la importancia de aguantar el mayor tiempo posible el trabajo del parto. Los niños nacidos por cesárea, sobre todo si se ha efectuado en las primeras fases del parto, nacen con los pulmones encharcados. Cada contracción que tenga, piense que es un poco menos de líquido que tiene su hijo en los pulmones; por eso preferimos, en la medida de lo posible, que nazca de forma natural. Sin embargo, vamos a tener unos pequeños inconvenientes —advirtió.

El viejo doctor Díaz le tomó el relevo:

—¿Pensaba usted ponerse la epidural? —preguntó sin aspavientos.

—Sí, claro, como la otra vez —contestó la paciente—. Pero, vamos, que si por el bien de mi hijo tengo que aguantar los dolores del parto, tampoco creo que me vaya a morir. Mi madre no se la puso cuando me parió a mí, y somos cuatro hermanos.

—Me alegra oír eso, porque es conveniente que no se la ponga y le voy a explicar el por qué: Al administrar la epidural a veces ocurre, sobre todo si se hace al principio del parto, que este se detiene o se vuelve más lento. En los partos normales no importa, porque se le administra a la parturienta oxitocina sintética y este se reanuda. En su caso, no podemos administrarle oxitocina. A veces produce sufrimiento fetal porque se administra demasiada, o porque el cuerpo de la mujer responde demasiado bien y el útero se contrae más de la cuenta. En esos casos, procedemos a una cesárea de urgencia, pero en el nuestro en particular no nos conviene provocar sufrimiento fetal ni siquiera unos minutos, por lo que lo más seguro para su bebé es que aguante el parto estoicamente y, si al final lo necesita, le podemos administrar la epidural cuando el parto esté tan avanzado que ya no corramos ese peligro.

—¿Y cuándo sería eso? —preguntó la paciente.

—Cuando esté dilatada de unos ocho centímetros —intervino Clara

—¡Bah! Para entonces ya me quedaría muy poco y no vale la pena arriesgarse —dijo, de nuevo, la futura madre.

—El período de transición entre la dilatación y el expulsivo puede ser muy duro —le recordó Díaz—. Muchas madres que llegan queriendo un parto natural sucumben en ese momento. Solo quiero que sepa que, de ser ese su caso, no tenga reparos en pedirla.

La mujer asintió con la cabeza. En aquel momento, no pudo contestar debido a una contracción. Los médicos esperaron a que disminuyera para proseguir, y fue el cirujano quien tomó la palabra en esta ocasión:

—Vamos a tenerla monitorizada durante todo el parto. Queremos escuchar ese corazoncillo en todo momento. ¿Sería posible un monitor interno, Díaz?

Clara se le adelantó a contestar:

—Voy a preguntar.

Al poco tiempo, llegó con el aparato de monitorización interna. Apenas lo usaban debido a que, para ello, se debían insertar unos electrodos en el cuero cabelludo del feto y, al haber decidido el equipo médico que los partos no necesitaban monitorizarse de principio a fin, sino que se habían conseguido buenos resultados con controles durante media hora varias veces a lo largo del parto, el aparato había caído en desuso.

Clara efectuó un tacto para comprobar si tenía acceso suficiente a la cabeza del feto. La parturienta ya había roto aguas y presentaba una dilatación de dos centímetros.

—Vamos a esperar un poco más, hasta que estés más dilatada —le informó la joven—. Vas muy bien, ya has pasado casi la mitad del parto.

La cara de la paciente se iluminó, pero tampoco contestó en esta ocasión debido a una nueva contracción.

Los tres salieron de la sala dejando a los futuros padres tranquilos por fin. El doctor Díaz se quedó en planta alertando a todo el personal, que había acudido a presenciar el supuesto espectáculo, de las dificultades con las que podían encontrarse. La palabra muerte escapó de su boca al menos un par de veces.

El cirujano aprovechó para invitarla a que lo acompañara en lo que pudiera ser el único descanso de la noche.

—¿Vienes a tomar café?

—Bueno... —contestó ella intimidada.

—Hacía mucho que no coincidíamos —advirtió Alberto acompañando sus palabras con la cálida mirada de sobra conocida por ella.

—Apenas he tenido guardias este mes con la llegada del novato. De hecho, hoy estaba en casa durmiendo tranquila y he venido porque este caso es muy importante para mí —le explicó Clara intentando guardar la compostura.

Al llegar a la máquina, ella se le adelantó.

—No me saques lo de siempre, ahora tomo descafeinado.

—¿Desde cuándo un médico se permite el lujo de tomar descafeinado a las cuatro de la madrugada? —preguntó Alberto asombrado.

—Desde hace un par de meses —soltó con la deliberada intención de irle tirando indirectas para comprobar si sabía algo.

—¿Por algún motivo en especial? —interrogó.

Clara se limitó a encogerse de hombros. La conversación se volvía tensa por momentos y quería salir de aquella situación cuanto antes.

—Estás muy cambiada —observó el cirujano—. Antes me contabas todos tus secretos.

—Hay secretos que deben guardarse dentro de una misma. —Fue su única respuesta.

No sabía por qué se sentía tan incómoda al hablar con él, o sí. Claro que lo sabía. Intentaba ocultarle lo que ya no se podía ocultar y, por otra parte, ansiaba gritarlo a los cuatro vientos. Daba por seguro que él sospechaba algo, pero ¿cuánto?

Volvieron a la sala de dilatación sin haber intercambiado más de cuatro frases. La parturienta había dilatado hasta los cuatro centímetros en poco más de media hora y se dijo que la noche no sería demasiado larga para su fortuna.

—Ya podemos poner el monitor interno —informó a la madre—. Ahora podrá levantarse y adoptar las posturas más cómodas. Dicen que la posición del gato es muy buena; o si lo prefiere, puedo traerle una pelota de pilates para que se siente en ella.

—¿Tenemos de esas cosas aquí? —preguntó el doctor Díaz gratamente asombrado.

—Hay un par de ellas. Las he comprado yo misma de mi bolsillo. Al fin y al cabo, solo las usan mis parturientas.

Para la paciente fue un alivio verse liberada de las correas que la ataban a la cama. Pudo ponerse de pie, apoyada en el hombro de su marido, aguantando las contracciones estoicamente y sin soltar apenas un leve quejido. Adoptó varias posturas, usó la pelota que le había proporcionado y soportó las fuertes contracciones del período de transición sin llamar al anestesista. Tenía la férrea voluntad de hacer todo lo que estaba en su mano para ayudar a su hijo.

Entró en paritorio, pero el doctor Díaz le dejó elegir si quería dar a luz en el clásico potro o si prefería quedarse en la cama. La parturienta ya no tenía fuerzas para moverse y, agarrada a su marido, pasó las últimas contracciones empujando con todas las fuerzas que le quedaban. El bebé, en poco más de un cuarto de hora, caía sobre la blandura de la cama, tiñendo de rojo la inmaculada sábana de hospital.

Díaz lo examinó y le dio un siete en el test de Apgar, una nota muy alta para un niño que había nacido con una grave anomalía congénita.

Alberto lo examinó y pudo escuchar su latido irregular. Los labios del bebé, de un color azulado, buscaron el pecho de su madre hasta hallar su tan ansiado alimento.

—En la medida de lo posible, intente prolongarle la lactancia materna hasta que hayamos acabado con todas las intervenciones. Le vendrá muy bien para sus defensas y será el alimento que mejor tolere después de salir de quirófano —le aconsejó el cirujano.

La madre asintió con la cabeza y lo dejó que continuase mamando, aunque la criatura, recién nacida y con la adrenalina a tope, se durmió enseguida. Alberto torció el gesto de espaldas a la madre, y Clara supo que ya comenzaba a ver síntomas de su cardiopatía.

El parto había finalizado con el mejor resultado posible. El doctor Díaz se quedó vigilando los pormenores del posparto inmediato y los otros dos asistentes se dispusieron a volver a casa, agotados por la tensión pero satisfechos por el

resultado.

—¡Clara! —Ella, aún vestida con el pijama verde, se detuvo en la puerta del vestuario y se giró para encontrarse con el semblante contrariado de Alberto—. ¿Cuándo piensas decírmelo?

—¿Qué quieres que te diga? No sé a qué te refieres.

—Sí sabes a qué me refiero —afirmó rotundo.

Sus ojos la miraban suplicantes, aunque su voz sonara dura. ¿Cómo podía saberlo? Mejor dicho, ¿cómo no iba a saberlo? Estaba segura del hermetismo de Vanesa, pero sabía lo que se rumoreaba por el ala de ginecología.

—¿Sabes lo que van diciendo por ahí? —Ella se limitó a encogerse de hombros—. Dicen que me has utilizado de semental porque deseabas a toda costa ser madre —espetó sin un ápice de dulzura en la voz.

Los ojos de Clara lo miraron incrédulos y comenzaron a brillar.

—Pues a quien te diga eso le dices que, si hubiera buscado a un semental, habría escogido mejor material genético —le soltó tan fresca—. Pero, vamos, que si tú le has dado crédito a esa patraña, eso dice mucho de ti, y no bueno precisamente.

Alberto intentó serenarse. Respiró profundamente un par de veces y volvió a hablar, esta vez, con el tono característico con el que solía dirigirse a ella:

—Al principio claro que no los creí, pero al ver pasar el tiempo sin que tú en persona me lo dijeras, he comenzado a dudar —declaró mirándola de nuevo con aquellos ojos claros que tanto daño hacían a su alma en aquel instante.

Clara se cambiaba de ropa sin importarle su presencia mientras lo escuchaba. Cuando terminó, volvió la vista hacia él con los ojos centelleantes de la rabia.

—Mira, solo te lo voy a decir una vez: fuiste tú quien me pidió que olvidara lo que pasó aquella tarde, así que yo me he hecho a la cuenta que me visitó el Espíritu Santo, ¿vale? Respeté tanto tu decisión que hasta hice el titánico esfuerzo de no correr hacia ti y decirte que íbamos a tener un hijo porque sabía lo que supondría. —Tomó aire, fatigada, y prosiguió—: Y tú, mi supuesto mejor amigo, crees que te he utilizado. ¡Qué bonito! Pues, ¿sabes qué te digo? Que en mi vida jamás me he acostado con un hombre del que no estuviera locamente enamorada. Porque no, no se me han olvidado ni se me olvidarán nunca esas

caricias ni esas palabras de amor que susurraste en mi oído. Pero veo que tú olvidas con mucha facilidad, así que creo que serán los efectos del trasplante y que junto con tu corazón también se murió tu alma —concluyó deliberadamente cruel.

Salió del vestuario dando un portazo, a sabiendas de que, con las últimas palabras, lo había destrozado por dentro.

Capítulo XII

Si su relación ya se había enfriado, a raíz de aquel instante se limitó a lo estrictamente profesional. Si se encontraban en la cafetería, los pasillos o el ascensor, se limitaban a mirarse sin hablar, como si ninguno de los dos fuera capaz de romper el silencio, aunque lo estuvieran deseando.

Cuando Clara acudió a la ecografía que solía hacerse a las doce semanas, en la que Vanesa aprovecharía para realizar la biopsia de corión, pidió a la matrona que llamara al doctor Del Castillo. Tardó más de media hora, debido a que se encontraba en quirófano, pero acudió en cuanto dio por terminada la intervención. Había preguntado el motivo del aviso, probablemente extrañado de que lo llamaran del servicio de obstetricia.

—¿Se trata de otro feto con cardiopatía? —lo escuchó preguntar a la matrona instantes antes de entrar en la consulta.

—No, Frankie. Es algo más agradable, te lo aseguro.

Se llevó una grata sorpresa, a juzgar por la luz que emanaba de su rostro y su sonrisa, cuando entró en la consulta y encontró a Clara tumbada en la camilla con la barriga al descubierto y embadurnada de gel.

—Gracias por avisarme —confesó sincero.

—Supuse que querías acompañarme —le contestó la residente que ahora se había convertido en paciente—. No te asustes, pero he pedido una prueba complementaria para descartar anomalías.

—Si lo vas a hacer por mi medicación, no la hagas —se apresuró a decir antes de que la doctora Ortega introdujera la fina y larga aguja que portaba en el vientre de Clara.

—¿Y eso?

Alberto se sentó al borde de la camilla y cogió su mano. Ella sintió el nudo en su garganta como si quisiera asfixiarla. Después de cómo lo había acusado, de las palabras tan horribles que le había soltado a la cara, ¿cómo era capaz de mirarla con esos ojos cargados de ternura?

—En ese tiempo formaba parte de un grupo de estudio y había dejado de tomar la medicación inmunosupresora.

—Pero cuando comimos con mis tíos, tú te la tomaste —le recordó.

—Sí, pero había estado un mes sin ella y justo la reanudé el día anterior.

Vanesa había depositado la aguja en la bandeja de instrumental y acababa de acercarse a ellos.

—Explica eso, Frankie, que escapa a mi conocimiento —irrumpió en la conversación con semblante incrédulo—. ¿Cómo una persona con un corazón trasplantado sigue viva después de un mes sin medicación?

—Eso era lo que quería demostrar el estudio —contestó, y desde su posición junto a la futura madre, se dispuso a explicar el motivo de este con más detenimiento—: Según indican estudios recientes, cuando transcurren varios años en una persona receptora de un trasplante, las células del donante empiezan a reproducirse en su propio cuerpo y este deja de detectarlas como extrañas, por lo que, en teoría, ya no necesitaría la medicación inmunosupresora, con todas las ventajas que ello conlleva: no se deterioran los riñones ni el hígado, no cae enfermo cada dos por tres con una gripe que le dura tres semanas y se le complica con una neumonía, ni sufre de herpes una semana sí y la otra también, no te devora la candidiasis... cosas que harían la vida mucho más fácil a las personas receptoras.

Los ojos de Clara se iluminaron por la esperanza, hasta que la duda lógica volvió para rebatir sus argumentos:

—Entonces, si eso es cierto, ¿por qué has vuelto a tomarlos?

Alberto se encogió de hombros como si la preocupación de ella no estuviera en absoluto compartida por él.

—Porque nadie en su sano juicio, a día de hoy, permitiría jugársela con tan pocos datos —aclaró—. Así que mi cardiólogo insistió en que volviera a tomarlos; eso sí, en dosis tan bajas que, prácticamente, se han convertido en simbólicas. Después de estar una semana con la dosis habitual, que ya era baja de por sí, he pasado a reducirla drásticamente hasta tomar solo la cuarta parte. También es verdad que tuve la suerte de que el donante tuviera bastante compatibilidad conmigo, de ahí que siempre he necesitado dosis muy bajas.

—Mira, ahora que mencionas la compatibilidad, necesito saber tu grupo sanguíneo —interrumpió Vanesa.

—¿Por qué? ¿Acaso hay problemas con el tuyo, Clara? —inquirió Alberto, esta vez, notablemente preocupado.

Ella se encogió de hombros con una sonrisa dibujada en la cara.

—Mi Rh es negativo, pero con el primer hijo no debería haber problemas. Nunca me han transfundido, no he entrado jamás en quirófano, al menos como paciente, y estoy más sana que una pera.

—Pues siento decirlo que mi grupo es A positivo —se lamentó el futuro padre de la criatura.

—¡Cómo no! Debe ser que tengo un imán para los A positivo —bromeó Clara al recordar que Ángel y ella se habían preocupado por ello en su día.

Vanesa soltó una risotada.

—¿Os imagináis que...? —Y de pronto interrumpió la frase y se quedó seria.

—¿Qué? —dijeron los otros dos mirándola extrañados.

—Nada, nada... Olvidadlo. Vamos a lo que importa: ¿hago o no hago la biopsia?

Los futuros padres se miraron y contestaron, de nuevo, al unísono:

—Nah. Haz la *eco* y ya está.

Clara no dejó de echar furtivas miradas a Alberto durante el tiempo que duró la ecografía. No sabía qué decir, o más bien no sabía cómo decirlo. Perdón, una palabra tan sencilla y tan difícil de pronunciar a la vez. Sentía que su enfado se había evaporado, pero necesitaba pronunciar las palabras para sentirse bien consigo misma.

La pequeña criatura apareció en la pantalla. La doctora Ortega le mostró las medidas, aclarándole al padre que estaban correctas según su tiempo gestacional.

—El pliegue nucal está bien, pero necesitaré que te hagas el triple *screening* para poder ver tus niveles hormonales y descartar el síndrome de Down —le había recordado su compañera.

—Vanesa, no te molestes. No quiero saber nada, al menos por mi parte. Si he renunciado a la prueba es porque acepto cualquier cosa que me pueda venir.

Miró a Alberto, que no quitaba ojo de la pantalla si no era para regalarle esa mirada que con tanta facilidad disparaba sus pulsaciones, y asintió con la cabeza, conforme. Vanesa, entonces, le dio a la tecla mágica que, según su experiencia, hacía que a los futuros padres se les cayera la baba, y el corazón del feto se escuchó a ciento cincuenta pulsaciones por minuto.

—Suenan perfecto —observó el cardiócirujano sonriendo orgulloso.

—Tú dirás, que eres el experto —bromeó la doctora Ortega mirando a ambos—. En la próxima *eco* te conecto el *doppler* para que veas la circulación del corazón, aún es pronto para eso.

—Habrá que esperar.

Cualquiera que los observara de fuera vería a un matrimonio feliz que esperaba con entusiasmo a su primer hijo; sin embargo, pequeños detalles hacían patente la barrera invisible que se había creado entre ellos a pesar de que Clara acabara de dar un paso para acercarse a él.

Vanesa les dio cita para ocho semanas después y los dos salieron de la consulta.

—Tengo que volver a quirófano. Llevo una mañana muy movida —se disculpó Alberto mirando el reloj.

Ella asintió dejándolo marchar.

—De nuevo, gracias, Clara.

—No tienes que darme las gracias —aseguró la madre de su hijo—. Estás en tu derecho.

Alberto, en un impulso inconsciente, se acercó de nuevo a ella, la atrajo hacia sí y besó una de sus mejillas.

—Nos vemos —prometió el cirujano antes de perderse tras la puerta del ascensor.

Clara sonrió y suspiró como una ilusa, acariciándose la mejilla que él acababa de besar. Al menos, había conseguido dejarlo en el punto en el que estaban antes de la estúpida discusión. La tensión de aquella noche había jugado en su contra y lo habían pagado el uno con el otro. Desde entonces, había llevado una espina clavada, no por la duda que los comentarios malintencionados habían provocado en Alberto, eso ya lo había comprendido y olvidado; no obstante, las palabras

tan duras con las que lo castigó le seguían doliendo.

Lo había mirado a lo lejos, se había cruzado con él en el pasillo o en la cafetería y no se había atrevido a ser la primera en dirigirle la palabra, aunque se moría de ganas por volver a escuchar aquella voz que se llenaba de dulzura al hablarle. Se sentía tan avergonzada que no sabía cómo acabar con la situación, hasta que, ya en la sala de espera, se le había ocurrido avisarle para que pudiera ser partícipe de la experiencia de ver a su hijo, aunque fuera a través de una imagen ultrasónica. Cuánto se alegraba de haberlo hecho.

Despertó en mitad de la noche. Aún recordaba el sueño. Resultaba tan real que habría jurado haber estado llorando, aunque sus mejillas se encontraban secas. Alberto moría y volvía a estar de nuevo sola. Su sistema inmune, debido a ese mes privado de medicación, había acabado con su nuevo corazón y ella misma había encontrado su cadáver en aquel horrible apartamento, tumbado en el suelo y rodeado de viejos *dossiers* y folios amarillentos.

Miró el reloj. Las cuatro y media. No sabía si estaba dormido, si se encontraba de guardia, pero una necesidad imperiosa le hizo coger el teléfono y marcar su número. Tras varios tonos de llamada, su voz somnolienta contestó al otro lado:

—¿Clara? ¿Te ocurre algo? —preguntó asustado.

—¡Gracias a Dios! —sollozó nerviosa.

Hubo un silencio y volvió a escucharse la voz al otro lado:

—¿Qué pasa, Clara? ¿Te encuentras bien?

—Perdóname, Alberto, es que he tenido un sueño tan real que necesitaba escuchar tu voz —aclaró gimoteando—. Soñé que te fallaba el corazón por culpa de un rechazo.

Esa risa, suave y maravillosa, que la volvía loca volvió a sonar al otro lado.

—*Mi corazón está muy bien y no ha sufrido ningún rechazo. Más bien todo lo contrario.* —Se escuchó su risa de nuevo y de pronto un silencio—. *Eres una bruja* —bromeó—. *Me he dormido sin tomarme mi triple cóctel de pastillas.*

—Dios mío, si no te llevo a llamar...

—*Tranquila, mujer. Mi médula no va a acabar con mi corazón en una noche* —la tranquilizó—. *Recuerda que ya lo demostré en un estudio.*

Pero el miedo nocturno que se adentra en el alma no es tan fácil de ignorar. Clara sabía que no podría dormir, menos aún en esas noches en las que, por primera vez en su vida, comenzaba a tener problemas de sueño. Quiso que su voz sonara convincente al otro lado:

—Vale, ya me tranquilizo. Siento mucho haberte despertado.

—*No te preocupes, me ha gustado escuchar tu voz de madrugada* —le aseguró con su tono dulce característico—. *Nos vemos en el trabajo. ¿O necesitas que vaya para allá?*

—No quiero abusar de ti, Alberto. Nos vemos.

Escucharlo la había tranquilizado solo en parte. Todavía llevaba grabado en su inconsciente la horrible pesadilla donde lo perdía. Sabía que sería inútil, que no podría dormir. «Al menos es viernes y mañana no trabajo», se dijo para consolarse. Encendió el ordenador y escribió en el buscador las palabras «trasplante de corazón, esperanza de vida» por puro masoquismo, pues de sobra sabía lo que iba a encontrar. El alma se le heló al confirmar las poco halagüeñas estadísticas. La media de vida de un corazón trasplantado era de doce años, el récord estaba en veintiocho, pero las cifras más altas habían sido alcanzadas por mujeres. En el mejor de los casos, Alberto moriría con cincuenta años; era peor de lo que había esperado. No podía creerlo, ¿por qué se había fijado en él? No podía decirse que fuera guapo, aunque a ella siempre le atrajera su mirada de ojos claros en aquella tez oscura y el aura que lo rodeaba. Desde que empezó a conocerlo lo sintió como un héroe que salvaba vidas a diario, como un dios, y lo amaba. Cuánto lo amaba. Su ser entero se derretía con su presencia, su corazón daba botes en el pecho al verlo, al escuchar su voz, al pensar en él; y por más que se propusiera arrancarlo de su alma, olvidar las sensaciones de sentir el roce de su piel, sus besos, sus palabras de loco amor, sabía que era inútil, una empresa imposible.

En ese instante, no fue precisamente su corazón el que dio un salto. Había notado al estar tumbada sobre la cama, desde un mes atrás, un leve aleteo dentro de ella, pero, en esa ocasión, una patada en toda regla acababa de golpear por primera vez su pared abdominal. Se echó a reír acariciando su redondez y pensando que, aunque Alberto muriera mañana mismo, ya siempre estaría con

ella.

—Te quiero, bichejo —le habló con cariño al pequeño ser que acababa de llamar su atención—. Sí, sé que estás enfadado porque mamá no se acuesta. Vamos a dormir.

Volvió a la cama, arropándose con la colcha hasta el cuello. Las noches se habían vuelto frías de repente, como si el otoño tuviera prisa por entrar. Miró su móvil antes de apagar la luz para comprobar la hora y se percató de que le había llegado un mensaje de WhatsApp.

Ya me he tomado las pastillas. Gracias por despertarme.

Sonrió y apagó la luz.

El lunes al medio día, Alberto se reunió con ella y con el jefe de residentes de Ginecología. El primer martes de octubre se había programado la intervención al bebé, que se había librado de la primera gracias a una arteria pulmonar anormalmente estrecha que les había facilitado el trabajo; no obstante, ya había cumplido los tres meses y debían enfrentarse a la segunda opción: la derivación cavopulmonar, que lo haría sobrevivir hasta los tres años, momento en que debería someterse a la siguiente.

El rostro de Alberto mostraba preocupación y Clara adivinó que no las tenía todas consigo cuando se dispuso a pedir a Medina si podría contar con ella como primer asistente en quirófano.

—No sé, no tiene mucho que ver con nuestra rama —comenzó a decir el jefe de residentes—. Además, es la primera vez que se va a hacer en este hospital una intervención quirúrgica de estas características. Otros cirujanos querrán participar. No van a dejar que elijas a una residente como tu principal apoyo ahí dentro, y menos sin ser de cirugía. Sin embargo, por mi parte no habrá inconveniente para que ese día presencie la intervención desde la grada.

—Medina. Tengo que hacer una rotación optativa —le recordó Clara—. Sé que no puedo hacerla en cardiovascular en concreto, pero si estoy haciendo la rotación de cirugía general, ¿no cabe la posibilidad de ser su ayudante para esa intervención en concreto?

—Si solo se tratase de eso, podríamos apañarlo. El problema es que se te va a echar encima el Servicio de Cirugía al completo —insistió el jefe de residentes.

Su tono denotaba más preocupación que imposición.

—Un caso nuevo es una muy buena ocasión para un residente —rebatía ella, decidida a luchar con uñas y dientes por ganarse el puesto de honor junto a Alberto.

El médico se quedó pensativo unos segundos y luego meneó la cabeza de arriba abajo con lentitud.

—Hablaré con Mendoza, el jefe de cirugía general, pero él querrá meter a uno de los suyos. —Miró al cirujano y le aseguró—: Desde luego, Alberto, sería una muy buena asistente. Es, con diferencia, la mejor residente de tercer año que he tenido en cuanto a técnica quirúrgica, y me jugaría el pescuezo a que Mendoza no tiene un residente que le llegue a la suela de los zapatos, pero ya sabes cómo son estas cosas: que si la eliges porque es tu novia...

—No es mi novia, Medina —declaró con voz apagada, clavando sus ojos tristes en los de ella, que le devolvieron la misma mirada.

—Ya, pero todos saben de quién es el hijo que espera —volvió a insistir el ginecólogo—. Y la gente tiene muy mala leche.

El rostro de Alberto se contrajo al escuchar el último comentario. Apretó los puños y gritó:

—¡En este hospital, por lo que se ve, no se puede tener vida privada! —protestó, lanzando una mirada fugaz a Clara, que no sabía cómo defenderse en aquel momento—. Yo voy a dirigir la intervención de ese niño; principalmente, porque nadie en el maldito Servicio de Cirugía de este hospital, modestia aparte, domina como yo la técnica de Glenn. Por eso, pienso elegir a mi propio equipo, y pobre del que me tosa para llevarme la contraria. Si no me la quieres dejar, me tendré que aguantar, pero déjame a mí a los de cirugía, que sé cómo manejarlos.

El rostro se había vuelto de un color incierto que solapaba su tez bronceada hasta enrojecer de pura ira. La habitual voz, pausada y con un deje dulce, había mutado hasta el extremo de que Clara no la reconocía como suya. Ni siquiera lo había visto tan encolerizado la noche que discutieran en el vestuario.

—Por mí no hay inconveniente —aseguró el doctor Medina. A juzgar por su expresión de asombro, él tampoco había sido testigo de la ira del doctor Del Castillo—. Solo quería protegerla de los buitres.

—Yo me ocupo de ellos —contestó, ya más sereno—. Clara ha llevado el seguimiento del caso desde el principio. Fueron ella y el doctor Díaz quienes descubrieron la cardiopatía del paciente. Sé que es muy importante para ella participar activamente, y lo es para mí contar con su colaboración.

Clara sintió sus carrillos arder ante tal afirmación y, en ese estado de euforia, clavó sus ojos en los del jefe de residentes para presionarle a dar su consentimiento.

—Pues, lo dicho, Clara. El mes que viene empiezas tu rotación de cirugía — dispuso el doctor Medina—. Alberto, encárgate de conseguir que forme parte de tu equipo, pero que nadie la eche a perder. He visto a muchos residentes quemados. Al final pierden el amor por su profesión y trabajan por inercia, y eso es lo peor que le puede pasar a un médico.

Capítulo XIII

El primer martes de octubre llegó antes de lo esperado. Cuando sonó el despertador, Clara saltó de la cama y, en menos de media hora, ya se encontraba pedaleando rumbo al hospital, con el corazón a punto de salirse por la boca debido más a la expectación que al esfuerzo físico que le suponía acudir al trabajo en bicicleta. En la cafetería, encontró a quien sería su compañero en quirófano durante toda la mañana, que, al verla, le hizo un gesto con la mano para llamar su atención.

—¿Qué? ¿Preparada para el gran momento?

—Eso espero. He dormido un poco mal por culpa de los nervios.

—¿Tanto miedo te da trabajar conmigo? —bromeó.

—Nunca he tenido en mis manos la vida de un niño —confesó Clara.

El cirujano meneó la cabeza en desacuerdo.

—Todos los días tienes la vida de niños en tus manos.

—De eso nada, lo único que tengo que hacer para salvarlos, en la mayoría de los casos, es no intervenir. No es lo mismo que tú haces.

—Vale, pues hoy comprobarás que no es para tanto.

Al terminar el desayuno, entraron en el ascensor y subieron hasta la primera planta, donde se encontraba el área quirúrgica infantil. Se vistieron, procedieron a lavarse las manos concienzudamente con una esponja impregnada en antiséptico, se pusieron la mascarilla, los guantes, y salieron a la sala aséptica de paredes verdes donde un bebé dormitaba a la luz de los potentes focos. La grada al completo los observaba.

Clara sabía que debía ser ella quien comenzase a operar, abriendo el frágil tórax de la criatura. Un residente de cirugía embadurnaba la suave piel del bebé con una solución de clorhexidina y alcohol y cubría el campo operatorio mientras ella miraba al pequeño y se armaba de valor.

—No sé cómo puedes hacer esto todos los días —le dijo al cirujano que la miraba con ojos serenos.

—No pienses en la persona que está ahí tumbada, imagina que tienes frente a ti un mecanismo averiado que debes arreglar —le indicó, transmitiendo calma en su tono de voz—. Haz tu trabajo, y hazlo bien. Debes ser fría.

Clara respiró hondo y deslizó el filo del bisturí en una caricia. La carne tierna se abrió a su paso; siguió separando los músculos torácicos y las costillas hasta dejar al descubierto el campo operatorio y un diminuto corazón que se contraía y llenaba adoptando una forma extraña. Alberto tomó el relevo una vez que ella hubo despejado el tórax del niño, y abrió el pericardio con láser. Clara, sin necesidad de instrucciones, procedió a clampar la vena cava superior y la arteria pulmonar para colocar las cánulas que dieran paso a la circulación extra corpórea, que se ocupó de enfriar la sangre del pequeño hasta los quince grados centígrados.

—¡Me dejas alucinado, Clara! —exclamó él, mirándola fugazmente antes de seccionar la vena cava.

—He hecho los deberes —advirtió guiñando un ojo.

—Ya veo, ya...

Se adelantaba a sus indicaciones como si leyera su mente. Aquella fuerza misteriosa que los había unido y que el miedo había hecho desaparecer los envolvió, como si las cuatro manos que trabajaban juntas formasen parte de un único cerebro. Desde arriba, el viejo doctor Díaz los observaba disfrutando del singular espectáculo. Los comentarios que habían ocupado a las envidiosas bocas de los asistentes enmudecieron, los ojos observadores dejaron de pestañear.

El cirujano abrió sendos orificios en la arteria pulmonar y se dispuso a anastomosar esta con la vena cava con una destreza insólita. Sabía que trabajaba contrarreloj, que cada minuto ahorrado de circulación extra corpórea sería crucial para los órganos de la pequeña criatura.

Una vez que la sangre recuperó la temperatura corporal, Clara retiró los clanes y las cánulas y se cercioró de que no hubiera hemorragia; después, Alberto, que dirigía la intervención, ordenó retornar a la circulación normal. Comprobada, por segunda vez, la ausencia de hemorragia, le pidió a su ayudante que cerrase el pericardio. Ella lo miró asombrada. Sabía que, cuando el cirujano

dejaba a su ayudante proceder en una técnica delicada, significaba que confiaba ciegamente en esa persona.

En un momento tan crucial, en una situación donde un error podría significar la muerte, Alberto le había entregado el relevo, a ella, una simple residente de ginecología que no debía siquiera estar ocupando el puesto del que en ese momento disfrutaba. Se perdió en los ojos claros que la miraban infundiéndole ánimos y se sintió una diosa omnipotente.

Echó un vistazo a las docenas de ojos que la observaban desde lo alto sin apenas pestañear, tomó aire, lo expulsó lentamente y se dispuso a proceder. Con pulso firme, cerró la pared que rodeaba al corazón a una velocidad y con una precisión asombrosa. Miró a su compañero y este afirmó con la cabeza.

—Perfecto —se limitó a decir.

Siguió suturando, capa a capa, hasta llegar a la epidermis, donde dio por finalizada la intervención. El anestesista les confirmó que las constantes vitales eran correctas y ambos abandonaron el quirófano agotados por la tensión, ante la mirada cargada de admiración de los presentes, a los que solo les había faltado aplaudir ante el magistral espectáculo.

No existían las palabras para definir cómo se sentía en ese preciso instante. Por un lado, orgullosa, encantada de haber disfrutado de una experiencia tan gratificante como podía ser salvar la vida de un bebé de poco más de tres meses; por otro, confusa, ansiosa por acabar de una vez por todas con la absurda tregua que se interponía entre los dos.

—Antonio Rodríguez me dijo el otro día que eras buena, pero se quedó corto elogiándote —aseguró Alberto, entusiasmado, mientras se lavaban tras la intervención—. ¡Eres magnífica!

Era tal su estado de euforia que no pudo reprimir su impulso. Dejó caer la esponja en la pila, la agarró de la zona donde alguna vez estuvo su cintura, la atrajo hacia sí y le plantó un impetuoso beso en los labios que la dejó ausente durante un tiempo indeterminado, del cual la sacaron los aplausos del resto del equipo y los silbidos del celador de quirófanos, que se acercó también a ella amenazando con imitar a Alberto.

—Ni se te ocurra, Adonay —advirtió con la boca torcida para contener la

carcajada.

—Claro, como yo no soy cirujano... —protestó el aludido adoptando un gesto lastimero.

Ella ya no lo escuchaba. Se había perdido en la intensa mirada de Alberto y el mundo acababa de desaparecer. Y supo que ya no podría continuar con la lucha interior de su alma. No sería capaz de vivir cada día sin volver a cruzar al otro lado, sin visitar nunca más el paraíso donde él la había llevado tres meses atrás. Pero sabía que no podía ser ella quien diera el primer paso, y se quedó así, con un nuevo beso colgado en el aire que no llegó a materializarse, esperando unas palabras que no llegaron a sus oídos.

Capítulo XIV

Volvió a compartir quirófano con él en varias ocasiones durante el tiempo que duró su rotación de cirugía, incluso algunas guardias; hasta que Vanesa, la ginecóloga oficial que llevaba su embarazo, le recomendó dejar de hacerlas, al menos, hasta reincorporarse tras el parto. Se limitó a las consultas externas y a la cirugía programada, las dos cosas que más odiaba de su especialidad. Claro que cualquier esfuerzo le resultaba ínfimo en comparación con su recompensa.

Y llegó, por fin, el día de realizar la ecografía morfológica de las veinte semanas, y le resultó curioso encontrarse con algunas de sus propias pacientes, con las que charló de forma distendida sobre el próximo parto. Se guardaba para sí el secreto. Tan solo Díaz sabía sus verdaderas intenciones a la hora de parir: no pensaba acudir al hospital cuando sintiera que había llegado el momento, sino que se quedaría en casa, llamaría al padre de la criatura y, si el parto se complicaba, como vivía tan cerca del hospital, llamaría a una ambulancia y telefonaría a su adjunto para que la ayudase en el momento tan crucial. No se fiaba de ningún otro, ni siquiera de Vanesa. No se equivocó al pensar que el viejo no la disuadiría, sino que la animó y apoyó la decisión, como también sabía que jamás le haría una cesárea sin que fuera totalmente necesaria.

Alberto no sabía nada al respecto, ya se enteraría en su momento. Desde el fin de semana en que se habían dejado llevar por la fuerza que los había unido, esta había desaparecido por completo y, aunque su amistad no se había resentido demasiado, nunca llegó a ser la perfecta conexión de sus almas que había sido hasta entonces, salvo cuando compartían quirófano. A veces, pensaba que aquella fuerza solo se encontraba bloqueada y que nada más necesitaban encontrar el bloqueo y destruirlo para volver a la unión cuasi mística de la que habían disfrutado.

—Adonay, *porfa*, hazme el favor y corre a avisar al padre de la criatura para que venga conmigo a la *eco* —le pidió al celador con el que había tomado amistad desde su rotación en cirugía.

El hombre, de una edad aproximada a la de Alberto, moreno, de ojos verde aceituna, se la quedó mirando extrañado.

—¿Al Frankie?

—Tú verás, si quieres me avisas a Mendoza —bromeó, como siempre hacía con él.

—Creí que lo sabías —repuso el celador sin salir de su asombro—. Esta mañana ha llamado para suspender todas las intervenciones rutinarias porque tenía un gripazo de tres pares de cojones.

—¡Mal hablado! —lo reprendió con ese tono de complicidad que, en poco tiempo, había surgido entre ellos—. ¿Y así te la quieres...?

—¿Camelar? ¿A *la Vane*? No hay nada que hacer con ella —se lamentó con una insólita tristeza en sus ojos pardos—. Sabes mejor que yo que ella huye de nosotros como de la peste.

—¿De vosotros? —preguntó sin captar su mensaje.

—De los hombres en general, y de los gitanos en particular —aclaró apesadumbrado—. Pero, vamos; ella se lo pierde. A ver dónde va a encontrar a un tipo tan guapo y tan buena gente como yo —bromeó a la vez que le guiñaba un ojo.

—Pero tú estás...

Adonay sacudió la cabeza y cambió de tema de forma radical:

—Yo iba a avisar al Frankie, pero te he dicho que está con la gripe.

—Será un constipado.

—No, no; un gripazo de la hostia y con una fiebre de tres pares de... —iba a soltar otra barbaridad cuando la puerta se abrió y apareció la doctora Ortega al ver que Clara no entraba en la consulta. Los ojos le brillaron en cuanto ella apareció en escena y una radiante sonrisa se dibujó en su rostro antes de saludarla con desparpajo—: Buenas.

—Hola, Adonay, ¿pasa algo?

El hombre se quedó paralizado por un instante, como si acabara de perder la lengua, y Clara tuvo que acudir en su rescate.

—Le había pedido que avisara a Alberto, pero dice que está en casa con

fiebre.

—Bueno, pues pasa tú sola, ¿no?

Clara se quedó pensativa. Quería que él estuviera presente en el momento de someterse a una prueba que podría resultar tan tranquilizadora como detectora de futuros problemas. No se le iba de la cabeza aquella mañana en la que, varios meses atrás, el doctor Díaz y ella detectaran una cardiopatía congénita en el bebé que, semanas atrás, habían intervenido Alberto y ella.

—¿Me la puedes cambiar para la semana que viene?

—Quieres que Alberto supervise la *eco doppler*, ¿no? —Clara asintió—. Anda, hoy es viernes... Te hago un hueco el miércoles a última hora si ya está bueno, ¿vale?

—Gracias, Vane —dijo antes de salir a paso ligero por el pasillo.

—¿Y tú qué miras, alma de cántaro? —Escuchó a sus espaldas la voz de su compañera—. Tira ya para quirófano, *chalo*, que te pagan por hacer algo.

—Déjame respirar, que no vas a heredar el hospital, agonías —protestó Adonay con un tono de voz modulado de forma artificial, como si se contuviera por no faltar al respeto a alguien por encima de él en la jerarquía.

Clara se giró y vio alejarse la figura alta y bien proporcionada del pobre celador al que la doctora Ortega tenía enfilado. Desde luego, aquel hombre debía tener su puntillo masoquista al haberse fijado en un imposible, o tenía más moral que el alcoyano.

Se volvió y siguió caminando hacia la planta de ginecología para continuar con la ronda rutinaria de consultas que había dejado a medio terminar para acudir a la suya propia. Al principio, no dio demasiada importancia al hecho de que Alberto no se hubiera presentado en el trabajo, pero la idea siguió martilleando su cabeza hasta convertirla en una obsesión, sobre todo desde que intentó llamarlo al móvil y una voz metálica le había informado que no se encontraba disponible.

Nada más salir de la última habitación, entró en el despacho y mecanografió como una experta administrativa, a toda velocidad, los tres informes de alta de aquella mañana y las órdenes clínicas para el resto. No se paró a comer ni a tomar un aperitivo con Vanesa, sino que, nada más acabar con el trabajo que no

podía esperar, salió del hospital con paso ligero hasta la parada de autobús y allí esperó impaciente más de quince minutos. Subió al vehículo abarrotado a esas horas y una mujer joven se levantó del asiento nada más verla. Sonrió al hacerse consciente de que su embarazo ya no pasaba desapercibido y agradeció el gesto. Se sentó, más por no ofender a la muchacha que por pura necesidad, porque a esas alturas la fiera de los nervios ya la estaba devorando por dentro y sentarse no hacía más que acrecentar su impaciencia.

Para colmo, estaba empezando a llover y ella, como de costumbre, no llevaba paraguas, ni siquiera en pleno otoño y con pronóstico de borrasca como era el caso. Resopló de disgusto y soportó los diez minutos de trayecto hasta llegar a la parada donde vivía Alberto. Se bajó y anduvo a paso ligero a la máxima velocidad que le dejó su condición física, que iba mermando mes a mes, en parte huyendo de la lluvia, en parte impulsada por una fuerza interior que la llevaba hasta allí con un mal presentimiento.

Cuando llegó al portal, tocó el telefonillo y esperó. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar, nadie contestó. Con manos temblorosas, sacó el teléfono móvil del bolso, marcó su número y tampoco obtuvo respuesta. Marcó otra vez. Nada. Desesperada, empapada a causa de la lluvia y de las lágrimas que comenzaban a rodar por su rostro, volvió a llamar al telefonillo una, dos, tres veces, hasta que una voz somnolienta le contestó:

—¿Sí?

—¡Alberto, abre! —gritó sollozando.

Se escuchó un zumbido y Clara empujó la pesada puerta metálica para acceder en el portal, sintiendo un escalofrío en su cuerpo al entrar en la gélida estancia con el pelo y la ropa chorreando agua. Eligió las escaleras a pesar de tener que subir tres plantas, y pudo ser consciente de la poca resistencia de su cuerpo a esas alturas de gestación. No obstante, su paciencia, ausente en ese preciso momento, no dio lugar a esperar el ascensor.

Arriba encontró a Alberto con aspecto cansado. Llevaba un pijama de tela con rayas en distintos tonos de marrón y su rostro reflejó sorpresa al encontrarse con ella, empapada hasta los huesos, con lágrimas en los ojos y hecha una furia.

Lo arrolló y entró atropelladamente al apartamento hasta llegar a su

habitación, donde comenzó a rebuscar en sus cajones y a abrir el armario para coger ropa de una forma caótica.

—Vístete, coge ahora mismo un par de mudas de ropa, el cepillo de dientes y lo que necesites, y dame las llaves del coche —ordenó mientras no paraba de limpiarse las lágrimas con la manga del abrigo empapado—. Te vienes a mi casa.

Él la miró de arriba abajo, y ella no pudo evitar echarse un vistazo en el espejo con la esperanza de estar presentable. Las mejillas húmedas habían cogido color debido a la fatiga, los ojos le brillaban de rabia y su ropa empapada salpicaba el suelo de tarima de la habitación. Unas gotas de agua resbalaban por sus cabellos como la tarde de la tormenta. Lo oyó suspirar y no fue capaz de distinguir si fue producto del hastío ante su enfado o porque se había dejado cautivar por la luz de su rostro. No podía negarse a sí misma que la maternidad le sentaba de maravilla; no solo no restaba belleza a sus facciones, sino que le aportaba una luminosidad inusual y una dulzura que no desaparecía a pesar de su enfado.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó confundido y con un tono no demasiado amigable. Eso hizo que su ira, casi disuelta tras comprobar que se encontraba bien, volviera a apoderarse de toda ella.

—¡¿Qué me pasa?! —gritó con ojos desencajados—. Te llamo al móvil y está apagado, te llamo al telefonillo y no me abres la puerta. En el trabajo me dicen que estás enfermo con la gripe y ni te dignas a llamarme para decirme que estás bien. Si hasta Adonay, el celador, se ha quedado con cara de póquer cuando se ha dado cuenta de que yo no sabía nada de que estabas enfermo. ¡¿Es que todo te da igual?!

Las lágrimas de rabia volvieron a hacer aparición. Alberto se acercó a ella con intención de abrazarla, pero rechazó el contacto, soberbia.

—¡Estúpido! ¿No te das cuenta de que en el mundo existen personas que se preocupan por ti? —Volvió a gritar, alzando las manos temblorosas con intención de agredirlo, pero se detuvo a mitad de camino y dejó caer los brazos. Cuando volvió a lograr que su voz volviera a salir de su garganta, sonó desfallecida—: Una gripe puede ser mortal en una persona inmunodeprimida. No me abrías, y yo...

Alberto volvió a acercarse a ella y, esta vez, no huyó cuando la envolvió en sus brazos y la apretó con fuerza contra su cuerpo. Ella se refugió en su pecho, sollozando.

—No te preocupes por mí. Estoy bien, sobre todo ahora que te tengo conmigo —aseguró antes de besar su frente y acariciar su cabello húmedo.

Alzó la vista para encontrarse con sus ojos color de mar, que brillaron de pura pasión al mirarla. Sus labios se pegaron a los de ella y la besaron con una dulzura infinita, y ella cerró los ojos y dejó que su mente se alimentara de la esperanza. Sintió que se derretía entre sus brazos y deseó con todas sus fuerzas que aquel fuera el final de su suplicio. Miles de dudas cruzaron su mente y se disiparon solas al escuchar esa voz aterciopelada susurrando en su oído:

—Te quiero, Clara. No sabes cuánto. —Ella no contestó, la voz no le salía de la garganta; solo pudo devolverle el beso y apretarse a él sin dejar que un solo milímetro los separase.

La lluvia mojaba el cristal de la ventana, el torrente de sus lágrimas le humedecía las mejillas enrojecidas por la emoción, el fuego en el pecho la ahogaba, los besos del hombre al que tanto amaba recorrían la fina piel de su cuello, sus manos la despojaban de la fría ropa, que comenzaba a calarle los huesos, y envolvían su piel desnuda en una cálida caricia. Sentía arder el cuerpo al que se abrazaba, sin ser capaz de distinguir dónde acababa la fiebre y dónde comenzaba el fuego de su amor.

Desabrochó, desesperada, los botones de su pijama y cubrió de besos su torso mutilado. Las manos, enloquecidas y ansiosas, acariciaron su ardiente espalda provocando que la piel, a su paso, se erizara. Su respiración se aceleró hasta volverse superficial y se sintió satisfecha por tenerlo así, a su merced.

Lo empujó ligeramente hasta obligarlo a tumbarse sobre el colchón de su cama revuelta, y cuando lo tuvo bajo su cuerpo, él la obligó a girarse para quedar sobre ella. Y sus manos acariciaron la redondez de sus pechos momentos antes de que la húmeda suavidad de su lengua se apoderase de la sensible piel de sus pezones, oscuros y crecidos debido a su próxima maternidad. Su útero se quejó con una contracción que no hizo sino aumentar su placer. Arqueó la espalda y dejó caer la cabeza hacia atrás para permitirle total acceso a su cuerpo, detalle

que él aprovechó para dibujar un camino de besos sobre la línea alba de su vientre grávido. La criatura, que hasta ese momento había reposado tranquila, se reveló y se revolvió en su interior. Él rio con esa maravillosa risa suave que la cautivaba, y ella suspiró, ahogada en un mar de felicidad.

Tal vez fuera su ansiedad, o puede que sus hormonas, o la extrema sensibilidad de su vagina lo que provocó que estallara en mil pedazos al sentirse invadida por él, pero nada más tocar el cielo, la ansiedad la asaltó para buscar un nuevo encuentro con el paraíso; por eso, sacudió sus caderas, desesperada, y eso incitó a su amante a que la arrastrase con él a una mutua posesión salvaje que los llevó, esta vez juntos, a las puertas del cielo.

Abrazados entre las sábanas, apretados en la pequeña cama, veían pasar las horas que los separaban del crepúsculo de finales de septiembre, entre besos dulces, caricias pausadas y palabras sosegadas, envueltos en la calma que da la locura apaciguada.

—Perdóname, Clara —imploró Alberto susurrando en su oído—. No quise asustarte, cariño. No pensé que te preocuparías de esa manera.

Ella lo encaró y sonrió con el brillo del cristal en los ojos.

—Por un momento creí que te había perdido —confesó abrazándose a él ante el recuerdo de tan cruel sentimiento.

—Tranquila, mi amor —dijo acariciando una de sus mejillas—. A este corazón le queda aún mucha vida y mucho amor para darte —confesó con voz ronca.

—No me importa el tiempo que nos quede, lo único que sé es que quiero vivir cada minuto cerca de ti —declaró en un susurro, con los ojos aún brillantes.

Alberto besó sus labios, de nuevo, enloquecido por sus palabras.

—Y yo moriré feliz si es en tus brazos —le confesó con un hilo de voz antes de volver a fundirse con su boca, que los mantuvo en silencio hasta que su voz llegó a sus oídos en un susurro—: Clara, he sabido que no podría sacarte de mi alma desde aquel día que te encontré en la cafetería del hospital a la hora del desayuno. —A ella se le paró el corazón por un instante para después explotar en su pecho—. Desde entonces he buscado tu presencia, he cambiado guardias para coincidir contigo, he estudiado tus costumbres para saber a qué hora llegabas a

desayunar. No sabría explicarte la razón, pero todo mi ser reclamaba tu presencia.

No podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Ella había hecho lo mismo. Había intentado coincidir con él, provocar el encuentro, a pesar de que el destino también se hubiera ocupado de ayudarlos: el día que detectaron la cardiopatía del bebé intervenido hacía unas semanas, la tarde que se encontraron en la asociación... Ella había usado de excusa el artículo que debía escribir para tomar café aquella tarde, pero acababa de darse cuenta de que, aunque no hubieran tenido motivos, habrían acabado igualmente en la cafetería donde había nacido su sólida amistad.

—¿Y por qué me pediste que lo olvidara todo? ¿Por qué me repetiste hasta la saciedad que esto no era amor, que nos estábamos confundiendo? —preguntó, clavando su mirada en la de él.

—Porque necesitabas tiempo para asimilar lo que habías descubierto — confesó tomando una de sus manos para llevarla a la cicatriz de su pecho—. Y porque tenía la esperanza de que apareciera alguien y me olvidaras.

—¿Y tú? ¿Tú me habrías olvidado si hubiera aparecido ese alguien?

Alberto movió lentamente la cabeza a ambos lados.

—Jamás...

—Entonces, ¿por qué querías que yo lo hiciera? —inquirió confundida.

—¿Es tan difícil de adivinar? —musitó con los ojos vidriosos por la emoción.

A Clara se le encogió el corazón cuando su conciencia le susurró la respuesta al oído. Y sintió por primera vez en su vida un amor sin egoísmo, ese amor incondicional que se da sin esperar nada a cambio. Se refugió en su pecho, sollozando, sin palabras, porque el sentimiento que la desbordaba no cabía en los fonemas, ni en la garganta, ni en su ser entero.

—¿Y estabas dispuesto a renunciar a mí? —titubeó apenas con un hilo de voz—. ¿Por qué?

—Porque tu felicidad es la mía, porque yo habría sido feliz solo con saber que tú lo eras, que tendrías eso que siempre ansiaste tener y que yo no puedo darte —susurró con la voz enronquecida y los ojos rebosantes de lágrimas—. Porque quería que tuvieras a alguien con quien envejecer.

—Te dije que no podría olvidarlo, Alberto —musitó un instante antes de acariciar su pecho con la yema de los dedos, con las mejillas surcadas por el río salado por el que se desbordaban los sentimientos que no cabían en su interior.

—Lo sé —murmuró con una dulce sonrisa—. Y yo, ahora que lo he descubierto, no puedo evitar sentir esta felicidad inmensa, este amor egoísta que te necesita y te reclama hasta el último de mis días.

—Hasta el último minuto de tu vida estaré contigo, amor... —confesó antes de volver a enmudecer, perdida en la dulce humedad de sus labios.

Capítulo XV

Por primera vez desde la muerte de su marido, Clara despertó en la cama de matrimonio, en la habitación principal que ella había convertido, con los años, en un museo infranqueable. De un tijeretazo, había acabado el día anterior con el precinto invisible que le prohibía el acceso: adecentó el cuarto y echó a lavar la ropa del galán de noche que llevaba cuatro largos años acumulando polvo.

Al abrir los ojos aquella mañana, se sintió confusa por unos segundos, hasta que se ubicó y el recuerdo del día anterior acabó con sus dudas. Se dio la vuelta, aún remolona, y encontró a Alberto al otro lado de la cama, aún dormido. Recordó la fatídica mañana en el refugio, cuando su presencia la había intimidado tanto que se había visto obligada a abandonar la cama y distraerse en la preparación del desayuno. Rememorando el pasado, analizó sus sentimientos y empatizó, por primera vez, con los de Alberto, con sus dudas razonables y la creencia errónea de que podría olvidarlo.

Se incorporó para observar el lento movimiento de su tórax, la imperceptible sonrisa dibujada en su rostro, los párpados cerrados que escondían aquella hermosa mirada de mar embravecido que la enloquecía. Estaba desnudo, igual que ella, y la grotesca cicatriz de su pecho le venía a recordar lo efímero de su felicidad y, a la vez, la causa gracias a la cual llegara a su vida. Él había estado al borde de la muerte cuatro años atrás, eso era en lo que debía pensar. ¿Qué habría sido de su vida si él no hubiera aparecido en la cafetería del hospital aquella mañana tan solo un año atrás? Su corazón seguiría dormido; su amor, aletargado por el miedo a sufrir de nuevo; sin embargo, ahora, ese mismo amor temeroso había perdido el miedo al dolor de la pérdida, lo había asumido como una consecuencia más de amar y lo había asimilado con la facilidad que da saber que merecería la pena enfrentarse al dolor después de haber disfrutado la felicidad inmensa durante el breve espacio de tiempo juntos que la vida les regalase. ¿Serían diez años? ¿Quince? ¿Veinte? ¿Dos? Nadie podía saberlo. En ese momento, lo único cierto era su felicidad, su amor incondicional y sin límites, y

el deseo de vivir junto a él, a partir de ese momento, cada día con intensidad, como si pudiera ser el último.

Se acercó a él y recorrió con sus manos el objeto de su fascinación, su piel dura y ligeramente despigmentada, lisa y ausente de vello. Él murmuró algo ininteligible en sueños, se agitó y, por fin, abrió los ojos y le regaló su maravillosa sonrisa.

—¿Estás mejor? —susurró mientras besaba su frente para comprobar su temperatura, que había bajado, pero no hasta el punto de haber desaparecido la fiebre.

Él carraspeó antes de hablar y sus pupilas brillaron de pura dicha al mirarla.

—¿Cómo podría estar mal si te tengo a mi lado?

Y la rodeó con sus brazos, la atrajo hacia sí y besó su boca con intensidad. Ella se dejó llevar por la caricia y pegó su cuerpo al de él todo lo que su grávido vientre le permitió. Los labios dieron paso a las manos, y las manos dieron paso al resto del cuerpo, y se amaron con la tranquilidad de los amantes casi satisfechos, y remolonearon en la cama entre besos y caricias apaciguadas, hasta que el estómago les reclamó el ansiado alimento para reponer fuerzas.

Desayunaron tranquilos en la cocina, y Clara sonrió al volver a encontrar ocupada aquella silla vacía que, cada día, parecía reírse frente a ella. Tras el desayuno, se sentaron en el cómodo sofá a ver películas, abrazados, radiantes de felicidad, sin prisas, sin otro plan en el día que no fuera vivirlo como fuera viniendo.

Llevaba pensándolo desde la noche anterior, pero el hecho de imaginarse en esa tesitura le provocaba ciertos temores, o tal vez fuera el hecho trasgresor de romper con el clásico y ser ella la que se atreviera a dar el paso, pues sabía que él no tomaría la iniciativa de acabar con el estrecho margen de libertad que le quedaba para escapar en caso de arrepentimiento.

Tras haber estado planteando en su cabeza, una y otra vez, cómo afrontar la cuestión que ocupaba su mente, se dispuso a tantear el terreno.

—Me dijiste que hablar del tiempo de tu trasplante te traía muy malos recuerdos —comenzó a decir, dubitativa, a lo que él se limitó a afirmar con la cabeza—. Pero hay cosas que debería saber para conocerte del todo.

—No tienes más que preguntar —la animó.

—Estuviste a punto de casarte según me dijiste, ¿verdad?

Alberto afirmó con una sonrisa triste, como si la nube de sus recuerdos empañase su felicidad.

—Lo cierto es que me da pena por mi madre. Toda la vida con el niño enfermo. Para ella, verme casado era un triunfo personal, pero la pobre no pudo ver realizado su sueño —dijo mientras se encogía de hombros.

El corazón dio un salto en su pecho. Si esperaba un empujoncillo para hacerlo, acababan de catapultarla hasta su objetivo. Era ahora o nunca. Era hablar o callar para siempre porque, si después de eso no se atrevía, no podría hacerlo nunca.

Tragó saliva. Se levantó. Se volvió a sentar. Comenzó a frotarse las manos, a morderse los labios, y entornó los párpados. Si esos ojos la miraban así no sería capaz.

—Quiero hacer feliz a tu madre —soltó en el momento de abrir los ojos de nuevo para descubrir el asombro en los que tenía delante. Se puso en pie y lo soltó, así, a bocajarro y sin respirar—: Quiero casarme contigo, Alberto.

—¡Clara! —exclamó al levantarse y acercarse a ella para abrazarla y besar sus cabellos, sus mejillas, sus labios temblorosos por la osadía; pero su mirada le transmitía tristeza, y eso la confundió—. No sabes cuánto me gustaría hacerlo.

Se quedó fría y necesitó escapar de la dulce prisión de sus brazos para encararlo. El pecho agitado intentaba abastecer de oxígeno a su cerebro chamuscado y a su corazón partido por la mitad.

—Pero... —silabeó con los brazos en jarras y la frente arrugada.

—Clara, mi amor... No sé cómo explicártelo —sonó su voz de disculpa—. No puedo darte nada, ni siquiera esa casa cerca de un parque que tanto añoras.

—No veo por qué no —protestó con voz áspera.

—Porque ya lo he intentado. ¡Maldita sea! Tengo una nómina de más de tres mil euros mensuales sin contar las guardias y ni un solo banco ha querido darme una hipoteca —rebatía frustrado antes de bajar la vista al suelo.

—¿Has querido comprar una casa? ¿Cuándo?

La expresión se suavizó y sus labios volvieron a curvarse en una sonrisa.

Alberto volvió a acercarse a ella para acariciar sus mejillas con delicadeza. Ella cerró los ojos y lo dejó hacer. Suspiró, de nuevo con su alma henchida de ese sentimiento que se apoderaba de toda ella.

—Fue lo primero que hice cuando supe que ese era tu mayor sueño, cuando me lo contaste en la cafetería que está frente a la asociación —confesó, y ella se quedó helada, boquiabierta y siguió escuchando en silencio—. El banco me dijo que lo más que podía darme era un préstamo personal a diez años, que mi esperanza de vida no me permitiría terminar de pagar la hipoteca, que ningún seguro me cubriría...

La desazón en su timbre fue tal que ella sintió la necesidad de consolar su malestar. Y lo apretó entre sus brazos, y besó con suavidad sus mejillas y sus labios.

—No quiero una casa, te quiero a ti... —musitó instantes antes de sentir su boca invadida por el beso arrebatador del hombre al que abrazaba.

Cerró los ojos y se perdió en la sensación de dicha infinita que le producía saber que era suyo, total y absolutamente. No necesitaba más para ser feliz por completo. ¿Para qué servía una casa inmensa sin él si su sola presencia había iluminado la tristeza de su piso, si sus hijos llenarían de risas las cuatro paredes donde se había dejado llevar por una vida vacía? Ya no añoraba una casa con jardín ni un parque lleno de niños riendo.

Llevó las manos de Alberto hasta su vientre, donde la criatura aún por nacer se revolvió feliz, como si el contacto con su progenitor le provocase las mismas sensaciones que a su madre, y ambos rieron.

—Lo que me has dado vale más que la casa más hermosa que pudieras haberme comprado —musitó con la emoción en mitad de la garganta.

—Eres tú la que me has dado tanto que no tendré vida para agradecer que me hayas elegido a mí entre tantos hombres más...

—Calla... —ordenó con un dedo sobre sus labios—. No hay ni un solo hombre que valga ni la décima parte de lo que tú vales para mí, así que no hables más tonterías y dime que te casarás conmigo de una dichosa vez.

—¡Claro que me casaré contigo! —susurró antes de rodearla con sus brazos y

besarla una vez más—. Es lo que más deseo desde que encontré tu mirada en la cafetería del hospital.

Los restos del desayuno quedaron esparcidos por la mesa de la cocina; sus risas, sus besos, sus caricias y sus suspiros llenaron el vacío del piso que, después de tantas lágrimas y tanta soledad, volvía a ser testigo de la felicidad de Clara.

Capítulo XVI

«Bendito viernes», pensó al ver salir a la última paciente de la consulta. Se levantó con torpeza de su asiento y se echó mano a la zona lumbar. Había pasado toda la noche con molestias y la mañana no había sido menos. Pensó que se trataría de contracciones de encajamiento, ya que le faltaban solo dos semanas para que su embarazo llegara a término.

Tal vez hubiera sido buena idea coger una baja por problemas en el embarazo, pero en realidad, ese periodo se había caracterizado por la ausencia de incidencias, así que fue en la consulta donde recibiría la llamada que abriría un nuevo camino de esperanza en su vida.

—¿Sí?

La voz de Lucía, neuróloga y antigua compañera de fatigas en los tiempos de su residencia en neurocirugía, contestó al otro lado:

—*¡Clara! Suerte que te encuentro. Te he buscado en planta y en quirófano y ya me había rendido cuando me dijo Vanesa que estabas pasando consulta.*

—Pues aquí me pillas por los pelos. Estaba a punto de irme a casa. ¿Pasa algo?

Un corto silencio que se le antojó infinito, como si intuyera la importancia del mensaje, precedió a una frase que no hizo sino aumentar su ansiedad:

—*Necesito verte para algo importante, y urgente dadas las circunstancias. ¿Cuándo podemos quedar?*

—¿Cómo de importante? ¿Cómo de urgente? —inquirió ya con la impaciencia corroyendo sus entrañas.

—*Es un asunto de vida o muerte, Clara; y hay que resolverlo antes de que des a luz.*

—Entonces nos vemos ahora en la cafetería, o comemos juntas, como tú veas —propuso, ávida de curiosidad.

—*Samuel me espera para comer en casa, pero tengo tiempo para adelantarte algo mientras tomamos una cervecita. Te veo allí.*

Recogió presurosa el ordenador portátil y el fonendoscopio en su maletín, y lo colgó en bandolera; cerró con llave la puerta de la consulta y encaminó sus pasos, torpes, hacia la planta sótano, donde su amiga ya la esperaba con una sonrisa de oreja a oreja. En nada le recordaba ese rostro de mirada radiante a los ojos enrojecidos que encontró un día, ya lejano, de finales de marzo, cuando la hallara en el vestíbulo de urgencias para anunciarle las malas noticias.

Lucía tenía su edad; llevaba el cabello, largo y castaño, recogido hacia atrás con un pasador, y los ojos verdes luminosos de quien es feliz. No hacía aún dos años que se había casado con Samuel, un hombre parco en palabras y de mirada ausente que trabajaba en estudios de inmunología y reconstrucción de tejidos con células madre, y a quien protegía del mundo hostil externo al laboratorio donde pasaba las horas enclaustrado, encorvado mirando al microscopio. Se decía que él mismo había sido su objeto de estudio para la próxima publicación de lo que sería su tesis: la terapia en adultos con trastornos del espectro del autismo no diagnosticados en la infancia.

Lo que no era capaz de discernir era esa imperiosa necesidad de hablar con ella cuanto antes.

—¡Vaya! Pues sí que has venido pronto, sí. —Fue su saludo acompañado de una amplia sonrisa y dos besos.

—Si quieres que te sea sincera, me has dejado intrigadísima —declaró a la vez que se sentaba a la mesa, frente a ella. El camarero, que pasaba por allí, la miró, y ella hizo lo propio—: Una sin alcohol, Manolo.

Él asintió, y ella volvió a mirar hacia su amiga, cuyo rostro resplandeciente auguraba buenas noticias.

—En realidad, vengo de parte de Samuel. Ya sabes que él es muy tímido para estas cosas, y como nosotras nos conocemos...

—... te ha mandado de recadera. —Terminó la frase con expresión divertida.

—De portadora de buenas nuevas, diría yo. —Clara se revolvió en la silla y el pulso se le disparó antes de escuchar la siguiente frase, que se encargó de hundirla en esa desesperanza que da sentirse a las puertas del cielo y no poder entrar—. ¿Tienes pensado qué vas a hacer con el cordón umbilical de tu hijo?

Así que era eso. Iba a decirle que pretendía parir en la intimidad de su hogar,

que quería sentirse como la hembra primitiva que siente en su cuerpo el emerger de la vida en su interior. La posibilidad de donar el cordón había escapado de sus proyectos, cegada por el deseo de sentir la naturaleza sin invasión; sin embargo, esos proyectos, cada idea estudiada y planeada en su cabeza acababan de evaporarse. ¿Cómo negarse a donar el cordón para la investigación? Ante todo y antes de mujer, era médico.

—Si te digo la verdad, no había planeado qué hacer con él.

—¿Y si te dijera que mi marido tiene los medios para conservarlo en su laboratorio?

—Y lo utilizaría para... —la invitó a responder con una frase inacabada.

Los ojos de Lucía se iluminaron y una carcajada estalló en su garganta, lo que la dejó perdida. ¿Se le escapaba algo tan evidente que hasta una de sus mejores amigas se reía de ella?

—Todavía no lo captas por lo que veo —advirtió la neuróloga sin dejar de reír.

—Me he perdido, Luci.

—Te estoy hablando de una posibilidad para Alberto, Clara, de la idea de usar el cordón de su propio hijo en el momento en que su corazón dé señales de fallarle. —Clara botó en su asiento y tuvo la necesidad de incorporarse—. Sí, no me mires así. Los resultados de regeneración de órganos trasplantados en mamíferos están dando unos resultados increíbles y Samuel no cree que tarde mucho en comenzar un protocolo con humanos.

Definitivamente, no iba a parir en casa.

—Cuenta con él, díselo a Samuel de mi parte, Luci. Otra cosa es lo que opine Alberto, pero no creo que ponga ningún impedimento por la cuenta que le trae.

—Me da a mí que no —bromeó Lucía antes de apurar su cerveza y levantarse de su asiento—. No se te olvide decirlo en el momento de dar a luz, que ya sabes cómo es esta gente. No sea que lo deriven a donde siempre, a Madrid o Barcelona, y nos quedemos con dos palmos de narices.

—Descuida —aseguró Clara a modo de despedida.

Mientras esperaba con impaciencia a que Alberto acabara la intervención que lo había mantenido ocupado toda la mañana, apuró la cerveza en soledad. Lucía

se había ido a casa con su promesa firme de ceder el cordón umbilical a Samuel, y a ella se le habían disparado las hormonas y, por primera vez, se había permitido el lujo de aferrarse a una esperanza basada en la realidad de poder envejecer junto al padre de su hijo. En esas estaba, soñando despierta, cuando apareció su compañera Vanesa.

—Qué rara te veo, Clara —observó su amiga—. Esos cambios tan repentinos solo pueden significar algo. Tú no llegas a las cuarenta semanas.

Sonrió y se hizo la tonta. Estaba deseando soltar a los cuatro vientos aquel renacido sentimiento que se esforzaba por mantener oculto en su interior hasta poder hablarlo con Alberto.

—Dios te oiga, no puedo más con este peso —se quejó, y no mentía—. Llevo desde anoche con molestias importantes.

—Seguro que son pródromos —advirtió Vanesa—. Si quieres te examino a ver cómo estás.

—No te preocupes, son contracciones de encajamiento —dijo sacudiendo la mano para restar importancia al problema.

—Como quieras.

El rostro agotado de Alberto apareció en la puerta de la cafetería y el corazón se le disparó como cada vez que se encontraba con su mirada. Le hizo un gesto con la mano y él dirigió sus pasos hacia la mesa donde ambas estaban sentadas.

—Tienes mala cara, amor —advirtió el recién llegado acariciando sus mejillas.

—¿Tú también? ¡Uf! Pues entonces va a ser verdad —se lamentó sin dejar de sonreír—. Pero, vamos, tú no eres el más indicado para decírmelo. Tenías que verte.

La risa fresca de la doctora Ortega los contagió y se dejaron llevar por la liberación de la risoterapia después de un extenuante día de trabajo.

—Anda, vayamos a casa a descansar, que nos lo tenemos merecido —dijo antes de levantarse de su asiento para acompañarlo hacia la salida.

—Aprovechad vosotros que podéis —les deseó Vanesa antes de soltar un resoplido—. Hoy tengo guardia, es noche de luna llena y, por si fuera poco, tendré que aguantar al pesado de Adonay.

—Pobre, si es muy simpático. Y de pesado nada —rebatíó Clara visiblemente contrariada.

—Pues será contigo, hija mía, porque lo que es conmigo no deja de tirarme pullitas.

—Eso es que está colado por ti el pobre —advirtió Alberto guiñando un ojo.

—Si fuera así, pobrecito de él; porque, vamos, si está esperando a tener algo conmigo, ya se puede morir de viejo —aseguró Vanesa contrariada—. Ya me lo dijo mi tía el día que se mató mi novio: que me moriría con las tres rosas auestas.

—Lo mismo creí yo el día que murió Ángel, y mírame ahora —refutó, una vez más, Clara—. Ya llegará el día, ya...

Vanesa se echó a reír.

—Una mujer gitana soltera con más de treinta años... A mí ya se me ha pasado el arroz, mi alma, y lo prefiero a que cualquier hijo de vecino me tome por su esclava. No he pasado seis años de universidad y cinco de residencia para limpiar las miserias de un imbécil, por muy guapo que sea el *condenao*.

Y Clara supo que se estaba refiriendo a Adonay.

Aquel día, ella y Alberto habían acudido andando al trabajo y, de la misma forma, volvieron a casa, disfrutando del sol que, aunque no llegaba a calentar, invitaba a pasear.

—Podríamos acercarnos esta tarde a la asociación —propuso Alberto—. Creo que a partir de ahora vamos a estar muy atareados y no sé si podremos ir con tanta facilidad. Hoy hay reunión.

—Me parece buena idea. Así veo a Ana y le contagio un poquito de felicidad.

Y, en efecto, después de comer en casa y descansar hasta la hora señalada, salieron a la calle para hacer el recorrido a pie. Alberto puso sus reticencias, aunque seguro que no lo haría por él, sino porque su paso cada vez se volvía más dificultoso y le parecería excesivo el paseo. No obstante, no tuvo opción: ella, testaruda, no lo permitió.

A veces tenían que detenerse por un pinchazo intenso en la parte baja de su vientre, volvían a reanudar la marcha, se paraban de nuevo y su rostro se crispaba durante un instante para, enseguida, volver a sonreír como si tal cosa y

echar a andar.

—Clara, un día de estos vas a parir en la calle —bromeó su compañero intentando disipar su propio nerviosismo.

Ella se echó a reír y siguió andando como un pato gordo y torpe, parando un par de veces más y volviendo a reanudar la marcha hasta llegar a la sede.

Ana, cuando la vio, fue hacia ella, la abrazó y le plantó dos sonoros besos en sendas mejillas.

—Creía que no te vería entera a estas alturas —le dijo, mostrando una amplia sonrisa y acariciando su voluminoso vientre.

—Por poco. Creo que no voy a llegar a la semana que viene —aseguró, riendo con ella.

—Ni a mañana —puntualizó Alberto.

En el salón de actos se encontraban caras conocidas y otras nuevas. José Luis los recibió con su característico entusiasmo.

—Hola, pareja. Me encanta que hayáis venido —exclamó en tono jovial—. Tenemos un par de miembros nuevos; están en lista de espera y me encantaría que vosotros, como médicos, los tranquilizaseis un poco.

—Eso está hecho, José Luis —accedió Clara—. Creo que si Alberto les explicase en qué va a consistir el proceso, se quedarían más tranquilos. A veces, la incertidumbre es lo que más miedo da.

Alberto asintió con la cabeza y José Luis hizo la presentación de los dos nuevos miembros: una joven de veinticinco años, escuálida y con ojeras, que llevaba tres años con diálisis peritoneal y se encontraba entre los primeros en espera de un trasplante de riñón; y un hombre de cincuenta y tres años que presentaba una delgadez antinatural. Las facciones de su cara descolgadas hacían adivinar a un hombre obeso al que habían obligado de manera drástica a bajar de peso. Sus dedos, amarillentos, y ciertos gestos de sus manos, que agarraban una piruleta sustitutiva, delataban a un antiguo fumador. Alberto adivinó que aquel hombre tendría que pasar por lo que él mismo había pasado años atrás, antes de dejarle a José Luis que terminase de explicar el caso.

Clara permaneció en silencio y le dejó a Alberto el protagonismo. Este les explicó, de manera pormenorizada, en qué consistían ambas intervenciones

quirúrgicas, el posoperatorio y cómo deberían vivir en compañía de una medicación de por vida a partir de entonces.

—Tú, Nuria —comentó refiriéndose a la joven—, podrás realizar todo el proceso sin salir de esta ciudad. Nuestros hospitales se ocupan de los trasplantes de riñón.

—¿Me operarás tú, Alberto? —preguntó la muchacha entusiasmada.

—Me temo que no. Lo haría si fueras menor. Yo trabajo en el materno-infantil —informó el cirujano con pesar—. No obstante, mis compañeros del equipo que se ocupan de los adultos no me tienen nada que envidiar.

—Vamos, Alberto. Sabemos que eres el mejor —aseguró la madre de un pequeño de siete años al que el doctor Del Castillo había intervenido hacía poco más de tres meses.

El cirujano, ruborizado ante el comentario, decidió sacar su vena cómica para no sentirse abrumado:

—Vale —aceptó el elogio haciendo una leve inclinación de cabeza—. Que yo sea el mejor no quiere decir que mis compañeros sean malos.

Tras una risotada general, el cirujano siguió con su charla:

—Tú, Manuel, lo vas a tener un poco más complicado. Por desgracia, en nuestra región no nos dedicamos a los trasplantes de corazón; no por falta de profesionales, yo mismo he trasplantado alguno en el hospital donde trabajaba antes de llegar aquí, pero no tenemos los medios adecuados, personal de enfermería que sepa cómo tratar a estos pacientes con posoperatorios tan delicados, unidades de UCI... Necesitamos un poco de rodaje con los trasplantes de riñón antes de dedicarnos a cosas más serias, y, aun así, dudo yo que abran más centros de trasplantes de los que hay; al menos, no en los próximos años.

—Por mí no hay problema, tengo una hermana en Madrid; así que, cuando la cosa se ponga fea, podré irme a vivir con ella el tiempo que haga falta —explicó Manuel.

—Tienes mucha suerte. En mi caso, también la tuve, porque cuando me llegó el momento, yo había terminado la residencia el año anterior en el Hospital Clínico de Valladolid y me había incorporado a la plantilla como adjunto, así que me trasplantaron mis propios compañeros...

—Valladolid... —susurró Clara para sí antes de que José Luis interrumpiera sus pensamientos.

—Alberto, estas personas no conocen tu historia.

—¡Claro! ¡Qué torpe! —se dijo llevándose una mano a la cabeza—. Empecemos por el principio entonces.

Los presentes lo miraron con un interrogante dibujado en sus facciones. Salvo Ana, Clara y José Luis, los demás miembros no sabían con exactitud por qué un brillante cirujano cardiovascular perdía su tiempo una vez al mes en su asociación. Se rumoreaban cosas como que un familiar suyo había sido trasplantado de no se sabía qué órgano; otros, que se trataba de él mismo; algunos incluso habían asegurado que era un donante vivo de riñón. Pero, por fin, los rumores se definirían y podrían descubrir de primera mano la verdadera historia del misterioso médico.

—Veréis, yo no soy un simple colaborador que viene aquí a daros charlas, también soy miembro de la asociación, aunque muy pocos lo saben. —El tono de su voz se tornó solemne—: Nací con una cardiopatía. ¿Os acordáis del caso de aquel bebé con ventrículo único que os explicamos Clara y yo el año pasado?

La mayoría asintieron con la cabeza, otros afirmaron formando un murmullo ininteligible.

—Yo nací con el mismo problema. Entré en quirófano por primera vez siendo un bebé y todo fue más o menos bien; aunque, con el tiempo, mi músculo cardíaco se fue deteriorando hasta que ya no pudo más. Los últimos días los pasé enganchado a un corazón artificial que me bombeaba la sangre. Creí que no iba a salir del hospital con vida, hasta que un veintiséis de marzo, hace ya casi cinco años, volví a nacer gracias a la solidaridad de una familia que me regaló el corazón de su ser más querido.

—¡¿Qué?!

Ubicación y fecha. Eso ya era demasiado. Clara se levantó dando un respingo, tuvo la intención de dirigirse a Alberto, mas la brusquedad de su cambio postural le pasó factura. La cabeza comenzó a darle vueltas y, de repente, el mundo que la rodeaba se nubló y, como quien aprieta un interruptor, la consciencia huyó de ella. Notó la blandura de unos brazos que la acogían y se perdió en un murmullo

suave. Cuando abrió los ojos y se encontró, como tantas otras veces, junto a la profunda laguna de la finca de sus tíos, supo que se hallaba de nuevo frente a ese sueño recurrente que la llevaba atormentando más de un año. El agua de la cascada parecía mecerla con su arrullo, como si la Madre Naturaleza pretendiera acunarla y cantarle una nana. Se sorprendió al darse cuenta de que flotaba en el aire, ligera como una pluma. Una fuerza la arrastró hasta la roca donde solía sentarse a meditar y, de nuevo, encontró la figura de un hombre alto y delgado, de cabello moreno, sentado de espaldas a ella. Se preguntaba quién sería en esa ocasión: Ángel o Alberto.

Intentó hablar, mas su voz no se escuchó; no obstante, el hombre se giró para encararse con ella, como si hubiera sido sensible a sus palabras mudas. Sus ojos verdes se clavaron en los de ella y su boca esbozó una sonrisa. Un aura sobrenatural lo envolvía, como si su cuerpo físico ya no se encontrara en este mundo.

—Ángel...

Había soñado muchas noches con él, mas nunca su visión le había transmitido tanto su presencia como en aquel instante, como si fuera su parte consciente la que se hallase allí, como si su verdadero cuerpo estuviese en verdad cerca de su refugio, junto a la laguna, y volviera a hablar con él después de casi cinco largos años. Las lágrimas recorrían su rostro con libertad, sin poder ni querer hacer nada por detenerlas.

—Clara... —susurró con una voz dulce y difusa que se confundía con el murmullo de la cascada.

—Ángel, ¿qué quieres de mí?

—Clara —volvió a susurrar mientras sus manos inmateriales rozaban su rostro y le transmitían un calor reconfortante—. Sé feliz. Sé que llevas tiempo intuyéndolo, pero ya no tienes más remedio que afrontarlo. Mi alma está y estará contigo mientras lo tengas cerca —contestó antes de desaparecer.

La misma fuerza que la había empujado hacia la figura de Ángel la condujo hasta la piedra, en ese instante, vacía. Se sentó a escuchar el murmullo de la cascada y volvió a cerrar los ojos. En ese instante, sus oídos dejaron de percibir la corriente para centrarse en las voces que la rodeaban.

—No me lo explico. ¿Qué es lo que he dicho? —Escuchó la voz de Alberto cerca de su oído. Ana carraspeó también, cercana—. Clara sabe mi historia. ¿Qué ha podido sorprenderla de tal manera? —interrogó con desesperación.

«Acepta la verdad, Alberto», dijo para sus adentros, pero los labios aún no tenían capacidad para obedecerla. «Sé que, en el fondo, tú siempre lo has sabido, como yo».

—Has dicho veintiséis de marzo, ¿verdad? —oyó que Ana le preguntaba.

—Esa es mi segunda fecha de cumpleaños, sí —lo escuchó responder, y quiso levantarse, y abrazarlo, y llorar, y reír.

—Alberto, no sé cómo decirte esto... O mejor dicho: no me corresponde a mí decírtelo, sino a Clara.

—¿Qué más da? No será para tanto —dijo su voz temblorosa, lo que la hizo ser consciente de que él comenzaba a hacerse una idea de la relevancia de los hechos y de que empezaba a entender que no solo una lipotimia la había tumbado.

La respiración de Ana se había acelerado, y ella pudo visualizar los colores en su cara regordeta. El resto de asistentes mantenían un silencio sepulcral, expectante. Ni siquiera José Luis parecía atreverse a abrir la boca.

—¡Por favor, Ana, escúpelo ya! No me dejes con esta incertidumbre, por tu madre. Clara ahora mismo no puede hablar —rogó Alberto apretando su mano contra el pecho, lo que le indicó que eran sus cálidos brazos los que la sostenían.

Ana suspiró y debió decidir que no podía dejar a ese pobre hombre con la doble incertidumbre de esperar a que ella volviera a la consciencia y a saber aquello que solo ambas conocían. Su voz sonó temblorosa y cargada de honestidad:

—Alberto, el próximo veintiséis de marzo hará cinco años que Clara perdió a su marido.

Hasta ella llegó el murmullo de asombro de los presentes, y el vaivén agitado del pecho que la cobijaba le transmitió la profunda impresión que las palabras de Ana habían dejado en él. Sintió apretar su cuerpo desmadejado contra sus mejillas cálidas y húmedas y percibió el discurrir de sus propias lágrimas para mezclarse con las de él.

—¿Me estás diciendo que mi corazón...? —No fue capaz de terminar la frase, el nudo en su garganta le debió cortar el aire.

Abrió los ojos en el momento en que sus brazos la apretaron contra su pecho y sintió el fuerte latido de su corazón. No encontró a Ana, ni a José Luis, ni a ningún miembro de la asociación; solo sus ojos color de mar anegados en lágrimas.

—Mi vida... —susurró, y ella sintió en cada sonido, cada fonema, la fuerza de su literalidad.

Su mano limpió las lágrimas que escurrían por el rostro masculino y sus labios dibujaron un camino de besos para beber su llanto hasta llegar a su boca, que tembló ante la cercanía de la suya. Se besaron, lloraron, se abrazaron y volvieron a llorar hasta liberar sus confusos sentimientos en silencio, dejando escapar la presión que sentían en su interior a través de las lágrimas.

Capítulo XVII

Ya en el autobús de vuelta a casa, reían con tanta intensidad como habían llorado con anterioridad. Recordaban la cara de los asistentes cuando salieron de su encierro en el gimnasio, el abrazo que les había dado Ana mientras se los comía a besos, las risas de los nuevos miembros. La insólita coincidencia repartió esperanza, optimismo y buen humor entre todos ellos.

Llegaron al piso de Clara, donde Alberto se había mudado de forma definitiva en cuanto se hubo restablecido de la gripe lo suficiente como para hacer la mudanza, y allí, en la intimidad del hogar, volvieron a abordar el tema que quedara postergado por la falta de intimidad.

—Y pensar que intenté olvidarte... Como si fuera posible convencer a este corazón que ya latía por ti antes de alojarse en mi pecho —musitó Alberto en el momento de volver a envolverla en su abrazo. Ella fue incapaz de pronunciar una sola palabra—. Ahora lo entiendo todo, entiendo cómo saltó en mi interior en el instante en que te encontré la primera vez, cuando tus ojos color miel me miraron aquella mañana mientras desayunaba, como si lo hubieran hecho durante toda mi vida. Desde entonces te convertiste en mi obsesión. Los minutos, horas, días que no te tenía cerca se convertían en la peor de las torturas, y los momentos en los que estabas junto a mí, el monstruo que me invadía el alma se aplacaba.

Ella también había descubierto aquel vínculo invisible en el fondo de sus pupilas, en lo más profundo de su propia alma, pero ahora se preguntaba qué habría sido de sus sentimientos, de su amor, si él no hubiera llevado en su pecho el corazón de aquel hombre al que vio morir en la UCI. Y Alberto debió adivinarlo como si su alma fuera transparente para él.

—Sé qué piensas, amor, y sé con certeza lo que siento sin lugar a dudas —continuó diciendo—. Te preguntas cuánto de alma puede guardar un corazón, cuánto amor me fue transmitido en este, acostumbrado ya a latir por ti desde mucho antes de conocerte. —Su voz sonaba serena, aterciopelada pero firme—.

Te lo preguntas, ¿verdad? Dímelo en voz alta y yo te contestaré sin titubear.

Clara alzó el mentón, hundido en el pecho del hombre que la apretaba entre sus brazos, y consiguió, no sin esfuerzo, que su voz emergiera de su garganta en un susurro tembloroso:

—¿Cuánto de ese amor es tuyo, Alberto?

—Todo, Clara, absolutamente todo —afirmó tajante antes de tomar su rostro entre las manos para limpiar con sus pulgares las lágrimas que volvían a surcar sus mejillas—. Puede que llevar el corazón de Ángel hubiera propiciado ese flechazo que provocó que me fijase en ti, puede que el recuerdo de tu mirada hiciera que me enamorase de ti; pero ese amor profundo, el que perdura tras el primer flechazo y se transforma en un sentimiento maduro y duradero es mío, todo mío, Clara, mi vida... —musitó antes de regalarle el hálito de su alma en los labios que lo esperaban entreabiertos.

Y volvió a apretarla entre sus brazos, dejando hablar al silencio que los envolvió susurrando en sus oídos palabras de amor inmenso.

Debió ser la contracción que le provocó la emoción de sus palabras lo que los condujo a todo aquello que se desencadenó después. Aún sentía el temblor y el calor de sus labios cuando notó correr un torrente cálido por el interior de sus muslos. Se llevó las manos bajo la falda y la sacó humedecida por aquel líquido transparente tan familiar para ella. Su olor era característico y no tuvo dudas de que su larga espera acababa de llegar a su fin.

—¿Qué te ocurre? —preguntó con temblor en la voz.

—¿A usted qué le parece, doctor? —bromeó para disimular su estado de ansiedad—. Acabo de romper aguas.

—¿Y estás tan tranquila?

—¿Qué voy a hacer? Voy a parir. La hembra humana lleva miles de años haciéndolo —repuso con una tranquilidad apabullante.

—¿Y a qué esperas? —apremió hecho un manojo de nervios—. Dúchate rápido y vamos al hospital.

—¿Te quieres tranquilizar, hombre de Dios? Soy primeriza y solo llevo unas horas con contracciones.

—¡¿Unas horas?! —exclamó aún más alterado—. No seas cabezota y vamos

al hospital. Puede haber complicaciones y...

Clara estalló en una sonora carcajada y le mostró la ropa interior mojada al tiempo que se desnudaba para ducharse.

—Aquí soy yo la ginecóloga, y esto, amigo mío, es una pérdida de líquido amniótico limpio, sin sangre, sin meconio. Si nadie me toquetea ahí abajo, podría parir perfectamente dentro de dos o tres días, y si acudo al hospital, lo primero que me harán será un tacto vaginal para así condenarme a tener que parir, por fuerza, en menos de veinticuatro horas, con el consiguiente antibiótico como profilaxis. No, gracias. No pienso moverme de aquí hasta que mis contracciones no sean, al menos, cada tres o cuatro minutos y regulares.

—Como considere, doctora Baena. Usted es la experta —fue lo único que se atrevió a contestar Alberto—. Pero eso no quita que yo vaya preparando...

—Abre el armario de la habitación del niño. Ahí está todo desde hace dos meses.

En menos de dos minutos tenía en el salón la maletita para ella y el niño, el neceser para él, su maletín y mil cosas más que se le ocurrieron a ese manojito de nervios que estaba a punto de convertirse en padre. Cuando Clara salió de la ducha, relajada tras la fina lluvia de agua caliente, provista de una compresa gruesa y vestida con un cómodo vestido, no pudo sino echarse a reír.

—¿Te vas a la guerra? —bromeó—. Si estamos aquí al lado, hijo mío. Además, te recuerdo que vamos a un hospital totalmente equipado, no a una selva africana. ¿Para qué necesitas tu maletín, hombre de Dios?

Él se encogió de hombros sin que desapareciera su cara de susto y volvió a guardar el maletín en el dormitorio.

—¿Ya puedo ir a por el coche?

Los ojos de Clara se abrieron como platos antes de rebatir:

—¿Me has visto con cara de inválida? Anda, vamos ya al hospital, pero andando. No sea que necesiten ingresarte en la planta de psiquiatría.

—Pero eso está en el Infanta —se atrevió a bromear Alberto, más calmado en apariencia.

—Vale, vale, quisquilloso.

Él rio para liberar tensión, pero el respiro le duró poco.

—Si necesitas una cesárea, que sepas que la haré yo. No me fío de ellos.

—Ni yo de ti en este estado —lo conminó a la cordura—. A ver si, con los nervios, me vas a abrir el pericardio en lugar del útero —dijo burlona.

Y, por fin, estallaron en sonoras carcajadas antes de que Alberto cargara con el pequeño equipaje y ambos salieran, paseando con tranquilidad, rumbo al Materno Infantil.

Varias veces tuvieron que parar ante las repetidas molestias de Clara. Siempre ocurría igual: ella paraba, él la observaba, ponía gesto de dolor durante breves instantes y volvía a avanzar con su andar pesado mientras escuchaba la misma frase que le venía a advertir que debían haber cogido el coche. Alberto ya había perdido la cuenta, pero con facilidad podían haber sido unas diez veces, por lo que, en vez de los diez minutos que solían tardar, echaron más de veinte.

—Vaya cabeza tengo —se lamentó Clara llevándose la mano a la frente—. Si aún no sabes lo mejor.

—¿Lo mejor? —repitió él—. Me entero hace un par de horas que te debo la vida, estás a punto de parir a nuestro hijo, ¿y aún no sé lo mejor? ¿Qué es? ¿Que los estudios de regeneración de órganos con células madre están dando resultados?

—Y por eso Samuel me ha pedido el cordón umbilical de nuestro nene —soltó como si tal cosa.

La boca abierta y la expresión de bobo que se le quedó a Alberto le provocaron tal carcajada que hasta le hizo pensar en que se estaba burlando de él.

—Vaya, por un momento he llegado a creérmelo.

—Es que es verdad —insistió y, para darle más credibilidad, dejó de reír y lo miró a los ojos con intensidad antes de proseguir—: Lucía vino a verme esta mañana y, desde entonces, me he permitido soñar con que envejecerías a mi lado.

Sus manos, grandes y suaves, acariciaron sus mejillas antes de murmurar:

—Es mi deber pagar con mi supervivencia lo que hiciste por mí, Clara —susurró con la voz rota—. ¿Cómo podría fallarte? Te lo dije esa maravillosa tarde en que engendramos a nuestro pequeño y te lo repito ahora: no permitiré

que esa dama oscura me separe de ti. Y eso que aún no sabía...

—Sí lo sabías, al igual que yo, solo que no estábamos preparados para asumirlo —advirtió Clara—. Demasiadas coincidencias. Ya te dije que éramos dos partes del mismo puzzle, Alberto, y ahora que te tengo siento que por fin vuelvo a estar completa.

Él no contestó, sino que la apretujó entre sus brazos y la besó con intensidad, sin importar que estuvieran frente a la entrada de urgencias del hospital donde eran de sobra conocidos por todos.

—Te quiero, Clara.

—Y yo a ti, Alberto.

Una carcajada a sus espaldas los sacó de su ensimismamiento, la conocida risa del antiguo jefe de Ginecología que fumaba un cigarrillo a pocos metros de ellos y que, con toda seguridad, llevaba observándolos desde su llegada.

—Veo que le han cundido las guardias que le cambié a Baena, doctor Del Castillo.

—Bastante, doctor Díaz —lo correspondió él.

Clara apoyó las manos en las caderas y se los quedó mirando con el entrecejo fruncido.

—Así que esas tenemos. Y yo pensando que todo había sido gracias al destino —contestó con la boca torcida para aguantar la risa y el brillo en la mirada de quien es feliz.

—Solo lo ayudamos un poquito —repuso Díaz—. El verdadero giro del destino fue que, precisamente, este caballero se estuviera muriendo aquel día en el Clínico de Valladolid y no otro. —Los dos dieron un respingo y se lo quedaron mirando con los ojos como platos y la mandíbula desencajada—. No me miréis con esa cara. Sabéis que Rodríguez y yo fuimos juntos a la facultad, y entre médicos todo acaba sabiéndose.

—¿Y por qué lo sabía Rodríguez? —inquirió de nuevo ella, con el mismo tono de incredulidad.

Alberto bajó la cabeza y contestó bajito, como si hablara para sí mismo:

—Rodríguez y García, mi antiguo adjunto, son muy buenos amigos. Rodríguez trabajó muchos años de neurocirujano en Valladolid, y ya sabes que...

—Sí —lo interrumpió Clara cabeceando, aún incrédula, pero con unas ganas tremendas, a partes iguales, de reír y de gritar a causa de la contracción que la sacudió entera—. Entre médicos todo acaba sabiéndose.

—Lo asombroso fue que, en todo este tiempo, a ninguno de los dos se os ocurriera preguntar por curiosidad cuál había sido la fecha exacta de la intervención —observó Díaz con esa media sonrisa suya que Clara aún no había logrado descifrar.

—Lo acabamos de decir: no queríamos saberlo —advirtió ella con altivez antes de proseguir—: A ver si aprendemos a cotillear en condiciones, Díaz.

El viejo soltó una risilla y, como era típico en él cuando recibía un golpe bajo, cambió de tema drásticamente.

—Hablando de aprender, Baena. Creo que la ginecología, como experimento, ya ha estado bien.

Apretó los puños y se mordió los labios para contener los deseos de gritar ante una nueva contracción, y respiró profundamente para recuperar el resuello antes de replicar:

—¿Cómo que experimento?

—Esas manos no están hechas para remendar úteros. Sería como encerrar el mayor de los tesoros en una caja fuerte en lugar de gastarlo y disfrutar de él.

—¿Acaso piensa que una especialidad que solo trata con mujeres es menos digna por ello? —sacó a relucir su lado feminista, que acababa de darse por aludido.

—Eso me haría a mí parecer un médico indigno, puesto que he dedicado toda mi vida a la ginecología y me siento orgulloso de ello —rebatió notablemente ofendido y sin salirse por la tangente esta vez—. No es deshonroso ser una buena ginecóloga, y no tengo duda de que usted sería de las mejores, no hay más que verla; pero no todo el mundo tiene ese don en las manos. Yo mismo, después de cuarenta años de profesión, no estoy ni a la mitad de su altura. ¿Sabe cuántas vidas puede salvar con ellas? ¿Se ha parado a pensar por un instante en la de niños a los que daría una vida digna como a aquel bebé al que ambos intervinieron? ¿Y la de todos a los que salvaría de una muerte segura con el trasplante de un órgano? ¿O es que, por ser mujer, tiene que quedar relegada a un

segundo plano en una especialidad amable que cualquiera puede ejercer? —la atacó para devolverle la pelota con una maniobra que solo un viejo sabio como él habría sido capaz de ejecutar.

Quedó yerta como la estatua esculpida de una antigua diosa de la fertilidad. Se llevó una mano al corazón y otra al útero, pues no era capaz de vislumbrar cuál de las sensaciones le resultaba más intensa. ¿Qué le estaba insinuando? Tal vez fueran las hormonas que embotaban su cerebro, pero no acababa de captar el mensaje del doctor Díaz.

—Clara, cariño —la rescató Alberto de su estado—. Creo que Díaz pretende que vuelvas a dejar tu residencia a medias. El próximo año saldrá una plaza de cirugía cardiovascular y me da que quiere que seas tú quien la ocupe.

El corazón salió de su letargo y dio un salto en su pecho.

—¿En tu servicio? —Alberto asintió, y ella no pudo evitar el recuerdo de aquella sensación que la invadió el día que entró con él por primera vez en quirófano—. ¡Maldita sea! ¿Me vais a hacer estudiar otra vez? —protestó con desenfado.

—¿No crees que pueda valer la pena? —preguntó el cirujano.

—¡Claro que vale la pena! —exclamó eufórica antes de volver a encogerse, víctima de una nueva contracción.

—Anda, entre ya, Baena, que tampoco es cuestión de dar a luz en la calle —conminó Díaz antes de desaparecer tras la puerta acristalada con la agilidad de un espectro.

Capítulo XVIII

Nunca se había parado a pensar en lo aburrido que podía resultar el proceso de hospitalización desde el otro lado: acudir al mostrador de urgencias, esperar a ser reconocida por Vanesa, que se echó a reír y le soltó un «te lo dije» en cuanto la vio aparecer por la puerta, vestirse con el horrible camisón azul con el logotipo del Servicio Extremeño de Salud, tener que soportar la discusión con su compañera para que no le hiciera un tacto, negarse a la monitorización y aceptar a regañadientes una vía intravenosa para una posible emergencia. Todo se habría simplificado si hubiera podido quedarse en casa, pero una buena causa la condenó a ser víctima de su propia rutina hospitalaria, esa a la que Díaz se oponía de forma categórica y que ella había aprendido, como buena alumna, a capear.

Se sintió mejor una vez que consiguieron instalarse en la habitación con la promesa de la doctora Ortega de no intervenir salvo en caso necesario. Una vez colocados los enseres de la maleta en el armario y calzada con sus zuecos verdes ya acostumbrados a patear el hospital, miró a Alberto y cayó en la cuenta de que se había olvidado completamente de él al preparar el equipaje para su corta estancia.

—Vaya... Debes estar incomodísimo vestido así.

—No es la ropa que suelo usar en el hospital, pero tiene fácil remedio — advirtió encogiéndose de hombros—. No tengo más que ir al vestuario de quirófano y coger un pijama limpio y mis zuecos.

—Buena idea. Así te acompaño y ando un poco. Tengo que salir de esta habitación y moverme, pero siempre es más interesante tener un destino — repuso Clara antes de entrar al cuarto de baño para cambiar la compresa ya empapada de líquido amniótico antes de acompañarlo.

—Vamos entonces —dijo Alberto en el momento de ofrecer su brazo para que ella se apoyase en él.

Recorrieron el pasillo al ritmo que las contracciones se lo permitieron,

llegaron hasta el ascensor y subieron hasta la primera planta, donde se hallaba el área quirúrgica infantil. La actividad que caracterizaba a la zona había desaparecido sobre las cuatro y, a las diez menos cuarto, hasta el personal de limpieza había abandonado los quirófanos, los vestuarios y los pasillos.

Alberto sacó la llave del bolsillo, abrió la puerta y Clara lo siguió. Lo vio rebuscar entre varias perchas colgadas en una barra hasta elegir una de ellas, de la que colgaba el gorro rojo de corazones blancos que de sobra conocía. Lo observó vestirse con la rapidez que lo caracterizaba, guardarse el gorro en el bolsillo del pijama, colocar la ropa de calle en la percha y cambiar sus zapatos por los zuecos. Aún no se explicaba por qué le resultaba tan atractivo vestido de verde quirófano. ¿Sería porque el color hacía juego con sus ojos? ¿Tal vez porque eso le recordaba que era su héroe salvador de niños? ¿Porque sus primeros acercamientos sucedieron en el hospital? Suspiró y la emoción del momento le regaló una contracción intensa y más dolorosa que las demás, y tuvo que apretar los puños para no sucumbir a la sensación de pujo que la sacudió.

Salieron a la antesala que conducía al quirófano principal, el único provisto de gradas anexas y donde contempló por primera vez una intervención suya; el mismo lugar donde, pocos meses atrás, habían intervenido de forma conjunta al bebé con cardiopatía congénita.

—Este fue el pijama que recibió tus lágrimas aquella noche, ¿recuerdas? — afirmó como si adivinara sus pensamientos.

Ella se acercó hasta que sus brazos la envolvieron y, como en aquella ocasión, él la apretó contra su pecho y acarició sus cabellos en silencio. El aroma de su cuerpo la embriagó como el día en que la matrona la despertó a horas intempestivas para asistir a la intervención de urgencias de un niño víctima de accidente de tráfico y, rememorando los sentimientos confusos de esos días y la incertidumbre de no saberse correspondida, se sintió dichosa. Suspiró y provocó que él hiciera lo mismo. Alzó la mirada y encontró sus ojos color de mar embravecido.

—Si supieras la de veces que tuve que reprimir mi impulso de besarte aquella noche... —confesó en un susurro.

—Las mismas que yo me mordí la lengua para no decirte cuánto te amaba —

declaró ella a escasos centímetros de sus labios, que se fundieron con los suyos en silencio.

La oxitocina que la pasión hacía correr por sus venas le provocó una nueva contracción, intensa, que la dobló al instante y la hizo volver a reprimir sus ansias de pujo.

—¡Clara! ¿Estás bien?

Ella afirmó, con las manos en el vientre y la cara contraída por el dolor.

—El cuerpo me pide empujar... —murmuró entre jadeos.

—Tranquila, cariño. Llamaré a un celador para que nos traiga una silla de ruedas —repuso con una calma sin precedentes que le dio la tranquilidad que acababa de perder.

Un grito desgarrador escapó de su garganta al perder la batalla contra su cuerpo. Los músculos de su abdomen se contrajeron en una reacción a medias voluntaria y la carne se abrió por dentro hasta que la sensación devastadora volvió a abandonarla. Respiró fatigada y se incorporó, y en ese momento fue cuando sintió un peso enorme entre las piernas, como si alguien hubiera introducido en su cuerpo una bola de acero que la gravedad quisiera arrancarle con su pasmosa lentitud.

—No voy a llegar —advirtió en un murmullo, con las manos crispadas agarradas a sus hombros—. Creo que está coronando, no voy a poder sentarme.

—¡¿Ya?!

Ella afirmó con la cabeza, y Alberto la tomó en brazos con cuidado y traspasó con ella la puerta batiente que los separaba de la sala aséptica que tantas veces habían compartido y tantas compartirían. La dejó caer en la camilla y encendió los focos, a lo que ella respondió incorporándose para colocarse de rodillas y chilló más que dijo:

—¡Apaga esas luces! ¿Quieres que tu hijo se deslumbre nada más llegar a este mundo? Enciende la luz de las gradas, es mejor la iluminación indirecta.

Alberto la obedeció sin rechistar, se hizo con el instrumental necesario, que consistía en un par de clanes, unas tijeras y poco más, y se dispuso a recibir más órdenes.

—Ahora eres tú el asistente —bromeó en el corto intervalo entre dos

contracciones. Su voz sonó ebria de hormonas, difusa.

—Clara, ¿me estás diciendo que tendré que ayudar a nacer a mi propio hijo? —preguntó ante un repentino episodio de pánico—. Llamaré a Vanesa. Desde que hice mi rotación de ginecología en mi época de residente, no he asistido a un parto.

La parturienta meneó la cabeza a ambos lados.

—No tendrás que hacer nada, solo lo que haría cualquier futuro padre en estas circunstancias —respondió con voz serena—. Quiero que me abrases, quiero que me ayudes a serenarme cuando pierda el control de mí misma. Es lo único que te pido.

—¿Y quién te asistirá?

—Si todo va bien, nadie.

—¿Y si se complica?

—Entonces tienes permiso para llamar a Vanesa —dijo antes de volver a doblarse, víctima de otra contracción.

Alberto tomó sus brazos y los colocó alrededor de su cuello, tiró de ella para aliviar la presión de la zona lumbar y quedaron enfrentados: ella gimió de dolor en su hombro y él la alentó con palabras de ánimo. Eso le dio fuerzas para dejarse llevar por el reflejo que la instaba a apretar con fuerza sus músculos abdominales.

El gemido se convirtió en grito. Un anillo de fuego le quemó las entrañas y, en contrapartida, el dolor de la contracción desapareció. Durante un instante dudó entre dejarse llevar por el pujo y evitar sentir esa sensación de presión que la exprimía como un ancho cinturón que la torturase de forma gradual, o enfrentarse a él para evitar que las entrañas le ardieran por dentro; pero el cuerpo eligió por ella, y el fuego devastó su vientre, y su quejido de dolor se convirtió en un grito de guerra.

Dejó caer su peso en el hombro de Alberto y este lo sostuvo sin parar de besar sus cabellos y prodigarle palabras de aliento:

—Lo estás haciendo muy bien, cariño. Respira hondo y relájate. Estamos a punto de ver la carita de nuestro niño.

La emoción lo desbordaba casi en la misma medida que a ella. Lo miró de

nuevo a los ojos, ya recuperada, y se deshizo del estorbo que le suponía el camión para dejarlo a un lado; luego volvió a aferrarse a él y respiró tranquila hasta que otra contracción, intensa, devastadora, la obligó una vez más a sucumbir al pujo. De nuevo su ser ardió, y su mente, incapaz de pensar, se dejó ir a merced del instinto. Gritó, se apretó al hombre que la sostenía y la ayudaba a mantenerse erguida, y se perdió en el fuego purificador que la arrasó y la dejó exhausta.

Cuando se vio libre, una vez más, de la tortura intermitente que se apoderaba de ella y la sacudía por completo, fue consciente de que el peso tremendo y el ardor se habían aliviado hasta casi desaparecer. Se llevó las manos entre los muslos y lloró de emoción al encontrar la diminuta y resbaladiza cabeza de su hijo.

—¡Dios mío, Clara! Es moreno —exclamó Alberto embriagado por la emoción.

—Como tú, amor —balbuceó al tiempo que entrelazaba los dedos con su cabello.

—No sabes cuánto te quiero, Clara —susurró instantes antes de besar sus mejillas, sus cabellos, sus manos impregnadas de la vérnix de su hijo.

Ella rio en un susurro antes de que su rostro se contrajera. La sensación de quemazón fue menor, como lo fue también el esfuerzo para expulsarlo por completo. Sintió escurrir la calidez del diminuto cuerpo y se dejó caer de nuevo en el hombro de quien la sostenía envuelta en su abrazo.

Alberto esperó a que se recuperara y rescató el cuerpecillo de la camilla, lo envolvió en una sabanilla y lo sostuvo en brazos entre los dos. La criatura, ante el desapego de haber sido expulsado del paraíso, reclamó con un potente llanto el lugar que le correspondía. Clara lo entendió a la perfección y se tumbó por fin para recibirlo en su pecho, pero tuvo que reclamarlo con insistencia ante la poca predisposición que tenía el improvisado asistente de entregárselo.

—¡Dame a mi niño!

Alberto lo miró por última vez, besó su frente pegajosa y lo depositó con cuidado, a la vez que lo desenvolvía, sobre su pecho desnudo para que ambos sintieran el calor del contacto piel con piel. Cuando el recién nacido sintió el

calor maternal y escuchó el latido del corazón con el que tanto estaba familiarizado, dejó de llorar y comenzó a reptar como una culebrilla resbaladiza hasta que alcanzó el objetivo que le marcaba su instinto, y se agarró al pezón de la madre. Ambos se miraron a los ojos vidriosos, orgullosos por el feliz término de su hazaña.

—Esta cosita tan maravillosa es gracias a ti, Clara. Es la segunda vez que me regalas la vida —declaró preso de la emoción, con los ojos vidriosos y la voz velada.

Ella alzó los ojos de su hijo para perderse en la mirada del padre y no pudo evitar romper a llorar de pura emoción y del cóctel de hormonas que circulaban por su torrente sanguíneo y la mantenían flotando en una nube de completa dicha.

—Esta criatura no habría sido posible sin ti, amor —confesó mientras le acariciaba el rostro con la mano que le quedaba libre.

Alberto se inclinó, besó su frente y acarició el cuerpecillo pegajoso y escurridizo de su hijo. Desprendía un olor dulzón con miles de matices indescriptibles que, desde hacía un tiempo, ella asociaba con el inicio de la vida. No obstante, esta vez, había sido creada por ellos, gestada en su cuerpo y traída al mundo entre sudores, gritos y lágrimas de emoción. El milagro de la vida la había atrapado aquel día en que su anterior adjunto de neurocirugía la había llamado para proponerle que ocupase la plaza de ginecología, pero jamás imaginó que resultara tan intenso vivirlo al otro lado.

—Avisa a un celador para que se ocupe de traer al equipo necesario y corta ya el cordón —le indicó, y él acercó la mesita auxiliar con el instrumental que había preparado, se dispuso a separar a su hijo de la madre y, mientras daba lugar al alumbramiento de la placenta, cogió el teléfono y marcó la extensión correspondiente.

Al poco tiempo acudieron Vanesa, Adonay, la técnico de laboratorio que se encontraba de guardia y hasta personal del Centro de Reproducción Asistida para hacerse cargo del tesoro que había hecho posible renacer la esperanza en Clara y guardarlo en nitrógeno líquido para su transporte.

—No se os olvide de enviarlo al Infanta, que este cordón ya tiene dueño —

advirtió la doctora Ortega.

—Lo llevaré yo mismo —se ofreció el celador.

—No te servirá de nada si no llamas a Samuel, al doctor Cumplido, que es quien lleva la investigación —advirtió Clara, ya casi restablecida del esfuerzo.

—Ah, no, al Sheldon Cooper paso de llamarlo. Que le pongan un busca, que yo bastante esfuerzo hago con darle las buenas noches y dejarle el paquete —protestó Adonay.

—Anda, ya lo llamo yo, que por teléfono no creo que me coma —se burló Vanesa—. Y vamos ahuecando el ala, que esta familia necesita intimidad.

Y desaparecieron con la misma agilidad y sigilo con la que aparecieron para dejarlos de nuevo solos, aislados del resto del mundo, para vivir con intensidad el momento irrepetible e improvisado del nacimiento de su primer hijo.

Alberto la miró y tomó de nuevo su mano, y sintió renacer sus fuerzas cuando el cuerpo se le contrajo por última vez para liberarla de la placenta. ¿Cómo podría haber soportado el dolor de su cuerpo al abrir paso a la vida sin apenas quejarse? Sin oxitocina sintética, sin analgesia epidural, sin episiotomía, sin ventosa, sin ayuda médica. ¿Tanto dolor había sido? Lo imaginó insoportable, una tortura; esperó el momento de desearse la muerte, como su propia madre le había asegurado, pero no había sido para tanto, o al menos eso le decía su cerebro embotado, y a cambio se había visto recompensada con una experiencia vivida hasta el límite, sin edulcorar, sin enmascarar, sin procedimientos artificiales que interfirieran en sus sentimientos.

Se miraron a los ojos y Alberto se atrevió a bromear una vez llegada la calma: —¿Cómo ha sido la experiencia al otro lado?

Clara meneó la cabeza, aún visiblemente embriagada por la sobredosis de hormonas que le había suministrado su cuerpo para soportar el trance, y susurró:

—¿Necesitas una respuesta?

—Claro que no. —Acarició de nuevo la suave piel de su hijo recién nacido y prosiguió—. Antes me dijiste que este milagro no habría sido posible sin mí, pero lo cierto es que, sin él, esta criatura nuestra nunca habría llegado a nacer —dijo cambiando de tema—. Qué menos que darle su nombre.

Clara asintió con lágrimas en los ojos y concluyó:

—Ángel del Castillo Baena, bienvenido al mundo.

Epílogo

El sol se escondía lento e inexorable tras el horizonte. Dos niños, de ocho y cuatro años, correteaban entre las jaras y los viejos encinares. El padre los perseguía entre risas y, cuanto más se acercaba, más intentaban escapar ellos.

—Te pillé, Alberto —dijo agarrando al pequeño por la cintura y cogiéndolo en brazos mientras el niño pataleaba sin parar de reírse.

—A mí no me pillas, papi —lo retó el mayor.

Sin embargo, y a pesar de llevar al niño en brazos, al poco lo cogió también y lo agarró de la cintura, al igual que al hermano. Cargó a cada uno en un brazo, alzándolos en alto, y los llevó hasta la pequeña casa donde Clara, sentada en una silla de enea, amamantaba a una pequeña niña rubia de ojos verdes que no había cumplido aún los dos años.

—Ángel, hace un rato que llevo llamándote y no me haces caso —lo riñó sin perder la dulzura en su voz.

—Mamá, siempre me echas a mí la culpa. Alberto tampoco te ha hecho caso.

—Claro, pero él es más pequeño, y si tú no le das ejemplo, él se volverá tan desobediente como tú —explicó revolviendo su pelo con la mano que le quedaba libre—. Anda, id a lavaros las manos.

El niño se acercó a una palangana que había apoyada en una piedra y obedeció a su madre. El hermano pequeño lo imitó, como casi siempre, y ambos entraron en la casa.

Cuando la pequeña soltó el pecho de la madre, ya dormida, la acostó en una vieja cuna de madera provista de balancín que se hallaba junto a la cama de matrimonio, en la habitación del fondo. Luego, asó, a los mayores, unos filetes de lomo en la parrilla, los cubrió de queso y preparó dos pequeños bocadillos que devoraron con avidez. Después, Ángel se tomó un plato de natillas caseras y Alberto bebió un vaso de leche con cacao.

En menos de media hora, los dos se habían quedado dormidos, sentados en dos sillones de oreja junto al fuego. Cada cual cogió a un niño y los acostaron

juntos en el viejo catre de la habitación central.

Clara se quedó de pie junto a su marido, apoyando la cabeza en su hombro para contemplar a sus dos pequeños durmiendo al fin tras un agotador día de campo. Ángel, de cabello oscuro y ojos color aguamarina, parecía una versión mejorada de su padre; al menos, así lo pensaba Clara. Alberto, sin embargo, había nacido rubio y sus ojos, cuando dejaron de ser azules, tomaron un color miel, como los suyos. La pequeña Ana, que dormía en la cuna, era la mezcla más perfecta de los dos: rubia, ojos color de mar, pelo ensortijado y cara aún redondeada como la de un bebé. Parecía un pequeño querubín dormida.

Clara respiró satisfecha al sentir la armonía que la rodeaba. Ya no temía la muerte de su marido más que cualquier otra mujer, a pesar de que, tan solo un año antes, la dama de la guadaña se hubiera paseado por su casa.

Empezó de forma progresiva. Alberto comenzó a fatigarse al subir las escaleras, al caminar más rápido de lo normal. Dejó de ir al gimnasio, de hacer deporte, y permaneció ingresado en el Infanta Cristina hasta que el doctor Samuel Cumplido determinó que había llegado el momento de someterlo a su estudio.

El tratamiento experimental resultó ser un éxito inesperado, pues las células cardíacas se regeneraron casi en su totalidad gracias a las células madre extraídas del cordón umbilical de su primogénito. Puestos a probar, trataron también sus riñones, maltrechos por el tratamiento inmunosupresor, que respondieron de la misma forma satisfactoria. Por primera vez en mucho tiempo, el sueño de envejecer junto a la persona amada había dejado de ser una quimera para Clara. Era muy probable que su marido necesitara tratamientos similares a lo largo de su vida, pero ya tenían dos cordones umbilicales más criogenizados para cuando llegara el momento. En contrapartida, Alberto necesitó subir las dosis de inmunosupresores para que su cuerpo no destruyera las células de su propio hijo al detectarlas como extrañas.

Por otra parte, Juana y Miguel habían estado a punto de quedarse sin su hogar y su puesto de trabajo; sin embargo, las pérdidas habían remitido, la carne había recuperado su valor y el patrón nunca puso en venta la finca. No obstante, al tío Miguel le faltaban cinco años para jubilarse, por lo que no les quedaría

demasiado tiempo para disfrutar, a no ser que el dueño les diera el sí definitivo a la propuesta que le hicieran de venderles los dos cercados que comprendían la casa de Juana y Miguel, el pequeño refugio y la mágica cascada con su agua susurrante y cristalina. Las halagüeñas palabras del director del banco, tras la nueva situación de Alberto, le habían asegurado que no tendrían problemas a la hora de la concesión del préstamo necesario gracias al aumento de su esperanza de vida y a la nómina de dos cirujanos cardiovasculares que se apuntaban a cuanto guardia soportaran sus cuerpos. Pero, como precaución, y por si acaso el banco se arrepentía o el terrateniente se rajaba a la hora de vender, acudían, cada vez que tenían ocasión, a la finca donde su amor se había liberado, a los campos donde Clara había correteado siendo una niña, para que sus hijos pudieran disfrutar igual que ella y recordar aquellos momentos mágicos de su infancia durante toda la vida.

Los dos volvieron al pequeño comedor y, como si hubieran tenido el mismo pensamiento, se quedaron de pie junto a la chimenea, mirándose a los ojos y en silencio. Él jugueteó con uno de sus rizos dorados, y ella suspiró y entornó los ojos antes de sentir la suave caricia de sus labios.

—Aquí nos besamos por primera vez —susurró Alberto en su oído antes de apartarse para mirarla con los mismos ojos de fuego que habían atravesado su alma nueve años atrás.

—Aún puedo sentir la explosión aquí en mi pecho —confesó Clara con los ojos brillantes—. Porque fue eso: lo que llevábamos dentro no pudo soportar más el encierro y explotó.

—¿Te has arrepentido alguna vez? —preguntó con aquella voz que acariciaba sus sentidos.

—Solo de no haberlo hecho antes —afirmó—. ¿Y tú? —Le devolvió la cuestión mientras le rodeaba el cuello con sus brazos.

—Si no hubiera hecho el esfuerzo de alejarme de allí aquella noche cuando tiré el café, te habría confesado ahí mismo que estaba loco por ti. Debí haberlo hecho en ese mismo momento, aunque me hubiera llevado una buena bofetada por atrevido.

Sus ojos salieron de sus órbitas por un instante y volvieron a cerrarse hasta

quedar entornados.

—Sí, no me mires con esa cara. No sabes la de veces que estuve a punto de hacerlo —insistió—. Esa solo fue la primera.

—Como aquella noche en el quirófano donde nació Ángel, y la tarde en tu apartamento, cuando me ayudaste con el artículo sobre el niño de ventrículo único —adivinó Clara—. Lo que no entiendo es por qué no lo hiciste, por qué esperaste tanto.

Él se acercó más aún, hasta casi rozar sus labios, y declaró:

—Sí lo sabes, cariño. Habías perdido a un marido sano, ¿qué derecho tenía yo de complicar tu vida con mis problemas médicos? No quería que volvieras a estar sola por mi culpa.

—Entonces, Alberto, ¿cómo hemos acabado aquí? —inquirió antes de besar con suavidad sus labios.

—Nos amábamos demasiado como para pensar en el futuro. Yo ya no podía vivir sin ti ni un día más —respondió devolviéndole la caricia.

—Ni yo, amor...

Volvieron a fundirse en un beso eterno mientras sus manos se desnudaban mutuamente y sus cuerpos se estremecían con una pasión no extinta. Al igual que aquella mágica tarde de mayo, volvieron a entregarse el uno al otro sobre el viejo colchón de lana, y a dormir abrazados, iluminados por los rayos de la luna mientras las gotas de una repentina tormenta repiqueteaban en el tejado.

Si te ha gustado

A primer latido

te recomendamos comenzar a leer

Los amantes del bosque

de Laura Mercé

Selección RNR

A primer latido



Libro 1º Serie Corazones desahuciados

ASCEN NÚÑEZ

D.J.57



Romance Actual



LAURA MERCÉ

*Los amantes
del bosque*



SELECCIÓN

Narrativa sentimental

PRIMERA PARTE

LOS AÑOS FELICES

Nací en Madrid durante el solsticio de invierno, en las primeras horas del 22 de diciembre de 1893, en el seno de una familia de clase alta y con unos padres maravillosos. Fui bautizada con el nombre de Almudena Beltrán Ibarra.

Hasta los trece años mi vida fue hermosa, salvo por los terrores nocturnos, causados por las constantes pesadillas que me hacían despertar agitada, con los ojos desenfocados y dando gritos, hasta que mi madre y mi aya corrían en mi ayuda para calmarme.

¿Qué clase de pesadillas me atormentaban?

Eran sueños recurrentes, siempre iguales, siempre las mismas escenas. Al comenzar todo se veía hermoso: el bosque, iluminado por los resplandores de un sol crepuscular, que iba colándose entre el espeso follaje de los árboles hasta llegar a reflejar una extraña luz, como el de las piedras preciosas. El único sonido que se escuchaba era el canto soñoliento de los pájaros y el arrullo de las tórtolas.

De golpe, todo cambiaba: el cálido y hermoso bosque se transformaba en un sitio frío, oscuro y tétrico y, en lugar de los suaves gorjeos de las aves, se escuchaban amenazantes voces sibilinas, a la vez que las desnudas ramas de los árboles se convertían en tentáculos de monstruos que intentaban apresarme, mientras unos ojos muy claros y malignos me perseguían sin cesar.

Desde las primeras visiones de esos sueños, a pesar de la belleza con la que comenzaban y aunque nunca podía verme personalizada en él, tuve presente que en ese cambiante bosque un gran peligro me acechaba. Lo peor era que después no podía explicar con palabras lo que tanto me había asustado. Además, a la luz

del día esa sensación de pánico siempre tendía a desaparecer. Es bien sabido que los sueños, por más terroríficos que sean, cuando son relatados a otras personas, pierden el real significado, que afecta a los que los sufren e, incluso, a su propio dramatismo.

Al hablar con mis amigas y compañeras de colegio, también perseguidas por pesadillas, nos reíamos sin darle mayor importancia. Pero era allí donde me quedaba aún más sorprendida, dándome cuenta de que para todas ellas los sueños, aunque disparatados y a veces terroríficos, en cada ocasión eran diferentes, mientras que para mí siempre eran los mismos.

¿Cuándo comenzaron aquellas visiones oníricas? No sabría decirlo con exactitud. Mi madre aseguraba que antes de cumplir los tres años ya me sentía dominada por ellas, y en todos los dibujos que hacía, en cualquier circunstancia, estaban presentes los bosques; siempre los bosques. Con el tiempo comencé a clasificarlas, llamándolas «sueños bonitos» a las imágenes del bosque cálido y luminoso, y «pesadillas» al momento en que este se transformaba en tétrico y amenazante.

Después de cumplir los nueve años, esas extrañas revelaciones fueron haciéndose cada vez más claras, en las que incluso podía percibir, tal como si lo observara a través de una ventana, otros detalles de nuevas y sobrecogedoras visiones que me llenaban de terror; un terror tan íntimo que casi dolía físicamente.

Los médicos a los que mis padres me llevaban solían afirmar que los sueños, y las pesadillas, son parte de la vida y que a través de ellos se reviven recuerdos o experiencias —la mayoría de ellas— desagradables de la niñez y que, a medida que fuera haciéndome mayor, estas acabarían por desaparecer.

No tuve más remedio que aprender a convivir con ese constante desasosiego.

Aunque tenía varias amigas del barrio, y del colegio, las más íntimas solo eran dos: Paloma Mendizábal Larrea y Nuria Campos Oviedo. Las tres teníamos la suerte de que nuestras familias se frecuentaban mucho; de ese modo, siempre estábamos juntas. Incluso hicimos la primera comunión el mismo día, y los festejos los celebramos en la casa de campo de mis padres.

Nuria era como yo, hija única, y Paloma tenía un hermano, siete años mayor que nosotras, muy guapo llamado Mariano, del que, en ese tiempo, me sentía «locamente enamorada». Durante nuestra venturosa infancia, los únicos anhelos que teníamos era pasarla bien mientras jugábamos, con nuestras muñecas, a las «señoras mayores» y a las visitas. Pero lo que más nos fascinaba era jugar en la calle a las rondas y saltar a la comba, bajo la sombra de los tupidos y añosos árboles de nuestro barrio, o bien a las carreras de ruedas, que consistían en hacer correr velozmente un aro de madera o de metal dándole impulso y guiándolo de vez en cuando con un bastoncillo, enfilándolos cuesta arriba para luego dejarlos caer cuesta abajo. No fueron pocas las veces que acabamos en el suelo, en medio de una gran polvareda, retorciéndonos de la risa. A partir de los diez años, llegamos a hacernos muy diestras en el juego de las charadas, y también como amazonas, dando largos paseos por el prado en nuestros propios caballos, montadas a la inglesa.

Al cumplir los doce años comenzamos a contarnos nuestros secretos más íntimos; las tres presentíamos que íbamos a ser muy felices: nos enamorábamos de unos jóvenes guapos y ricos, seríamos amadas, protegidas y admiradas, y nos dedicaríamos a servir y a obedecer a nuestros esposos, porque ese era el sagrado deber de toda mujer bien nacida.

La madre de Paloma y la mía habían sido compañeras en el mismo colegio de señoritas. Por otra parte, don Carlos, el padre de Nuria, siempre había estado en contacto con mi madre, ya que sus progenitoras, además de vecinas, fueron muy buenas amigas desde niñas. O sea, doña Francisca, la abuela de Nuria, que vivía muy cerca de nuestra casa, y mi difunta abuela Beatriz se habían querido como hermanas hasta la muerte de esta última.

La abuela de Nuria, llamada cariñosamente «doña Francisquita», era un sol; mi madre la quería mucho y sufría al ver que su familia la negaba haciéndola a un lado. Su nuera, la madre de Nuria, la despreciaba acusándola de bruja y nigromántica, algo que la avergonzaba ante la alta sociedad a la que pertenecían.

En realidad, doña Francisquita, al igual que mi madre, poseía el don de la clarividencia y, según me contó ella misma, mi abuela Beatriz (de manera secreta) también había poseído esa habilidad, además de la oniromancia.

Realmente la vida de doña Francisquita en los últimos años, sintiéndose abandonada por su familia, era muy triste. Había sido madre de dos hijos: Carlos, el padre de Nuria, y otro más joven, llamado Andrés, que murió en la desdichada guerra de Cuba.

La abuela de Nuria era una de aquellas damas insólitas e irrepetibles: no se parecía a ninguna otra mujer de su edad que yo conociera. Vivía en una casa muy antigua, casi monumental, de la época del Madrid de los Austrias, colmada de intrincados escondrijos. A mí me provocaba un gran entusiasmo vagar por allí y descubrir sus innumerables poternas camufladas y sus pasadizos secretos, además de jugar con sus cuatro cariñosos perros y acariciar a los dos enormes gatos atigrados, que siempre dormitaban perezosos junto a las piernas de su ama. Pero lo que más me fascinaba de toda aquella casa era entrar al saloncito donde la abuela de Nuria recibía a sus «clientas»: una pequeña salita repleta de extraños objetos, entre los que se contaban numerosos oráculos y una gran bola de cristal.

Visitaba a doña Francisquita siempre que podía; así descubrí que a ella también le gustaba conversar conmigo de cualquier tema. Incluso me dejó en claro que yo le parecía muy madura y responsable para mi edad.

Fue de su propia boca, unos meses después de cumplir los doce años, que escuché hablar, con total profundidad, de las reencarnaciones, palabra que tanto significado iba a tener en mi vida.

—Pero eso... ¿será verdad? —pregunté mostrándome muy interesada en el tema.

—Sí, hija, no lo dudes nunca; no todo acaba con la muerte —me respondió con una sonrisa—. En ella hay mucha más liberación que miedo, mucho más gozo que oscuridad. La muerte no es el final del camino, porque el alma de los humanos (conciencia, esencia y energía individual) regresa después de la muerte física para reencarnarse, o renacer, en un nuevo cuerpo humano, creando un ciclo hasta la completa purificación; y, puesto que el alma es el principio fundamental de la vida, puede observar, con absoluta nitidez, antes de volver a reencarnarse, al cuerpo muerto en el cual habitaba. Para existir, el alma no necesita del cuerpo físico...; una vez que es abandonado por ella, este se

transforma en cadáver. —Al ver mi expresión anonadada sonrió comprensiva—. Ahora, que ya eres mayorcita y muy inteligente, y en memoria de tu difunta abuela, a la que quise como a una hermana, te diré una cosa que te interesará. Pero, por favor, que esto no salga nunca de ti, ¿de acuerdo?

—Claro, doña Francisquita. Ya sabe que a mí no me gusta desvelar secretos, que por algo son secretos, ¿no? —expresé muy seria.

—Me ha gustado mucho tu respuesta —expresó ella riendo—. El saber guardar secretos es una honorable virtud, y sé muy bien que tú la practicas siempre...; trata de no perderla nunca. A lo que íbamos... Creo que, si te lo propones, podrás llegar a ser una mujer dotada con la percepción; naciste en una fecha singular, el solsticio de invierno. Yo nací en el equinoccio; tu madre, durante el solsticio de verano, en la noche mágica de San Juan..., y tu abuela Beatriz, casi como tú, en Navidad..., que, mucho antes del cristianismo (en épocas de los celtas), era una de sus mayores y enigmáticas festividades, y coincidía también con el solsticio de invierno. ¡Fíjate qué coincidencias! Tu abuela podía ver por anticipado muchas cosas; además de ser capaz de hacerlo mediante el don de la adivinación, también lo lograba por medio de los sueños. Ella misma predijo su muerte. Sí, por increíble que te parezca, sabía la fecha exacta, e incluso me dijo dónde y cómo moriría..., y no se equivocó. —Permaneció unos instantes observándome. Tras un profundo suspiro, prosiguió —: Te diré un secreto: yo también sé cuándo moriré.

Me quedé mirándola con la boca abierta.

—Pero aún falta mucho para eso, ¿verdad?

—¡Oh, no! Mi fin está cercano; pero esto tampoco se lo digas a nadie, ¿me lo prometes?

—Sí, claro..., lo prometo. Pero enterarme de una cosa así me da mucha pena. No quiero que usted se muera.

—No te preocupes, pequeña. Como ya te expliqué hace un momento, la muerte es parte de la vida —murmuró serena, minimizando el asunto.

—Aun así, no me gusta cómo suena esa palabra. Yo desearía que usted viviera para siempre...

Con un movimiento de su mano, ella objetó:

—¡Ay, no cariño! Agradezco tus deseos, pero eso sería terrible. Creo que vivir eternamente una misma existencia, en un mismo cuerpo y con un entorno familiar siempre igual... sería terrible de soportar; igual a estar condenado, de por vida, a un aburrimiento mortificante, algo que no puede concebir mente humana. Hay que vivir lo justo y necesario, y gozar de ese don mientras se pueda. Tras eso, marcharnos para volver después pasar por otra nueva vida.

Yo la escuchaba atónita, sin comprender muy bien su manera de pensar.

—Pero... saber que se va a morir muy pronto me produce una fuerte impresión y una gran pena. ¿No tiene miedo? —inquirí visiblemente impresionada.

—No, al contrario. —Con ademán distraído me tomó de las manos y, dándoles vuelta, las observó detenidamente. Sin levantar los ojos, añadió—: Moriré muy feliz y en santa paz, rodeada por los que me aman de verdad. Así saldré de esta carcasa tan vieja y mi alma se remontará al infinito, a la espera de otra reencarnación, que espero sea mejor...

De pronto, con la vista aún fija en las líneas de mi mano, permaneció callada. En su rostro se marcó una grave expresión. Después de unos minutos, mientras clavaba sus ojos en los míos, me dijo:

—¡Ay, cariño! Creo que... lamentablemente en esta vida, tendrás que pasar por algunas calamidades y duras experiencias, que afectarán también a tu familia... aunque tú serás la que más sufrirás. Pero no te preocupes: a pesar de que llorarás mucho y de que te sentirás perdida, con el tiempo lograrás superar todos los obstáculos, y al fin encontrarás la felicidad completa. Sí, llegarás a ser muy feliz, y también muy amada. —Con un suave apretón en mi mano, mirándome a los ojos, agregó—: Te daré un consejo: a lo largo de tu vida, exígete mucho a ti misma y espera poco de los demás; de esa manera no sufrirás tanto.

Sus palabras me dejaron impactada. Recuerdo que fue en ese día cuando me atreví a hablarle de mis sueños recurrentes. Ella me escuchó con atención.

Cuando acabé mi confesión, ella exhaló un hondo suspiro y me acarició la mejilla. Después se quitó las gafas y, tras esbozar una enigmática sonrisa, murmuró:

—Mi pobre niña, algo de eso ya lo sabía; tu madre me contó hace tiempo tus visiones oníricas. Y fue ese mismo día cuando le comenté que quizás tú habías heredado de tu abuela la facultad de la oniromancia. Pero ahora veo que, esto tuyo, se parece más a lo que estábamos hablando: al típico caso de una reencarnación que una parte de tu mente aún recuerda. Tienes que saber que, cuando somos niños, tenemos mejor capacidad psíquica de ver y de oír cosas que en nuestra madurez. Los niños son los que más recuerdos tienen del más allá y de sus vidas pasadas, que después, lentamente, van olvidando. —Luego de volver a posar sus ojos en las palmas de mis manos, añadió—: Por eso, apresúrate a interpretar bien esos sueños, puesto que, a medida que vayas creciendo, todo se dormirá en tu mente. En mi opinión, creo que tus pesadillas recurrentes son provocadas por determinados conflictos que marcaron el destino de la persona que tú fuiste en otra vida. Sí, estoy realmente segura de que lo tuyo se trata de una reencarnación.

—¿Y podré descubrirlo? —le pregunté mirándola con ansiedad.

—Es posible..., pero no creas que será fácil. Solo el tiempo podrá ampliarte todo el campo visual por medio de los sueños y hasta, quizás, por regresiones... O puede que jamás logres descubrir ese misterio. En esto no hay nada predecible, aunque estoy convencida de que esos sueños recurrentes son por algo. En ellos revives los recuerdos de un trauma de una vida pasada, y estos vienen a tu mente cuando duermes. Puede que hasta logres verlos estando despierta; tú no dejes de percibir cualquier otra señal, por insignificante que esta sea. De ese modo, quizás un día logres canalizar tú misma una regresión que te transporte hacia atrás en el tiempo. Claro que conseguir dar un salto como ese cuesta mucho...

Intrigada, volví a preguntarle:

—Y eso de la reencarnación... ¿cómo es? ¿Qué pasa cuando nuestra alma sale del cuerpo?

—Ahora te lo explicaré con más detalles —exclamó. Poniéndose de nuevo las gafas, tomó un lápiz y comenzó a escribir en un papel—. Aquí lo dibujaré todo, a ver si puedo relatártelo de manera fácil, para que comprendas mejor este escabroso tema, que..., y esto no debes olvidarte nunca, es tabú para nuestra

religión. Mira. —Siguió mientras hacía el dibujo de una figura humana—. Las personas estamos compuestas por un cuerpo físico, uno etéreo y otro astral. Cuando morimos, el alma se retira por la cabeza con el cuerpo astro-mental. El etéreo se desprende del todo y allí el «cordón de plata» se rompe...

—¿Cordón de plata? —repetí sorprendida.

Ella asintió con la cabeza, y continuó:

—Eso es una hebra brillante, auténtica y real, que está sujeta justo por debajo de nuestro esternón. Es el hilo que nos conduce a la dimensión del otro confín. —Estableció una nueva pausa y, con gesto solemne, me advirtió—: Almudena, tienes que tomar conciencia de que estas cosas son serias y muy ciertas. Hay culturas que creen ciegamente en la reencarnación; Pitágoras, que vivió en el siglo vi antes de Cristo, creía con firmeza en ella.

Durante un largo rato siguió hablándome sobre ese apasionante tema, del que yo en aquel momento no entendía casi nada. Luego, tras un hondo suspiro, mirándola apesadumbrada, acabé confesándole:

—Me siento muy mal soñando siempre lo mismo: esos ojos que me persiguen, y ese bosque tan oscuro y terrorífico que me hiela la sangre...

Ella, tal como si fuera una niña traviesa, sonriéndome cariñosa, me dijo:

—Se me acaba de ocurrir una idea. Ahora, que nadie nos molesta, haremos una prueba... —Se puso de pie y, apoyada en su bastón, continuó—: Ven, sígueme...

La obedecí sin replicar. Enseguida entramos a su exclusivo saloncito, que yo ya conocía, repleto de las cosas más insólitas que pudiera imaginarse.

Después de encender unas velas, señaló su mágica bola de cristal, y me sugirió:

—Relájate todo lo que puedas, elimina las distracciones y ponte a mirar fijamente el fondo de la esfera. —La observé intrigada, mientras ella proseguía—: Quédate un rato largo sin apartar los ojos de ella. Obliga a tu mente a pensar en la posibilidad de otra vida... o tan solo deja tu mente libre, completamente en blanco; quizás en un principio te cueste bastante. Si llegas a ver algo, lo que sea, intenta luego describírmelo con todos los detalles.

Tras asentir con la cabeza, clavé mis ojos en el profundo vacío de aquel

redondo cristal. Por unos instantes, me costó concentrarme; incluso sentí ganas de reír al recordar a las gitanas en las ferias, cuando adivinaban el futuro de sus clientes en una bola igual a aquella. Seguido a eso, obligué a mi mente a centrarse con absoluta firmeza en la clara profundidad que se abría ante mí. Y así me quedé un largo rato: con los ojos fijos en el interior de la esfera, casi pestañear.

Los minutos, plenos de un sugestivo silencio, comenzaron a pasar. De pronto me sentí extraña, como si me hallara extraviada; ante mis ojos comenzaron a moverse espesas nubes y, repentinamente surgieron unas enormes torres de color rojizo, como edificaciones amuralladas, rodeadas de una frondosa vegetación. Y muy a lo lejos se percibían, en difusa visibilidad, algunas elevaciones plateadas.

No pude seguir observando nada más...; en ese instante, una de las criadas de doña Francisquita llamó a la puerta y bruscamente aparté mis ojos de la bola.

La inoportuna doncella le anunció a su ama que tenía la visita de dos «clientas». Doña Francisquita, con visible contrariedad, respondió:

—Enseguida las atenderé, Asunción. Entretenlas mientras tanto. —Tras eso, mirándome ansiosa, me interpeló—: ¿Has logrado ver algo?

—Sí, algunas torres y murallas..., muchos árboles y..., a lo lejos, algo parecido a montañas. Solo eso...

—Qué lástima, el tiempo ha sido corto; la próxima vez quizás puedas observar algo más convincente. —Mientras exhalaba un suspiro, expresó pesarosa—: Lamento mucho que nos hayan interrumpido, pero tú sigue intentando analizar lo que esas visiones puedan representar para ti. —Se calló de golpe, y después continuó—: Almudena, todos sabemos que, por lo general, las gitanas y adivinas de ferias usan estas bolas de cristal para predecir el futuro, pero de verdad te lo digo: esto es algo muy serio, que viene desde antiguas culturas, incluso de la egipcia. Ya sabes que yo practico mucho con lo sobrenatural, por eso la esposa de mi hijo me detesta tanto —acabó con semblante triste.

—A mí me gustan mucho todos estos temas... —afirmé mirándola muy sobria.

—Son prácticas inofensivas. No obstante, hay personas que lo ven muy mal,

incluso la Iglesia las condena; como ya debes de saber, en la antigüedad, a las mujeres como yo las quemaban en las hogueras. Mi querida amiguita, ahora ambas compartimos un secreto, ¿verdad? Y, como acabo de decirte, tú sola tendrás que analizar lo que esas torres significan para ti.

—No recuerdo haberlas visto nunca.

—Claro..., seguramente fue en la otra vida, en una reencarnación pasada, siendo tú otra persona; quizás hace años, y hasta siglos..., en alguna parte del mundo. Tu desafío está en ir desentrañando ese misterio, junto a esos sueños que te persiguen. Ahora, si te apetece, mientras yo atiendo a... esas amigas, puedes quedarte y seguir correteando por donde tú desees, como sé que te gusta. Bueno, pequeña, cuando quieras, regresa y así continuaremos con esto. Y ya sabes, no se lo cuentes a nadie; tampoco a mi nieta ni a Paloma.

—No, jamás se lo contaré a nadie, lo juro —exclamé mientras alzaba la mano.

Ella me dio un sonoro beso en la mejilla y, con el brazo también levantado, agregó sonriendo:

—Será nuestro secreto.

—Sí, este será nuestro secreto —le respondí emocionada.

De verdad cumplí mi palabra; aquella conversación jamás se la conté a nadie, hasta ahora. Por desgracia, no pude volver a hablar con doña Francisquita de aquella interesante cuestión, ni tampoco mirar de nuevo en su mágica bola de cristal. Y, aunque en ese momento no entendí demasiado el significado de sus palabras ni las visiones de las extrañas torres, todo eso se quedó grabado en mi mente. Desde ese día, comencé a pensar en esos temas tan insólitos, y a la vez tan sorprendentes, de las reencarnaciones.

Nuria, obligada por su madre, que le impedía visitar con más frecuencia a su excéntrica abuela, se perdió de conocerla tan a fondo como la conocí yo. Estoy segura de que ella se hubiera maravillado al descubrir la noble y singular personalidad de doña Francisquita, y de que habría estado muy orgullosa de ser la nieta de tan peculiar personaje.

A pesar de los terrores nocturnos, mi vida era hermosa y apacible. Vivíamos

en las afueras del barrio de Salamanca, uno de los más castizos de Madrid, muy cerca de la popular calle de Alcalá. Era una casa grande y lujosa, repleta de obras de arte y de muebles al estilo del rococó francés, de Thomas Chippendale, que decoraban todas las dependencias del monumental recibidor de entrada y las del salón principal, en cuyo centro, sobre una alfombra persa, descansaba nuestro piano de cola.

Mi madre, aunque católica, era muy aficionada a los fenómenos paranormales y de las cosas del más allá. También creía, aunque muy secretamente, en las sibilas... y siempre salía en defensa de estas con la misma alegación: «Las hechiceras no tienen nada que ver con el satanismo, y además... es mentira que ellas mantienen relaciones pecaminosas con demonios. Las brujas solo son sabias herbolarias, cuya única misión de sanar las enfermedades, de generar ilusiones e incrementar, por medio de afrodisíacos y misteriosas pócimas, las relaciones de los enamorados».

Fue así que desde niña siempre vislumbré señales de encantamientos a mi alrededor. Con el correr del tiempo se acumularon, en torno a mi vida, diferentes signos de lo sobrenatural.

Durante los años de mi infancia, mis padres y yo, acompañados siempre de mi nodriza, hacíamos largos viajes por diferentes países; entre ellos, a Francia, Inglaterra, Holanda, Bélgica, y hasta por Oriente Medio, como pasajeros de primera clase en el famoso Orient Express, en el que partíamos desde París, rumbo este, hasta llegar a Constantinopla. Durante aquellas largas travesías, mi madre siempre viajaba cargada de un gran equipaje de baúles y de enormes cajas con sombreros. A nuestro regreso, volvíamos aún más cargados de grandes baúles, voluminosos paquetes repletos de exóticos adornos, costosas joyas, abrigos de piel, vestidos y... muchos más sombreros, junto a un sin fin de otras cosas, en un exuberante despliegue de derroche.

Fue en una de nuestras cotidianas visitas a Francia, después de cumplir los siete años, cuando mi madre contrató a una joven maestra para que se ocupara de mí en todas mis necesidades, tanto personales como pedagógicas. Se llamaba Ivonne Ligrend. Enseguida nos encariñamos con Ivonne, que pasó a ser como otro miembro más de la familia, acompañándonos en todos los viajes a donde quiera que fuéramos. Desde su llegada, mi nueva institutriz me asistía

obligándome, como una tirana, a preparar todas las materias de estudio hasta que me las aprendía.

Comencé con mis lecciones a los cuatro años; a la edad de seis ya sabía hablar bien en inglés, gracias a que mi madre dominaba esa lengua, y con la llegada de Ivonne mi francés se perfeccionó. De ese modo, fui una alumna muy adelantada, lo que me daba tiempo para estudiar piano, danzas y equitación. Mis padres aspiraban a que yo fuera única, instruida en todo, mucho más de lo que ellos habían logrado llegar a ser, y aseguraban que, apenas cumpliera los quince años, comenzaría a practicar esgrima. Hacía mucho tiempo que ese deporte se había puesto de moda entre la nobleza.

Recuerdo que durante aquellas despreocupadas vacaciones, en las que yo permanecía un poco apartada bajo la vigilancia de la gobernanta, mis padres se comportaban como dos adolescentes enamorados: se miraban, se tocaban, se besaban tal como si estuvieran solos en el mundo. Había momentos en los que sentía que yo sobraba en sus vidas; ambos se amaban más allá de todo, y vivían el uno para el otro. Se habían casado ya siendo muy mayores. Mi madre, doña Lucia Ibarra Manzanares, pasaba los treinta y cinco años, y mi padre, don Francisco Beltrán Puig, tenía diez años más. Para él, su amada esposa representaba lo más grande del mundo, y sus caprichos siempre eran satisfechos, costara lo que costara.

Mi progenitor había nacido en 1847 (tres años después de que su padre ganara, en una jugada de Bolsa, casi treinta millones de reales), en el seno de una familia de masones industriales muy ricos, de origen catalán. Mi bisabuelo, oriundo de Manresa, llegó a ser dueño de tres grandes fábricas textiles en Barcelona. Por su parte, mi madre, nacida en 1857, descendía de una familia muy castiza de Madrid, afincada en el paseo de la Castellana, con un padre humanista, católico y conservador, que educó a su única hija en los mejores colegios, incluso del extranjero. A pesar de que mi madre fue siempre muy guapa y elegante, nunca había tenido novio hasta que, ya convertida casi en una solterona, conoció a mi padre, un industrial masón al que la familia de su novia, principalmente mis tías abuelas, repudiaba considerándolo un anticlerical. Para empeorar las cosas, estaba catalogado como un «abominable» defensor del evolucionismo darwiniano.

En cambio, mi abuela Beatriz, en esa época ya viuda y muy distinta a sus hermanas mayores, miraba con muy buenos ojos al pretendiente de su única hija: un hombre de muy buen ver, guapo y culto; un antiguo estudiante de la Universidad de Salamanca, y uno de los pocos solteros que aún quedaban. Y contra viento y marea, en la primavera de 1892, bendijo la boda de su hija con aquel maduro y atractivo industrial, del que se hablaba bastante mal dentro de la alta sociedad conservadora. El rápido y sorpresivo nacimiento de una niña, al año siguiente, representó para ellos algo así como un milagro, un maravilloso premio del intenso amor que ambos se profesaban.

Fue a partir de los ocho años cuando me di cuenta de las similitudes que había entre mi madre y yo: a las dos nos gustaban las cosas esotéricas y misteriosas, aquellas que no tienen explicación lógica.

Durante las mágicas noches de San Juan, cuando celebrábamos el cumpleaños de ella, ambas disfrutábamos de sus verbenas rindiéndole culto al fuego mientras quemábamos los recuerdos tristes, para ahuyentar a los malos espíritus.

Mis padres, con fama de ser muy sociales, organizaban frecuentes fiestas (algunas de ellas fueron memorables) en nuestra casa de campo, rodeada de jardines y de una enorme alberca. Mis amigas y yo, cuando sus padres venían a quedarse los fines de semana, lo pasábamos a lo grande, en medio de juegos y diversiones, hasta quedar rendidas.

Durante los veranos no nos cansábamos de darnos excitantes chapuzones en la alberca, y al llegar la noche nos divertíamos con el juego de las charadas e interpretaciones de piezas de teatro, o bien correteando detrás de las luciérnagas.

En las diversiones diurnas nos dejaban participar, junto a los mayores, de paseos, cabalgatas y partidos de tenis. En las fiestas nocturnas de los adultos, nos acostábamos temprano y Mariano, que era un buen narrador de cuentos e historias, se recostaba junto a nosotras en la cama, siempre bajo la vigilancia de Ivonne, mi institutriz, y comenzaba a explayarse en sus maravillosos relatos, la mayoría de ellos místicos y sobrecogedores. Recuerdo que muchas veces me quedaba mirándolo fascinada mientras imaginaba el día que me casaría con él y lo felices que ambos íbamos a ser. Pero por lo general, esas fantasías duraban

muy poco; Mariano, en medio de los relatos, se dormía enseguida. En cambio, nosotras, atraídas por la música y por las risas, apenas Ivonne y los criados se descuidaban, nos escabullíamos silenciosas hasta el pasillo atreviéndonos a bajar, agazapadas, algunos escalones, donde permanecíamos estáticas mirando bailar a la gente mayor, en un singular despliegue de gracia y elegancia, a la vez que admirábamos los espléndidos trajes, las joyas de las damas y la finura de los gentiles caballeros. Ivonne siempre nos descubría, pero, tras mover la cabeza hacia la «vista gorda», hasta nos traía pasteles y confituras y se quedaba al lado de nosotras para observar a los visitantes.

Junto a la enorme cocina de aquella casa de campo, había una despensa grande, con las paredes cubiertas de estanterías repletas de exquisiteces, entre variadas golosinas, cajas enteras de chocolate, mazapanes y galletas, además de conservas de frutas y verduras; y como nunca la cerraban, nosotras podíamos entrar y salir, a voluntad... Hasta que un día Mariano, el hermano mayor de Paloma, se indigestó. A partir de entonces ya no pudimos hacer nuestras entretenidas excursiones a la despensa, pues mi madre ordenó cerrarla con llave.

En 1903 Mariano, de diecisiete años, comenzó sus estudios en el seminario con el propósito de llegar a ser sacerdote; esa decisión dejó a su padre, que, como él mío, se confesaba un acérrimo anticlerical, completamente anonadado.

A mí su vocación religiosa no me sorprendió demasiado. En más de una oportunidad, él mismo me había confesado (mientras provocaba dentro de mi corazoncito una inusitada desilusión) que su deseo era el de servir a Dios. Desde muy niño le habían obsesionado las cosas eclesíásticas y todo lo místico y sagrado.

En cuanto a nosotras, las tres inseparables amigas, al finalizar los estudios primarios, íbamos a entrar como pupilas en un colegio de señoritas muy selecto, lo cual nos tenía realmente ansiosas y entusiasmadas.

Primero se hablaba de que sería en París, en el Sacre Coeur, el mismo colegio en que años atrás se había educado la emperatriz Eugenia de Montijo; después, de que sería en Londres..., hasta que finalmente, tras largas reuniones de mis padres y los de Paloma, decidieron que nos quedaríamos en un afamado colegio

de Madrid.

Creo que mi padre había hecho cálculos monetarios y estos no iban del todo bien, e igual le pasaba a don Gabriel Mendizábal.

Doña Natalia, la madre de Nuria, no estuvo de acuerdo con aquella última decisión y, mostrándose obstinada, alegó que su hija estudiaría en el extranjero porque ella y su esposo ya lo habían decidido así. Aún recuerdo la cara de Nuria, y sus ojos cuajados de lágrimas, ante aquella rotunda decisión de su madre.

A comienzos de noviembre de 1905, unos meses después de aquella amena charla entre doña Francisquita y yo, ella murió por un ataque al corazón, tal como había predicho: en paz y rodeada de sus seres queridos, que no eran otros que sus fieles criados, muchos amigos y vecinos, y sus animalitos, quienes de verdad la lloraron.

La noticia me dejó profundamente abatida. Lamenté no haber podido verla y continuar con nuestra amena charla. Por suerte, pude permanecer junto a su ataúd, antes de ser cerrado, y despedirme de ella.

Nuria lloró mucho la muerte de su abuela, mientras Paloma y yo la consolábamos. Tras abrazarnos, silenciosas, nos acercamos al féretro y así, las tres amigas, tomadas de la mano, besamos su digna frente.

Al mirar su sereno perfil, me pregunté: «¿Adónde habrá volado su alma? ¿En qué nuevo cuerpo volverá a renacer?». Y fue en ese momento en el que, por primera vez, sentí dentro de mí como una agorera premonición, el presentimiento de que algo espantoso iba a ocurrir..., algo que provocaría en mí y, por consiguiente, en mis padres muchos sufrimientos, tal como doña Francisquita me había anticipado.

Y no estaba equivocaba.